


ANTONIO REY SOTO

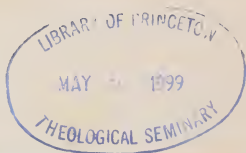
LA COPA
DE CUASIA



GUATEMALA

ERRATA

Léase la página 62 antes de la 60, lapsus del cual nos excusamos, debido a la rapidez con que fue tirado este libro.



BF 789 .S8 R4 1928
Rey Soto, Antonio, 1879-
La copa de cuasia

ERRATAS DE NOTAR (1)

Página	Línea	Dice	Debe decir
42	5	quizá para que nos tropezáramos	quizá para que no tropezáramos
56	18	como una estrella, junto a la tapia. Allá, junto a la tapia,	como una estrella. Allá, junto a la tapia,
63	6	¿Os dais cuentas	¿Os dais cuenta
65	8	Los diccionarios se refieren, pues, a las aflicciones Dolor	Los diccionarios se refieren, pues, a las partes del Dolor
67	19	Ambos se nutran y sustentan	ambos se nutran y sustenten
82	2	¿Qué es éso aunque viviera?	¿Y qué es éso aunque viviera?
89	12	Ojos pardos	Ojos parados
107	20	Nos los están dando	Nos los está dando
113	17	Los animales morían antes de a	Los animales morían antes de la
121	22	una sensación, física dolorosa,	una sensación física dolorosa,
125	22	los dolores de alumbramiento	los dolores del alumbramiento
126	25	vivía, así al aire libre,	vivía así al aire libre,
144	12	más espasmódicamente,	mas espasmódicamente,
149	8	tiritando de frío,	tiritando de calentura,
150	1	manufactura humana, el Dolor	manufactura humana el Dolor,
171	21	que ahora la tiñen	que ahora le tiñen
180	6	ha de decirse al contrario	ha de decirse lo contrario
218	14	Este infierno	El infierno
254	18	que muerden	que muerdan
255	2	Vedlos en el Cristo	Vedlos en Cristo
262	4	diez años	diez y seis años
265	17	para el en que	para el que
273	25	y llena de magestad	y lleno de magestad
276	2	« elevándose », como—dicen, lapidaria- mente, los franceses	« elevándose », como dicen lapidariamente los fran- ceses
272	1	los vasos múricos, las ánforas	los vasos múricos y las ánforas
278	11	se alimentará. otra vez	se alimentará otra vez
278	15	Formía	Formia
281	5	Velasquez	Velazquez
282	7	en un tiempo	en su tiempo

(1) —El autor de este libro suplica con todo encarecimiento a cuantos interese un poco el asunto que en él se trata, pro- cedan a corregir escrupulosamente, antes de su lectura, las erratas que aquí se indican, algunas de las cuales hacen variar esencialmente el sentido del texto.



Digitized by the Internet Archive
in 2014

A ALEJANDRO CORDOVA

Alto y fraterno espíritu.

*Corazón siempre sereno, frente a frente a
la Vida.*

A. R. S.

LA COPA DE CUASIA

ADVERTENCIAS PRELIMINARES

Doy, por fin, hoy a luz este libro. Lo engendró en mí el Dolor hace mucho tiempo; y no por ser el último que sale de mis entrañas, sino por ir todo él entrañado de mí, por salirse con él el alma toda, pudiera llamarle, como Raquel llamó al hijo que le arrancaba al nacer la vida : “ Benoni ”, el hijo de mi dolor, mi Benjamín...

Tres lustros muy largos van pasados ya desde que un día, de pronto, sentí su germen dentro de mí como una cosa distinta y viva. Recuerdo, como si acabara de pasarlo, aquel primer dolor — más terrible quizá por ser el primero — que me hizo llorar y meditar. Muchas veces había yo llorado antes, pero nunca meditara sobre mi llanto. Aquel era ciertamente el

verdadero Dolor, que llegaba y me poseía. Fué una fuerte sorpresa desconcertante, tal que un milagro de esos que tuercen súbitamente las vidas de los santos que fueron grandes libertinos. Las madres primerizas, que nacieron para ser madres — las hay que no nacieron para ello — deben saber de este desconcierto y de esta sorpresa en aquella hora — ¡Oh, qué hora! — en que las deslumbra por primera vez el misterio que pasa en ellas. Y, no obstante, el suceso no tiene nada de maravilloso; es lo natural; pero ellas están todas maravilladas y transportadas; ya no son lo que eran; la fecundidad las timbra y engrandece; está perdida la virginidad ingenua y descuidada, pero se ganó la maternidad sabia y prudente; ya son cauce sagrado por donde corre la Vida desde la fuente eterna de Dios hacia el futuro incabable.

Pues así, lo mismo, yo entonces, cuando el Dolor, el duro y viril esposo de todas las almas, vino inexorablemente a desposar la mía, y yo la sentí fecundada por él, latiendo en lo más hondo, viva para siempre, la

mónada de este hijo, que ha llegado a ser un libro.

Como era sangre de mi corazón, lo amé mucho, sobre todo desde que lo sentí patear nerviosamente pidiéndome la luz. Procuré así gestarlo con cuidados sumos, para que naciera de todo tiempo. Su áspero y bravío padre, el Dolor, como fiel y constante compañero, no se descuidó tampoco para ayudarme en ello. Por eso, para alimentarme a mí y al hijo suyo, para que éste no se malograra, me trajo penas, muchas penas, y amarguras y desolaciones terribles. Y para que me nutriesen mejor tan heroicas viandas, para que yo las asimilase en seguida, me las despedazaba y destuetanaba; y así, con médulas y tuétanos de penas — ¡Oh, qué acerbos son, pero cómo tonifican y fortalecen! — me sustentaba; y así crecía y hacía membrudo el hijo suyo, que de esta suerte era también más mío.

Quiere decir cuanto dicho queda, que las páginas de este Ensayo son todas de primera mano, y que esa mano es la mía.

Desde hace quince años apenas he querido saber nada de lo que otros pensaron relacionado con el Dolor. Cuando en mis lecturas tropecé con algo que podría servir a mi propósito, como no fuese que aclarase o confirmase algún concepto alumbrado ya por mi reflexión dolorosa, pasé siempre ligeramente sobre ello, sin tomar referencia alguna, y después procuré desterrarlo de mi memoria.

Los apuntes y notas que tengo para ir redactando los capítulos, y que llenan varios cuadernos y multitud de papeletas y cuartillas sueltas, fueron tomadas del libro, que palpita y sangra, de mi propia vida. Son observaciones de mi propia alma; son sugerencias de la naturaleza o de la Historia, escrutadas lo más atentamente que he podido; son consecuencias, que a mí me han parecido fatalmente lógicas, de sucesos que he presenciado o de enseñanzas científicas que tengo por verídicas.

Con estos materiales, primarios y simples, — “ Si licet exemplis in parvo grandibus uti, ” — de la propia suerte que el niño Blas Pascal, con un círculo, que por

no haber leído todavía Geometría alguna, él llamaba: “ un redondel ” y una línea recta que apellidaba : “ una barra, ” llegó a deducir las treinta y dos primeras proposiciones de Euclides, trato yo a mi vez de explicarme razonablemente la existencia de ese factor universal y esencialísimo de la Vida que se llama Dolor.

Me parece de tal modo interesante este problema; tan radical, en el sentido de que es fuente y raíz de todos los otros problemas humanos, que no concibo cómo todos los hombres no han enderezado todas las fuerzas de sus entendimientos y de sus voluntades sin reservar ninguna, para estudiarlo, analizarlo y acabar con él de algún modo; y, si esto último no era posible, para confabularse todos, en una protesta universal, con los puños unánimes alzados amenazadoramente contra las alturas frías, duras y arcanas, donde el Dolor asienta su negra torre, blasfemando de El, y de la Vida, y de todo; puesto que si el Dolor no tiene explicación ni medicina, el Dolor es en verdad el Señor y el Tirano, y la Vida sólo alcanza una trágica razón de ser

en la esclavitud a que el Dolor la dedica y condena desde que la crea; y en este caso, sí, todos los seres inteligentes y libres poseerían el derecho, y estarían en el deber, de dimitir, aunque no fuese más que por suprema dignidad, en una hecatombe gigantesca y única, la Vida, esa Vida que se les da a condición de estar esencialmente y para siempre, sin remedio, envenenada.

Pero se me responderá acaso : — ¡Si el hombre ya ha hecho y está haciendo éso! ¡Si la Historia de la Civilización y del mundo no es más que éso! : Lucha contra la Naturaleza, contra las pasiones, contra lo desconocido, contra el Dolor, en suma! Y el hombre va venciendo, se va redimiendo. Cada conquista de la Ciencia, cada sueño realizado del Arte, cada comodidad proporcionada por la Industria es un dolor acallado, es una cadena de las que apriaban a la humanidad limada y desprendida, es una alegría eternamente conquistada, es un rayo de luz que desvanece un antiguo fantasma o que desvela y hace resplandecer realidades nuevas...

Mas yo os digo que quien asiente a estas especiosísimas razones no conoce la Historia, ni a su protagonista el hombre. Clío no nos enseña tal cosa. El hombre jamás fué titán para emprender semejante epopeya. Sí; el hombre lucha, sin tregua ni descanso, desafortadamente, enloquecidamente, pero — fijáos bién — lucha contra dolores; cada hombre contra los suyos, y entre los suyos contra los que más de cerca y más mortalmente, le acorralan. De esta historia de luchas individuales — las naciones y las razas son también individuos — está tejida la Historia Universal. Se combaten dolores sintomáticos; no se arremetió jamás — y no se piense en los estoicos, porque es inútil — contra el Dolor fundamental, contra el único, que se polariza casi infinitamente...

Pero tampoco digo yo ahora verdad. La humanidad es dueña de la clave del enigma y se lo explicará siempre que quiera. El Dolor fundamental y único puede ser vencido, y aplastada con él toda la inmensa

nidada de sus hijos, silbadores y manchados como víboras.

Si así no hubiese sucedido, habría tomado, sin duda alguna, la resolución numantina, tan espantosamente heroica, preconizada por Schopenhauer.

Sí; “El Hombre” — “Aquel Hombre” que presentó Pilatus al pueblo que deliraba por su sangre — conocía el problema bién a fondo; y así pudo, El sólo, dar su resolución cabal. Todas las demás no sirven. Porque aquí no caben las aproximaciones.

Examinemos si es cierto.

EL ESTADO ACTUAL DE LOS ESPÍRITUS EN ESPAÑA

Digámoslo paladinamente y con el menor número de palabras que podamos, que el tiempo es Vida, valor supremo.

Hay temor, mucho temor, de proclamar las íntimas convicciones y las dudas que continuamente nos asaltan. Se discute, se ahonda, se ahinca el pensamiento — se “ ensaya ” — acerca de muchos, de incontables asuntos de Arte, de Literatura, de Ciencia, de Política, y de Filosofía, pero los problemas fundaméntales permanecen inabordables, intangibles.

¿Se cree realmente en la existencia de Dios, de un Dios personal, eterno, justiciero y fin último de los seres inteligentes? ¿Se cree en la existencia del alma humana y en su espiritualidad inmortal?

Esta es la cuestión. La misma, en último extremo, que inquietaba a Hamlet, símbolo sublime y vago del hombre suprasensible de todos los tiempos. Y esta misma cuestión es la que nos inquieta e interesa a nosotros exclusivamente. Porque de esta cuestión pende nuestro porvenir, primero en esta vida y después, — y ésto es lo supremo — en la eternidad.

Preguntamos acerca de tan formidables y trascendentes asuntos a los espíritus que pasan por más selectos en España. y sonrien.

—¿No saben?... ¿Se burlan?... Nadie puede decirlo; pero sonríen, toman una solemne postura pedagógica y comienzan a hablar. — ¿De qué? Después de haberlos escuchado largo tiempo con atención y hasta con placer — pues artistas, eso sí, lo son — nos convencemos de que la mayor parte de ellos, no tienen opinión alguna acerca de los problemas que nosotros reputamos únicos. — Son temas demasiado complejos — nos decimos alguna vez, disculpándolos — para una “causerie”, para un artículo de periódico y hasta para el pequeño libro moderno.

Mas, en otras ocasiones, pensamos en aquel menguado escultor que habitaba, en el octavo distrito de Roma, no lejos de la famosa escuela donde Emilio Lépido adiestraba a los gladiadores, el cual según Horacio sabía modelar admirablemente las manos, los cabellos o el rostro, es decir, los detalles de una estatua, pero cuando acometía ésta por entero, no producía sino obras desproporcionadas y monstruosas. No le cabía el todo en la cabeza.

Y no se imagine que éstas son cuestiones de pura Metafísica o Psicología, las cuales han sido suficientemente dilucidadas en los Institutos y Universidades. Porque ¿cuál es la posición mental, invariable, del profesor, en concreto, acerca de ellas? ¿Cuál es la verdad que debe saber el alumno, la verdad única, aquella a que él tiene exclusivo derecho, y que ha de ser entresacada escrupulosamente de la multitud de encontradas teorías que se le exponen?

Tú, lector, quién quiera que eres, que pasaste por los bancos de una cátedra

superior, ¿qué crees tú en virtud de lo que en la cátedra te enseñaron? Con la mano honrada sobre el corazón sincero, responde. — “ No sé si creo, o si no creo, o si debo de creer algo ” ... Así dices y basta.

Lo mismo les ocurre a los escritores que parecen pensar, y que dirigen, por eso, el pensamiento multitudinario de nuestra raza. Jamás logra nadie conocer sus credos. Se escurren por entre las fundamentales cuestiones tal que las anguilas por entre los dedos del pescador. Con perífrasis ingeniosas, con ironías de superhombres, con frases que quieren ser, como las señales de los faros, luminosas y oscuras, juegan, con elegancia de buen tono, con las grandes y eternas preocupaciones de la humanidad, y el infinito vulgo intelectual les mira embobado y los admira. Y en este escamoteo del pensamiento encuentra muchas veces la alta crítica motivo para los mayores elogios. Veamos.

Delante de mí está un libro de última y ponderada — con tal aspiración fué

escrito — revisión de valores literarios e intelectuales de España. Se titula “ Semblanzas Literarias Contemporáneas ”, y es su autor, Salvador de Madariaga, personaje de alto abolengo cultural, reeducado en Inglaterra, y experto conocedor de los clásicos y de las grandes literaturas modernas europeas. “ Las tres novelas anticlericales de Galdós ” — dice — “ no son otra cosa que una fase preliminar de su obsesión religiosa — limpieza del terreno antes de comenzar a construir su propia fe ”¹ ¿Y cuál fué la fe de Galdós? inquirimos nosotros. La presumimos, ciertamente, pero no la sabemos a punto fijo. En la pobre alcoba de estudiante, sobre la estrecha y humildísima cama de hierro en que murió el autor de “ Gloria ”, un Cristo realista español — llagas, sudor, y sangre en los músculos contorsionados — abría los yertos brazos. El Cristo y unos cuantos retratos familiares eran lo que ponía un poco de calor cordial entre las frías paredes enjalbegadas de la estancia. Fuera,

1. Pág. 88.

estaban sus libros... ¿Cuál fué, en fin, la creencia del viejo patriarca?

Pues de Pérez de Ayala afirma : “ No se apoya su crítica en preferencia alguna por escuela, cultura, nación, religión o raza. Su espíritu se abre a todos los vientos y es transparente para todas las luces que emanan de la realidad...; no le estorban las férreas trabas del dogma católico que tanto limitaron ” — ¿en qué? — “ los movimientos del gran Menéndez y Pelayo; pero se halla aún más libre, si cabe, de ese variable racionalismo que ha hecho estéril en nuestro siglo XIX a tanto excelente intelecto ”¹. ¿En qué cree, pues, Pérez de Ayala, el “ arbiter elegantiarum ” de los actuales ensayistas, novelistas y poetas españoles? ¿Cuál es su eje intelectual? ¿Cuáles sus doctrinas? ¿El no tener ninguna?

Y a Giner de los Ríos, el venerable “ santo laico ”, le aboceta así : “ Sin haber pertenecido a confesión alguna, vivió su religión mucho más intensamente que la inmensa mayoría de los que llevan sobre

1. Pág. 128.

el pecho una u otra de las etiquetas confesionales corrientes. ” ¿Su religión?... Pero ¿no dice que no tenía ninguna, que no pertenecía a ninguna de las confesiones conocidas? ¿Qué dogmas profesaba, entonces, Giner? ¿Cómo concebía el mundo, el origen de la vida, su término? ¿Creería siquiera, como nos cuenta de Galdós, en el Amor? ¿Y qué es éso?

Porque el espíritu quiere verdades, o, por lo menos, afirmaciones concretas. Lo mismo que en Matemáticas, en Filosofía son precisos los postulados. Y nuestros pensadores — hay que decirlo de una vez — no los tienen, o los tienen tan escondidos como los avaros sus tesoros. Y los tesoros de los avaros nunca son tan grandes ni tan preciosos como el vulgo supone. Ya lo dice la sabiduría popular : “ De dinero y santidad...”

Sólo el fuerte Unamuno parece no tener vergüenza de preocuparse de los altos y definitivos problemas. Porque como afirma el propio Madariaga : “ No se avergüenza — como los ingleses — de mostrar sus pasiones ” — se refiere a las más nobles

que puede tener el hombre — (“La preocupación de lo trágico en la vida y el último destino”).

Y nosotros sabemos que, en efecto, Unamuno ha confesado íntimamente alguna vez que, “ en sociedad, en los grandes banquetes sobre todo, a la hora de los brindis gárrulos y vacíos, siente siempre la impetuosa tentación de levantarse y decir : “ Señores, pensemos en una cosa seria, pensemos en la Muerte, que nos espera, y no podemos faltar a la cita. ”¹

1. No me detengo en examinar los demás intelectuales españoles, desde Ortega y Gasset¹ a Baroja — éste es el más franco y claro en sus negaciones — porque el hacerlo directamente me llevaría demasiado lejos y no hay crítica de ellos que aprovechar a mi propósito. Pero léanse sus obras, con toda la atención que se quiera, y dígase si pueden concretarse sus doctrinas cual yo deseo y pido. Todos ellos dicen, en fin de cuentas, como cualquier filósofo de café : “ Tengo acerca de éso mis ideas ” ...Pero no las exponen.

1. Este capítulo fué publicado por primera vez, como folletón, en “ El Imparcial ” de Guatemala, el día 5 de Febrero de 1927 ; y, andada ya buena parte del mismo año, llegó a mis manos el Número VI de “ El

“ Pensemos en una cosa seria ”; si, detengámonos un momento a mirar varonilmente una gran realidad; levantemos la tela de púrpura que la cubre y consideremos serenamente su descarnado y duro perfil. El espectáculo parecerá, al pronto, pavoroso como la visión de un cadáver. Después, la reflexión irá trocando poco a los especíes y así como para el fisiólogo el cadáver lívido, hediondo, hirviendo de gusanos, es fuente tumultuosa y pura de vida inacabable, así el despiadado, brutal, aparentemente ciego y universal Dolor humano, será para nosotros manantial cristalino de supremo refrigerio, en cuyo límpido fondo veremos, como en un espejo, reflejar la infinita belleza azul de los cielos, y, en medio de ella, la cara rubia del Sol, imagen augusta de Dios, que todo lo ilumina.

Espectador ”, la primorosa serie de ensayos que con tal título publica el Sr. Ortega y Gasset. En ése Número aparece, en primer término, un artículo, que, sobre la belleza que poseen todos los que salen de la pluma del genial pensador, tiene para mi asunto un especial interés. Se titula : “ Dios a la vista ”, y aunque su espíritu no puede decirse que respira una cabal ortodoxia, pasa sin dificultad como una confesión bastante paladina en el sentido en que yo la demando.

LA PARÁBOLA DE LA COPA

“ Por eso les hablo por parábolas; porque viendo no ven, y oyendo no oyen, ni entienden.”
(S. Mateo, 13-13.)

I

Ahora no se estila — que también hay modas en ésto — semejante remedio casero y simple. Pero todavía, cuando era yo muchacho, conservaba un predicamento grande, sobre todo en los caseríos aldeanos.

En el viejo Pazo de mi abuela materna, donde yo solía pasar las vacaciones de estío, había una de estas grandes y torneadas copas de madera de cuasia, que también se llaman amargas, por el sabor que instantáneamente comunican a los líquidos que en ellas se escancian.

Me parece que, ahora mismo, la estoy viendo aún, colocada en el anaquel más alto de una profunda alacena abierta en la pared del comedor, en medio de varios frascos de drogas y simples que constituían el botiquín familiar.

Tuvo para mí la parda copa aquella, durante mucho tiempo, un raro prestigio, como de cosa viviente y dañina. Creo que hasta llegué a mirarla, con idéntico recelo con que a las arañas negras que, de pronto, no se sabía de dónde, algunas veces, presagiando lluvias, aparecían sobre la blancura de las paredes, o lo mismo que a las cuevecillas, con dos entradas redondas, de perfecto pulimento, que, en el campo, según decían, eran vivienda y nido de alacranes.

Y todo ello vino desde cierto día en que una criada moza y empecatada, por donaire burlesco de mi inocencia, me dió a beber agua de aquella copa. Vi verter en ella la linfa clara y fresquísima, traída de la fuente que manaba en el patio. Pero al llevarla, en el acto, a mis sedientos labios, el agua se tornó en ellos como la hiel amarga. Fué hondísima mi consternación

y comencé a llorar con desconsuelo. Yo pienso ahora que no debí de atribuir, al pronto, la terrible virtud a la copa, sino a siniestro maleficio que en aquel momento comenzaba, sin duda, a perseguirme. Parecióme que yo empezaba a ser algo así como otro Rey Midas, el maldito avaro cuya terrible historia me había relatado pocas noches antes otra vieja criada — la Cambota —; y que así como el desventurado transmutaba en oro todo aquello en que ponía las manos ávidas, así yo, — más desventurado que él acaso — había de convertir en substancias amargas y nauseabundas cuantos ricos manjares y sabrosos líquidos llevase en adelante a mi alampada boca. Todo esto debió de ocurrírseme en un relámpago. ¡Y debía de ser aquello el castigo de mi afición desmesurada a las golosinas, indudablemente!... Por eso lloraba con creciente llanto estrangulado, sin atender a las explicaciones que, según imagino, trataba de darme acerca de las propiedades de la copa, arrojada por mí furiosamente al suelo, la moza azorada y ya arrepentida.

Pasado el mal momento, claro está, me hice cargo de todo; pero, a pesar de los pesares, durante mucho tiempo, como digo, seguí considerando en la copa cierta potencia mágica y temible. Por de contado, no era una copa de cristal como todas las copas usuales, sino de madera, y ésta, tan extraña, que ningún leñador de nuestra tierra, a los que yo consulté mucho, podía decir el árbol de que fuera sacada.

Tenía, sí, tenía misterio la copa aquella.

Y fué siempre para mí un acto solemne y en extremo curioso, aquel en que algún viejo que se dolía del estómago, o una moza que perdiera la color con el apetito, venían, suplicándolo como merced grande, a pedir a mi abuela, quien señorilmente lo otorgaba, que los dejase beber de aquella copa, colmada de agua hasta los bordes.

La solemnidad hierática con que ejecutaban su deseo no era tampoco a propósito para desvanecer mi preocupación infantil, antes la sostenía y aumentaba. Empuñaban, tal que en un rito sacramental, con la siniestra mano, el leñoso cáliz que, Leonardo, un antiguo criado, llenaba con len-

titud parsimoniosa. Luego, a punto ya, como que consideraban el líquido unos momentos, fijos en él los ojos; después, pasando con rapidez sobre los labios trémulos el dorso de la diestra, trazaban con la misma, en el aire, un vago gesto, que quería ser una bendición sobre la copa, y la apuraban, sin respirar, de un solo trago.

No sé qué fin tuvo aquella copa. Después de la muerte de mi abuela pasé mucho tiempo sin volver al antiguo Pazo. Cuando torné ya había desaparecido para siempre del anaquel de la alacena.

En estos últimos años de mi vida, sólo en dos o tres ocasiones he visto copas de cuasia, y siempre arrinconadas y llenas de polvo, como en olvido y menosprecio, en destartalados escaparates de viejas boticas pueblerinas.

Pero, quizá, estás pensando ya tú, quienquiera que me estás leyendo, que es muy larga, detallada y demasiadamente literaria la narración que acabo de hacerte, la cual parece, además, hallarse fuera de lugar en el pórtico de este libro que aspira a ser puramente especulativo.

A eso he de decirte que yo entiendo todo lo contrario, acaso, principalmente, porque he nacido en Galicia, en aquella dulcísima, encantada y bendita tierra, en donde, sobre todo en los pórticos de las iglesias y catedrales, es decir, de los asilos más seguros de las almas, decorando milagrosamente fustes y capiteles de columnas, piedras dintelares y arcos abocinados, se han labrado, desde muy antiguo, con profusión y arte soberano y sin escatimar detalle alguno a lo pintoresco, figuras y escenas primorosas, que los artistas románicos — arquitectos y escultores, — copiaron de la realidad concreta y circundante, pero a las que, por obra del genio todopoderoso, como verdaderos poetas que eran del granito, supieron dar una altísima significación transcendente, y convertirlas así en símbolos universales y eternos. No de otro modo concibió y ejecutó, en el siglo XII, en la Basílica Compostelana, su estupendo y para siempre famoso Pórtico de la Gloria, el Maestro Mateo.

Con ésto, y con lo que diré en seguida, creo que ha de quedar suficientemente

explicado por qué la copa de cuasia que vi, siendo rapazuelo, en un Pazo que envejece cada día más a orillas del ancho, claro y despacioso Miño — la aorta de mi tierra — se me ha ofrecido como el símbolo más cabal y perfecto del conjunto de mis ideas y reflexiones en este libro.

*
* *

Jorge Manrique expresó su idea acerca de la vida con una imagen que, por ser casi en todo cabal, obtuvo al punto la consagración suprema del lugar común, y hace al romántico hijo del Conde de Paredes contemporáneo de todos los siglos.

*“ Nuestras vidas son los ríos
Que van a dar en la mar,
Que es el morir... ”*

Así gimió el triste. Y esta visión es, efectivamente, casi exacta.

Y digo “ casi ”, porque los ríos son,

en tesis que apenas si tiene excepciones, de aguas dulces y potables. Pero nuestras vidas... Nuestras vidas ¡ay! son amargas; profunda, terriblemente amargas.

Por eso, mejor que Jorge Manrique, definió la Vida aquel otro santo e insigne obispo-poeta y paisano mío, Pedro Mezonzo, cuando, al componer la " Salve Regina ", le llamó : " Valle de lágrimas ".

Porque, como un líquido que corre es la Vida; pero como un líquido salobre y amargo.

Ved aquí por qué, desde mi punto de vista y para mi objeto, no he podido encontrar otra mejor imagen de la Vida que el agua, que, dejándome una impresión desagradabilísima, la cual acaso aún perdura en lo más íntimo y velado de mi subconsciencia, bebí cierto día — niño nervioso e impresionable — de una copa de cuasia.

" Nuestras vidas son los ríos..."

Al hondo sollozo del inmortal doncel, atravesado por una lanza al pié de los

muros de Garci-Muñoz, hace el contrapunto mi voz humilde diciendo :

Si, nuestra vida es un río, o mejor aún: — La Vida es un río formado por todas las vidas que a él afluyen, las cuales son, todas ellas, agua recogida en copas amargas de amarga cuasia.

He aquí, recortada, la tesis que plantea mi símbolo.

*
* *

Pero el agua — han de decirme acaso — antes de ser escanciada en la copa, conforme surte cantarina de la fuente, en la roca viva, no es amarga; es cristalina, fresca, pura, sin sabor alguno.

Sí, sí; así es en verdad; y así fué también la Vida.

Porque la Vida, en principio y potencia es — ¿qué duda cabe? — toda diafanidad y pureza; cosa clara, sin mácula ni sabor alguno. Fluye y brilla como un fulgor; y su esencia parece consistir, nada más, en un ímpetu indómito de saltar y

correr, siempre cantando, en la luz en que se evapora. Lo mismo, exactamente lo mismo, que el agua que viene filtrándose y abriéndose paso, serpeante y desplegando todas las energías de sus moléculas, a través de las margas y de las sílices, de las vetas de asperón y de la porosidades graníticas de la montaña, en busca de la grieta en que alumbrarse.

— En este punto, no ha de echarse en olvido que las relaciones entre el agua y la Vida son algo más íntimas y efectivas que las que establece el simple y puro símbolo, ya que por algo Dios sembró en las aguas los primeros gérmenes. Los mares son, por eso, la noble y ancha matriz terrestre. En su seno tibio se operó el milagro-cúpula de la creación, el latido primero del primer organismo, las primeras contracciones y distensiones rítmicas de la primera célula.

Pero la Vida realizada en la vida, la Vida viviente en los seres vivos, la Vida recogida y delimitada en nosotros — en ti, y en mí, y en cada uno de los hombres, y aún en los demás seres que la poseen

— es ya una cosa amarga y empañada.

Esto es innegable. Esto sabemos tú y yo, y cuantos vivimos con vida consciente, que es una triste verdad muy verdadera. Por eso pudo exclamar Rubén, llevando la voz de todos :

“ *Que no hay dolor más grande que el dolor
[de ser vivo...]*”

Así es; así.

Parece como si a cada uno de nosotros, antes de nacer, cuando no éramos más que posibilidades, cuando no pasábamos de meros entes potenciales, en la noche y el silencio absolutos de la nada que nos circudaba, una Voz nos hubiese dicho :

—¿Quieres ser?... ¿Quieres sentirte, pensar y... amar?... ¿Quieres hacer tuyo ese algo misterioso y magnífico, que no tiene precio porque vale más que todas las cosas; sustancia flúida, sutil, inquieta, luminosa y cuasi divina, que es la Vida?... ¿La quieres?... Bien; la tendrás. Ven; acércate a la peña misteriosa de donde surte como un penacho de luz. Recógela y guárdala. ¡Es tuya!... ¡Ah! pero tienes que

recogerla en esta copa. Sólo esta copa puede guardar el líquido inmortal...

Y nosotros, fascinados por el brillo de la Vida, que brincaba en el aire como un surtidor de entrañas más luminosas y claras que la lumbre del sol, tomamos, ávidos, la copa que se nos ofrecía y la pusimos debajo del chorro divino. La copa se colmó instantáneamente. ¡Eramos!... Teníamos la Vida!... ¡Nuestra Vida!

¡Qué grandeza, tener nuestra Vida! ¡Y qué nuestra era! Allí estaba, relampagueando y evaporándose en nuestra mano. Porque se evaporaba, si, se evaporaba rápidamente el misterioso licor. Pero no nos preocupaba gran cosa. Era grande la copa. ¡Y qué pura era, qué pura tenía que ser nuestra Vida!... Porque la habíamos recogido conforme saltaba chispeante, en la tersura azul del aire, sin que nada la hubiese contaminado.

La alegría de sentirnos vivos no nos dejaba pensar en nada, atender a nada, sumidos en una larga y feliz modorra, como en un éxtasis. ¡Vivir!... ¡Vivir!...

¡Tener nuestra Vida; nuestra propia Vida!...

Cuando las cosas de afuera querían, punzándonos de algún modo, llamar nuestra atención hacia ellas, quizá para que nos tropezásemos y se nos quebrase la copa mágica, derramándose el inapreciable licor, nos dicen ahora las personas que entonces nos atendían y cuidaban, que protestábamos llorando.

Porque el secreto de la inconsciencia infantil — ¿no lo habéis pensado nunca? — estriba únicamente en ésto. Los niños no atienden a nada porque están embobados, absortos, mirando la copa luminosa de su Vida, en la fascinación primera de poseerla. Cuando algo viene a interrumpir ese su goce esencial, avisan, gimiendo, que quieren arrebatársela. El niño que tiene su copa bien aferrada entre las manitas gorduzuelas, que la siente suya, muy suya, toda suya — el niño que está en plena salud — jamás llora.

Después va viniendo la reflexión. El divino licor se volatiliza fugazmente y se consume.

—¿Lo dejaremos ir sin paladearlo bien?
— pensamos sin pensar...

—¿Cómo será su sabor? — preguntamos sin preguntar. Y la respuesta nos llega, también sin palabras : — Tiene que ser, en comparación suya, una bebida insípida la propia ambrosía. — Acercamos, entonces, con una emoción, que no se puede decir, la copa a nuestros labios temblorosos de ansias. Probamos. Nos arde la boca; ardemos todos nosotros voluptuosamente.

Embriagaba, enloquecía, el licor...

Pero ¡oh! qué dejo salobre y amargo nos dejó el maldito.

Mas nos arregostamos, sin embargo. La embriaguez de sentirle correr, chispeante, por entre los labios alampados podía sobre el amargor que, después, en ellos nos quedaba. — No; los primeros sinsabores y disgustos no nos quitaban la trastornadora satisfacción de beber, viviendo, nuestra Vida.

Siempre, no obstante, después de apurar su cáliz nos preguntábamos, con sorpresa, cada vez más honda y renovada : —

Pero, ¿por qué; por qué sabe así? ¡Si era pura, si era clara, si la recogimos en la pureza y claridad del aire, nuestra Vida!

*
* *

Llega por fin, un día — ¡aquel día! — en que el amargor tolerable y ligero, que hasta era un poco aperitivo, se hace terriblemente áspero y quemante. El licor, de largo contacto, sin duda, con la acerba copa, se torna doloroso y nauseante como el acíbar, más que el acíbar. Aquel trago no, no lo podemos pasar. Entonces son las verdaderas lágrimas, los alaridos, las bascas mortales, las desesperaciones infinitas...

Y entonces es cuando verdaderamente comprendemos que la copa que nos dieron, la copa en que únicamente puede recogerse la Vida, es una copa de cuasia.

Este es el secreto. Este sólo.

EL AGUA DE LA COPA

Sí; de la propia suerte que el agua escanciada en la copa de cuasia se va haciendo, por momentos, más amarga, así la Vida, cada día que pasa se acibara y agría más.

Aquel ligero picor — pasajero hastío — que nos quedaba en los labios cuando probamos los primeros sorbos, y que, a veces, hasta surtía efectos de aperitivo, con el tiempo se acentúa y llega a ser insostenible. Lo sentimos, por fin, un día, exacerbado, penetrador y corrosivo, atirantándonos las venas túmidas, por donde corre como un tósigo. Llega, en algún momento, a hacérsenos tan odioso que pensamos seriamente en quebrar nuestra copa, para que la tierra sorba de una vez su brebaje infame. Imaginar que tendremos que paladearlo en la soledad, nos horroriza. Olfateamos, de lejos, su amargura, que nos llega nauseante por el aire, en partículas

diminutas, como las que desprenden los álces acerbísimos.

Por veces, se nos antoja el trago tan espantosamente desgustador y quemante, que no lo podemos atravesar si no es con agonías de muerte.

¿Quién, quién nos dió esta copa maldita?... ¿Y por qué ; y para qué nos la dió así, envenenada?

Tal es, entonces, nuestra pregunta fatal y desolada. Todos los hombres la hicieron, la hacen y la harán, más o menos explícitamente, cuando, de pronto, se sienten vivir con plenitud por vez primera, es decir, desgraciados sin remedio.

La sorpresa, en todos los casos, no puede ser mayor ni más alevosa. Caídos en el fondo de una trampa hábilmente disimulada — ésta es la imagen que en tales ocasiones suele ofrecerse — alzan los ojos y se encuentran en poder y servidumbre del espantoso Dolor — un simio membrudo y negro — que implacablemente les obliga a tragar el líquido maldito.

Cuanto más urge el sombrío tirano, exigiendo obediencia y sumisión, tanto más

dolientes y apremiantes son nuestras repetidas interrogaciones. Como nacen las lágrimas en los ojos, ahiladas, inagotablemente, así ellas en nuestros labios :

—¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...

Tiene el atormentado su cuerpo partido y árido, dilatadas las pupilas vidriosas, la lengua en ascuas, sibilante y hundido el pecho. Una luz triste le envuelve. Más allá, en torno, hay un muro de tinieblas espesas, y, en medio de ellas, fosforece extrañamente — negrura en la negrura — la alucinante silueta del simio... Y su infeliz esclavo, hipnotizado por él, entregado, él no sabe por quién, a él, hecho un andrajo a sus pies, no acierta a otra cosa más que a seguir plañendo, como si acunase su propia pena :

—¿Por qué?... ¿Por qué?... ¿Por qué?...

No es raro, en ocasiones semejantes, aun tratándose de las naturalezas más puras y ecuánimes, llegar hasta una especie de blasfemia material, y encararse con el divino Autor de la Vida diciéndole :

—¿Y para ésto me criaste?... ¿Y para ésto me trajiste aquí?... ¿Para ésto?...

¿Para acorralarme así ; para dejarme en poder del monstruo, de quien ya nunca podré escaparme?... ¿Para ésto?...

Claro está que El, el Creador amoroso, no deja de contestar nunca estos reproches dementes. Su Voz, sin voz, — ternura inenarrable — responde siempre y dice :

— No, hijo mío, no ; para ésto no te he criado, ni te traje a este lugar de celadas. Tú sabes bién, porque Yo, el que Soy, el que no puede engañarte, te lo digo, que te he criado sólo para Mí, y sólo a Mí quiero traerte. Escucha, escucha el caracol rojo de tu corazón ; ponlo en tu oído y entiende el rumor con que desde la eternidad y para la eternidad te hablo...

Pero pocos son, poquísimos, los que logran atender desde las simas profundas del Dolor las voces consoladoras de la Luz. Una simple metonimia obsesiona a la mayoría, que es siempre vulgo, y así confunde, con necedad gregaria, el continente con el contenido, la copa amarga con el agua fresca, cristalina, sin sabor alguno, contenida en ella.

Y el agua — la Vida — el agua lumi-

nosa, saltante y cantarina y purísima, es lo que viene de Dios ; pero la copa que la emponzoña, corrompe y torna nauseabunda y mortal, ésa no puede ser obra suya, ésa no nos la pudieron alargar sus manos fulgurantes y esencialmente paternales.

¿Quién, quién, entonces, el criminal, el infame que se goza en empañar las diáfanas fuentes, en apagar los resplandores, en agostar la lozanía, en machacar, escupir y acocear lo nobilísimo, en cubrir de lodo y cieno la pureza? ¿Quién?

¿Quién? Abre la Biblia por el capítulo tercero del Génesis y lo verás bien claro.

Pero, antes, quizá no te sea del todo inútil seguir leyendo este libro.

CONVENIENTE INTERMEDIO

El doliente dijo :

— Si no sufres todavía mucho — algo todos sufren — no escuches mis plañidos. Porque no serás capaz de comprenderme y tu incomprensión agravará mi pena. No me compadecerás — la compasión es también una especie de sutil y refinado sufrimiento — y así no podrás hermanarte conmigo; no tendré confianza bastante para apoyarme un poco en tu brazo, incorporándome en mi lecho de espinas. Serás un indiferente más, mirando, en frío, mi agonía. No me darás un sorbo de agua, si es que tienes que ir a buscarla a la fuente; no enjuagarás mi sudor, si ha de mancharse tu pañuelo; no espantarás las moscas, encarnizadas en mi rostro, que ya las atrae como una carroña, si al hacerlo has de chafar la rosa que traes en la mano, donde el amor la puso acaso...

Sí ; si aún no crees que la Vida está

bordada sobre el cañamazo del Dolor, vete, pasa de largo, no te detengas un instante más. *Carpe diem*, como te aconseja Horacio; apresúrate tras el espejismo que llena mágicamente tu horizonte; corre, corre en la embriaguez de tus ansias; desboca el potro de tus ambiciones y de tus sueños. Aprovecha el día, la hora, el instante, que no tornan. Pero recuerda bien lo que te digo : si no eres un despreciable egoísta de helada entraña, o un necio estúpido, o un depravado sin esperanza de redención, habrás de sentir alguna vez — muy pronto; ya lo verás — angustias semejantes a las que yo estoy sintiendo.

También yo me creía casi feliz, otrora. — Felicidad cabal ya es sabido que aquí no existe. — También iba yo viviendo sin pesadumbres grandes.

Y cuando veía a mis conocidos encorvarse y caer bajo el agobio de sus pesadumbres ¡cuán poco hacía por levantarlos! Hasta, en ciertas horas de ocioso y dulce divagar mental, llegué a descubrir — ¡oh, la satisfacción y el orgullo de hacer un

descubrimiento! — que los dolores — sufridos por los demás, naturalmente — eran cosa necesaria, justa y equitativa. Para que uno nazca es necesario que otro muera; para que uno gane es fatal que otro pierda. Mas nunca imaginaba que yo pudiese ser el muerto o el perdidoso.

Un día fuí a dar el pésame a un amigo íntimo, en el fallecimiento de su padre. Los ojos de mi pobre amigo hervían en cálidas lágrimas cuando yo le estreché la mano, murmurando las frías palabras de rúbrica. Yo puse la cara triste, y hasta creo que, también, un poco el alma. Me afectaba el sentimiento del amigo. Pero después, en la calle, pensé en seguida : — Bah; era ya muy viejo el pobre señor, y no deja desamparo; vió sus nietos crecidos... Sin embargo, para el huérfano desdichado, que amaba idólatramente a su padre, aquel día era el más negro de su existencia. — “¡No volver a ver a papá... ¡a papá!...” Y al proferir el nombre íntimo, vibraba todo él como si le desollasen. Así fallaba yo, con un alzar de hombros, desprendiendo una bocanada

de humo de mi cigarro, sobre todas las desdichas ajenas.

Mas ahora que yo sufro, ¡qué enorme, qué único me parece mi dolor! ¡Y qué injusto e inexplicable, sobre todo!

Y así es como voy penetrando en la médula de la Vida y gustando sus acerbos jugos...

*
* *

Y el que escuchaba comenzó a pensar:
— Sí; el Señor es El ¡el Dolor!... Amo sombrío y duro, más que la misma Muerte, a que, al fin, nos condena.

Queramos o no queramos, todos nos sentimos bajo su férula de hierro, en su terrible posesión y servidumbre. Suya es la tierra y los mundos siderales.

Cuantos seres organizados y sensibles alientan en la creación parecen ser, lo mismo que nosotros, los infelices hombres, espigas en los sembrados y racimos en las viñas de este tirano implacable y universal. Todos son, al fin, lenta y concienzudamente

tritutados en sus molinos y machacados y exprimidos en sus lagares, para ser negro pan y avinagrado vino en un último y siniestro banquete.

Cuanto existe está anegado en él. El universo entero parece, si bien se considera, sólo un vivo y perenne dolor. Existen pequeños oasis de frescura y sombra, remansos de tregua, algunos seres que se dijera olvidados por el Amo maldito unos momentos, durante los cuales sienten que la felicidad baja a ellos y casi se les entrega; pero ésto es sólo para que se padezca más cuando se acaba, cuando hay que volver al desierto calcinado, a la carnicería de la batalla, donde no hay cuartel, ni compasión, ni vencedores, porque todos son vencidos. Al potro y al ecúleo los conoce el universo entero.

Mira, mira al mundo animal. ¡Qué de luchas; qué de tragedias; qué de abismos de horror y de ferocidad constantes y silenciosos! Desde el infusorio al elefante, todo se alimenta y nutre de otros seres vivos, con los cuales se establecen sañudas guerras eternas. ¡Guerra! Esta palabra de

bronce y de llamas nos pone delante de los ojos los alanos negros que la Locura rige. Van rabiosos, dentelleando cadáveres, entre escombros que humean, mientras el aire se puebla de alaridos y de sollozos, y de peste de carroñas... Pues éso es toda la tierra; un campo apocalíptico.

Miremos dentro de nosotros. Esta hipocondría, este abotagamiento, esta ligera fiebre que hace subir unas cuantas décimas la temperatura normal de nuestro cuerpo, también es por el combate que dentro de nosotros están combatiendo legiones innúmeras de individuos, que acabarán por roernos, después de roerse entre sí con inaudito encarnizamiento...

*
* *

A fin de orear nuestra frente, perlada de sudor por el agobio de tan sombríos pensamientos, salimos al jardín. Es mañana tibia de primavera. Sol, caricias del viento, aromas, canciones de una

fuente... — No; no todo es doloroso y trágico en la Vida, nos decimos. — El pecho se hinche de ozono, el corazón late tónicamente; pasan por el horizonte los cúmulos de rosa y nácar, como barcas hacia el país de la ilusión...

Pero la Realidad nos toma del brazo y comienza a hablar severamente :

No sueñes; mira bién; mirame a mí que soy la Verdad. Su dedo descarnado y estremecido de dolor — la Realidad es toda un vivo dolor único — va señalando todas las cosas, forzándonos a considerarlas desnudas.

Por el tallo de una azucena va reptando una babosa. Sube a comerse el jugoso capullo que mañana habría de abrirse como una estrella junto a la tapia. Allá, junto a la tapia, está el gato presto a saltar, al acecho de un pájaro o de un ratoncillo. Aquí, entre las ramas del rosal que más llamea, una araña ha dado un brusco salto a lo largo de su red cazadora y acaba de atrapar una mosca. Medio ovillado, el pequeño monstruo se ha quedado inmóvil, con la presa entre los quebrados palillos de

las patas, recreándose en el zumbido de la impotencia. Estamos considerando este drama, tan enorme y tan diminuto, cuando una golondrina, precipitándose de lo alto como una saeta, casi nos abofetea con las alas, al pasar fugacísima, para llevarse en el pico la mariposilla de plata que acababa de alzarse a nuestro paso entre los alelíos de un arriate... Millones de seres, en torno, mueren y son consumidos entre supremos dolores. Tragedias innúmeras en el aire, en el agua, encima y debajo de la tierra. Y lo mismo en los astros. Las estrellas son hogueras inconmensurables que se van tornando pavesas y ceniza. Si un espíritu sensitivo las anima, también ellas, necesariamente, han de sentir el sufrimiento de concentrarse o de desdoblarse...

*
* *

¿Vivir, pues, es dolerse? se preguntan el Doliente y el que le escuchaba, con profunda angustia.

Sí; vivir es éso, tenemos que responderles. Por todas partes el Dolor, amo del mundo, clava su negro estandarte y esculpe su fatal blasón.

Los mares llenan las tres cuartas partes del planeta, y los mares son salobres y amargos...

¿Será, pues, el mundo obra del mal? ¿Será creación demiúrgica, producto demoníaco, manufactura satánica, como pensaron Empedocles y Manés, los persas y los gnósticos?

No; contestamos nosotros suprema, evidentemente convencidos.

Pero ¿el Dolor?... ¿el Dolor?...

El Dolor...

Os diremos nuestro concepto.

CONCEPTO DEL DOLOR

“ Se ha clamado contra el pesimismo de mi libro. Es el clamor de los eternos rezagados, que persiguen cuantos pensamientos se brindan a los que en la vanguardia buscan la senda del futuro. Pero yo no he escrito para los que toman por una hazaña el cavilar sobre la esencia de las hazañas. El que define no sabe lo que es el sino.”

“ Comprender el mundo es para mí estar a la altura del mundo. Esencial es la dureza de la vida, no el concepto de la vida, como enseña la filosofía a lo avestruz del idealismo. El que no se deje deslumbrar por los conceptos, no tendrá la sensación de que esto sea pesimismo. Los demás no me preocupan.”—OSWALD SPENGLER.—LA DECADENCIA DE OCCIDENTE.

I

Voy a proceder al examen del concepto del Dolor, y a su definición, si eso es

De otra parte, las esencias de las cosas permanecen y permanecerán siempre, para nosotros, absolutamente herméticas. Nuestros conocimientos provienen de simples relaciones eslabonadas por esa cadena de acero que se llama Lógica, y que nadie puede romper sin despeñarse en los abismos caóticos de la demencia. Ahora bien; ¿quién es capaz de atisbar, siquiera, las relaciones universales de una cosa? Definirla es limitarla dentro de ciertas fronteras, es aislarla, recortarla. Y las cosas no están así dentro de la naturaleza, ni debieran estarlo en el espíritu, sino relacionadas y ligadas con lo próximo y con lo remotísimo, influenciándose unas a otras en todos sentidos. El pavón nocturno que, en una noche tibia de mayo, entra, atraído por la luz, en la habitación del aprendiz de entomólogo, y que éste caza y clava en un cartón, donde la mariposa va muriendo palpitante, mientras sus ojos despiden luces de piedras preciosas, y Sirio, la deslumbradora estrella lejanísima, que pasa por lo alto, palpitando y muriendo también, clavada en el terciopelo azulado y profundo

del firmamento, se corresponden y se necesitan sin duda; pero nadie, que se sepa hasta ahora, ha podido ponderar esa correspondencia ni la íntima necesidad que uno siente del otro.

¿Implica todo esto escepticismo? De ninguna suerte. Implica conocimiento — en el sentido de hacerse cargo — de nuestra limitación.

¿Serán inútiles, entonces, las definiciones? Tampoco. Ellas delimitan el campo de nuestra iluminación, le señalan linderos. Lo que ellas cercan, éso es lo nuestro. Eso es lo que tenemos explorado y medido. Sabemos que más allá, fuera de nuestra alambrada, el terreno es grande, inmenso, inconmensurable, pero está en tinieblas profundísimas para nosotros y no podemos recorrerlo. No hay caminos ni guías que nos conduzcan. Definimos, pues lo que conocemos y como lo conocemos; y tal definición es exacta y cabal para nosotros y para la cosa definida — subjetiva y objetivamente — en la medida de su extensión cognoscible. Cuando aprehendemos la idea de una cosa, en semejante medida,

posible, y, sin embargo, siento que no estoy muy lejos de pensar casi lo mismo que piensa, acerca de las definiciones y de los conceptos, el autor famoso de “la peripecia intelectual más estruendosa en los últimos años”, según califica Ortega y Gasset el libro de Spengler.

Muchas, muchísimas veces he meditado en lo imposible y vano que es definir rigurosamente cosa alguna. Porque, en primer término, según recuerda sabiamente Poincaré : “ toda definición implica un axioma, puesto que afirma la existencia del objeto definido ”¹ ; es decir, su conocimiento más o menos confuso. Se comete, pues, en toda definición, siempre, en mayor o menor escala, esto es, más o menos ostensiblemente, lo que los lógicos clásicos llaman petición de principio. El mismo genial matemático lo va reconociendo, en páginas sucesivas, al depurar las definiciones aritméticas, geométricas y mecánicas que aspiran al sumo rigor científico.

1. H. Poincaré. — “ *La Ciencia y el método* ”. — Versión de Eduardo Cazorla. — Madrid. 1910. — Pág. 138.

decimos que la comprendemos. Pero no podemos decir que hemos agotado su comprensión. Un espíritu superior al nuestro domina más relaciones, y Dios las agota todas.

¿Os dais cuentas del por qué estampo, como lema de este capítulo, unas palabras, un tanto demoledoras, de Spengler, y parece como que las acepto, sin acabar de aceptarlas del todo?

He creído necesarios los anteriores prenotandos, a fin de preparar, de algún modo, el espíritu para recibir el concepto del Dolor sin haberlo definido previamente, a la manera como nos sentimos penetrados de los conceptos de Número, Belleza, Honor, Amor, etcétera, sin haber pensado, acaso nunca, en encerrarlos en los viejos moldes clásicos, entre el género próximo y la última diferencia. Tales conceptos se introducen en nosotros apoyándose en el empirismo, por la puertas de los sentidos, sin que apenas lo advirtamos. Los sentimos, los palpamos, los respiramos y vivimos antes de raciocinar acerca de ellos. Y conste que no somos discípulos de Locke o de

Condillac, ni mucho menos. Pero no podemos negar tampoco que hemos andado, y visto andar, antes de inquirir qué cosa sea el movimiento.

Lo que sigue ayudará, quizás, a esclarecernos.

II

Todos hablan del Dolor, todos le conocen, todos le temen y le sufren, pero nadie acierta a aislarle, a singularizarle y definirle en todas sus dimensiones y naturaleza. Se describen dolores. No se han puesto todavía de acuerdo los psicólogos y fisiólogos para darnos, disecado y cabal, el esquema del Dolor, universal y completo, escrito con mayúscula — y miniada si es posible — que nosotros deseamos y pedimos.

“ *Dolor*. — (Del latín *Dolor*) 1). Sensación molesta y aflictiva de una parte del cuerpo por causa interior o exterior.

“ 2). Sentimiento, pena y congoja que se

“padece en el ánimo.» Así, en estas dos primarias acepciones, que abarcan todas las demás, le definen los diccionarios de la lengua. La misma palabra sirve para manifestar las sensaciones desagradables del cuerpo — dolor físico — y las aflicciones del espíritu — dolor moral —. Los diccionarios se refieren, pues, a las aflicciones Dolor — a sus dos grandes ramas o sectores — pero no al todo que buscamos.

Quizá es difícil, si no imposible, reducir ambas especies de Dolor a una sola idea; hacerlas entrar en una única definición. Acaso no se comprende bien, cómo la sensación desagradable de la picadura de un insecto, por ejemplo, y la pena por la desaparición de un ser querido, pueden acogerse bajo unos mismos términos y figurar en idéntica categoría. Nosotros, sin embargo, trataremos de ensayarlo. Porque no podemos acabar de convencernos de que no converjan en un foco ambas especies de dolor : el que viene de afuera, de los sentidos corporales, y el que cae directamente de la bóveda del alma, como una gota de metal derretido sobre sus limbos, y resbala

por ellos dejando la cicatriz perdurable de su devastación.

Y nos interesa sobremanera esta inquisición de lo que sea el Dolor esencialmente — para nosotros, — porque sabemos que, sólo lo que cabalmente se conoce es susceptible de ser amado o aborrecido con pasión; merece ser combatido encarnizadamente o defendido con denuedo generoso.

Henos aquí ahora frente al Dolor que se nos manifiesta con dos facetas, tan distintas y contrapuestas como son el alma y el cuerpo, la materia y el espíritu. ¿Se tratará de dos tiranos dominando en un sólo individuo, o será uno, nada más, señoreando planos de elevación diferentes? Una imagen clásica se ofrece, súbita, a nuestra imaginación. No es Jano, el dios de las dos faces; es un Sagitario selvático y furioso — mitad humano, mitad corcel — que dispara sus saetas encendidas y enherboladas contra un hombre atado, desnudo y absolutamente inerme. Algo así, a manera del mitológico animal, satánico y encabritado, debe de ser el Dolor.

Inquiramos, sin embargo, con serenidad

y tacto sumos, no sea que nos engañe una ilusión.

III

No nos asalta duda alguna cuando se trata de discernir y clasificar nuestros dolores. — “Me molesta el estómago”, dice uno, y sabemos que se trata de una aflicción corporal, de un padecimiento físico; de la propia suerte que si alguien manifiesta que está hastiado o triste, calificamos su estado diciendo que sufre moralmente. Esto es evidentísimo.

Analícemos, lo mejor que podamos, ambos sectores del Dolor, y procuremos separar y distinguir los caracteres en que se diferencian y contraponen, y aquellos otros, sobre todo, en que acaso coinciden y se confunden. Así, quizá logremos encontrar el plano focal en que se unifiquen, la raíz de que ambos se nutran y sustentan.

Cuando aseguramos que nos duele un miembro, afirmamos dos cosas igualmente

evidentes para nosotros : la realidad de nuestra sensación — el fenómeno subjetivo — y la, no menos real, existencia de una causa objetiva, que actúa sobre el miembro dolorido. Y tan claras se nos manifiestan estas dos realidades, que tan pronto como formulamos la queja, que nos provoca la sensación, en el momento mismo de percibirla, procuramos indagar la causa que la produce y suprimirla lo antes posible. Cuanto más aguda y súbita es la sensación dolorosa, tanto más instantánea, intuitiva e irreflexivamente se reacciona contra su causa. Una interjección, un grito, una rapidísima contracción angustiosa, un brusco respingo son las protestas fulminantes y más comunes contra lo que nos hiere.

Porque éso es el dolor físico, siempre, objetivamente: algo que nos hiere, que nos ataca positivamente, que atenta a la integridad de nuestra naturaleza corpórea, al funcionamiento normal y libérrimo de nuestros órganos, a nuestra vitalidad física.

La verdad de esta observación se comprueba, por otra parte, si tenemos en cuenta que todo aquello que tiende a favorecer

nuestra organización fisiológica, a vigorizarnos y robustecernos, cuanto mantiene nuestra vida, la fomenta o la comunica, nos produce sensaciones placenteras y gozosas, que son lo contradictorio del Dolor. La digestión normal, el crecimiento sano, el ejercicio moderado, la reproducción de la especie, cuantos cambios, en fin, y modificaciones se verifican en nosotros, siempre que tiendan a comunicarnos mayores energías y actividades saludables, o a conservar y regular las que poseemos, todo ello es gustoso, voluptuoso, eufórico. Se verifican, indudablemente, en nuestro organismo acciones y reacciones metabólicas, que suponen tránsito y destrucción de células y sustancias, pero, como ello es favorable a nuestra conservación, no nos produce dolor sino placer.

La luz se hace con esto en nuestro espíritu y comenzamos a ver qué cosa sea el dolor físico, el cual no tiene para nosotros ya otro significado ni otro objeto, que prevenirnos ruda, imperativamente, sin piedad — no; no nos distraiga nada, que el asunto urge y es gravísimo — para que nos preca-

vamos de algo que amenaza al buen funcionamiento o a la integridad de nuestros órganos corporales, o a toda nuestra existencia animal e individual. La vida abstracta y puramente metafísica de la especie, concreta, real y palpitante en nuestra vida, aúlla de pánico ante la muerte que se le acerca en nosotros.

El placer podemos y debemos considerarlo, pues, como un arrullo, como un canto, como una melodía de la especie, que acompaña el paso seguro y triunfal de nuestra vida de individuos, caminando firme, recia y rectamente a su destino físico; y, en contraposición, el dolor como un latigazo brutal y un salvaje chillido de atención, con que nuestro cochero — la especie — nos avisa para que refrenemos el andar y cambiemos de ruta, porque delante de nosotros está inminente y mortal un peligro, abierto, en la sombra, un precipicio.

Y el dolor — timbre de alarma — es así más o menos agudo y lancinante según el poder del enemigo que nos acecha y la mayor o menor gravedad que puede tener su ataque.

Dolor físico implica, por tanto — volvemos a repetirlo, ratificándonos — disminución o destrucción de energía o de sustancia vital orgánica en el paciente que le sufre. Recojamos esta conclusión en esta sola palabra: *Pérdida*.

¿Y qué será el dolor psíquico, el dolor moral?...

Lo dejaremos para otro capítulo.

EL DOLOR MORAL

I

Si sabes, en verdad, de tristezas, lector; si sufres de algún hondo e irremediable dolor, es casi seguro que habrás de amar este capítulo, y así lo entenderás mejor.

Pero si no has apurado todavía las heces de la COPA DE CUASIA... Mas no, no es posible que, siendo humano, no sepas de esta tortura, de esta agonía, de este vivir muriendo, que es el dolor del espíritu.

Si eres hombre, si tienes corazón de hombre, y no de fiera, tú has sufrido alguna vez. Por lo menos — fíjate bien — has sufrido con la posibilidad, que adviertes estremecido en ti, de sufrir todos los horrores que miras de cuando en cuando en los otros; con el temor de perder la felicidad pasajera que ahora gozas. ¿Nunca has visto un leproso y pensado

que tú pudieras llegar a serlo; que no es absolutamente imposible que algún día lo seas; que podrías estar como él, tal que una pestífera carroña, caído en el polvo, a la orilla de un camino, mirado con hondo asco por todos, de todos huído, amado sólo de las moscas, ávidas de podredumbre?

Lee, lee, pues, también este capítulo, aunque ahora te reputes un poco venturoso. ¿Qué sabes tú lo que te espera? Por lo menos, de morir y dejar cuanto ahora tienes, no podrás escaparte. ¿O es que se te antoja corta esta pena? Pues yo, en verdad, te digo que aunque todos la sufran, tú — vuelve a fijarte ahora también en ésto — la sufrirás como si sólo tú la sufrieras. ¡Te morirás sólo! Cala, cala bien en ello, que tiene hondura.

II

La definición de las enfermedades ha de buscarse en las clínicas. Es preciso obser-

var pacientes, anotar síntomas, describir y analizar casos, y luego, sin prejuicios, serenamente, establecer doctrinas y deducir leyes. Así se llega a esclarecer el origen de los morbos, su tratamiento adecuado, sus paliativos y medicinas. De la propia suerte vamos a proceder con el Dolor, endemia del alma.

Examinemos, lo mejor que podamos, cómo es lo que sentimos y de qué manera lo sentimos. Penetremos, disecando, por el interior de nuestro enlutado espíritu. Allá, en lo más hondo, está abierta la llaga, como un cráter. Es el corazón — el corazón del alma, más vital, infinitamente, y más sensible que el del cuerpo — el que está herido. ¿Por qué? Porque le arrancaron aquel pedazo que le falta. Estaba pegado a él — a lo más íntimo — el ser querido que se fué para siempre, y, al alejarse, se lo llevó consigo. Y nos desgarró el corazón del alma. Y nos dejó así, sangrando, sangrando... Es un pedazo pequeño el que nos falta. Nuestros conocidos y amigos creen y dicen que es pequeño. Es, nada más, aquel trocito que

estaba adherido a aquel ser tan vulgar e insignificante, para ellos, que se partió y no torna. Pero ese pedazo, tan pequeño — apenas un bocadito — produce un hueco, un vacío que no hay nada que lo pueda llenar...

El ser querido — sólo ahora lo echamos de ver cabalmente — lo era todo para nosotros. Cuando él respiraba, hablaba y reía, el aire se ozonizaba, se poblaba de cánticos y se tornaba azul y luminoso. Ahora todo está frío y mudo, y es siempre noche...

Echad, echad en este pequeño hueco — que es una sima — que él nos hizo en el corazón, todos los tesoros de la tierra, y juntos con ellos todos los laureles y todas las voluptuosidades, y se convertirán en ceniza antes de llegar al fondo, que no tiene. Dejad caer en él todas las estrellas y acontecerá lo mismo. ¡Y lo llenaba, sin embargo, hasta desbordar, aquel pedacito que estaba apegado al humilde ser querido, y que él nos arrancó al alejarse!

Por él, por aquel ser — antes no lo sospechábamos siquiera — queríamos

todas las cosas. Ahora que él no está aquí, ¿qué pueden importarnos?... ¡Oh, verle tornar; verle otra vez; oír su voz; ternura que nos derretía las entrañas!...

Algunas noches, el sueño compasivo nos da una ilusión, incompleta y pasajera, de semejante felicidad. Al despertar, con acrecida angustia, pensamos que si la muerte fuese un sueño así, con qué placer no iríamos a ella. Y nuestra vida se nos antoja mezquina y roñosa moneda para pagar tanta ventura.

Y es que, en el abismo de postración y marasmo en que nos arroja el Dolor, cuando la muerte, segadora implacable, se lleva, en sus gavillas trágicas, las personas para nosotros únicas, imponderablemente amadas, nos sentimos más disminuídos y viles que los harapos en un muladar, si los harapos sintieran.

III

Pero, acaso, no es de esta índole el Dolor que nos oprime.

— ¡Oh es mayor! aseguramos.

Lo decimos porque, siempre, el dolor moral que nos avasalla se nos antoja el mayor de todos. Es el nuestro — ¡nuestro dolor! — todo y sólo nuestro, o mejor, nosotros somos todos y sólo suyos — le poseemos porque nos posee — y ésto sobra para considerarle en tal máxima medida. No sólo los paisajes, sino la creación entera es siempre, nada más, un estado de alma. No sabemos, ni podemos, mirar más que por el prisma encendido de nuestro corazón. Cuando él sufre, sufren todas las cosas.

*
* *

Veamos de qué puede quejarse un corazón que no está destrozado por la ausencia eterna de aquellos a quienes amó.

El corazón se queja de la pérdida de la fortuna. La opulencia, en medio de la cual había nacido y vivido; la que la prestaba ficticia fortaleza — pues era externa — en los brillantes torneos mundanos: la que le servía los placeres; la que se anticipaba sumisa a la satisfacción de sus caprichos; la que hacía sonar las melosas frases lisonjeras; la que tendía velos de oro y de púrpura sobre las cosas, para que la realidad pareciese ensueño; la rozagante, la risueña y embalsamada opulencia, que era triunfal tintineo de argentería, rubeasca desnudez de hombros femeninos, chispear ambarino de champañas, músicas, y danzas, y sonrisas y cortesías de damas complacientes y de bien pagados lacayos, ha pasado, se ha desvanecido

como una sombra. Desde el pináculo bajó el potentado a la miseria de la calle. Y el desposeído, de quien huyeron los falsos amigos de francachelas, las daifas y los taimados servidores, como huyen los parásitos de los cadáveres, se siente inmensamente sólo, adolorido y abochornado, y comienza a mirar con cariño su última riqueza, el cañón de su pistola.

IV

Pero no, no es eso tampoco, dice ahora el corazón. Es algo más grave, más insufrible. En ésto no hay egoísmo. La muerte mil veces peor que este dolor. En el fondo de todos los otros se halla siempre algún consuelo, romántica fatalidad, grandeza de tragedia, hermosura, en fin. Aquí sólo existe horror sobre horror, desesperación encima de desesperación... — “Mira; oye mi pena: ¡estoy deshonrado!... ¿Comprendes?... ¡No tengo ya honor!...”

Y este dolor sí, nos parece realmente terrible, definitivo, sin medida. No sabemos, de pronto, qué contestar al sin ventura. Pero, súbitamente, nos relampaguea en la memoria cierta frase que oímos en una mediocre comedia francesa. No recordamos cómo se llamaba la comedia, pero la frase sí, fulgura dentro de nosotros como cuando nos abrasó la atención sorprendida. Un personaje decía: — “Dinero perdido ¡nada perdido! Honra perdida... sí; algo perdido. Corazón perdido... ¡todo perdido!”

Y así decimos nosotros al que aúlla de dolor por su honra:

— “¿Tienes todavía el corazón? ¿No lo perdiste aún? Pues ten esperanza. *¡Sursum!*”

Mas no nos anticipemos.

V

Otro se lamenta de una enfermedad crónica, que él sabe que le conduce a la

muerte sin remedio. Es un cáncer, una lesión cardíaca profunda, un aneurisma avanzado... ¡Qué pesadilla macabra! ¡Qué lento agonizar! Las bellezas que muestra la vida son mayor tormento. El brillo del sol, el cielo estrellado, los jardines floridos, las castas e íntimas caricias familiares, la conversación de los amigos, las fiestas mundanas, los libros amados, los descubrimientos científicos, las noticias políticas, todo lo que fué encanto, embriaguez y apasionamiento febril de otros días, todo ello es ahora pena, hastío, dolor inenarrable. ¿De qué sirve nada si el sepulcro está ya abierto?...

VI

Pues otro siente la pena de envejecer; nada más. Pero ¡qué grande! Sus años pasaron como segundos. Mira atrás y le parece que no distingue nada, y ¡qué poco resta ya delante! Dentro

de veinte, de treinta años, ya no vivirá. ¿Qué es éso, aunque viviera? Lo que falta por vivir será idéntico a lo vivido. Iluminaciones de relámpagos en la noche.

¡Y qué poco disfrutamos en la vida pasada!... ¿Pero pudimos disfrutar de otra manera, aunque lo hubiésemos intentado? Ve el corazón un momento de su vida — abarca lustros, acaso; pero fué un momento — ¿Por qué no nos detuvimos en él, agotándolo? ¿Mas pudimos quizás? No; no pudimos quedarnos en él más tiempo del que lo hemos gozado. ¿Marchaban las cosas o marchábamos nosotros? No sabemos. Todo corría en derredor, opuestamente, arrebatado por el vendaval del tiempo. No era posible aprisionar el instante fugitivo, pararlo, clavarlo para siempre. Y, aunque lo hubiésemos detenido, ¿qué? ¿No sería, después, mayor tormento el no poder escaparnos de su cárcel? Quedarnos definitivamente en un punto de la vida nos convertiría en eternos presidiarios. Primero, el hastío; después, la desesperación. Mayor sería este tor-

mento que el que actualmente experimentamos. Pero éste también es enorme.

¡Oh, la sangría suelta, que es la Vida!...

VII

Y se oye una voz que se plañe dolorida y airada. Cuenta la traición negra de un amigo. ¡El amigo, el ser de elección, más que el hermano! Porque el hermano lo impone la naturaleza, y al amigo lo elige el corazón. El hermano es, en cierto modo, servidumbre; el amigo era libertad.

Y él — ¡él! — a quién habíamos abierto, no los brazos, ni la casa, ni el bolsillo, sino lo más íntimo del corazón, lo más celado del pensamiento; él, a quien nos habíamos entregado confiados, inermes, en absoluto, nos ha traicionado, nos ha vendido... El era la más noble y generosa de nuestras ilusiones. Se ha roto. Ya no es amigo — dulcísima palabra — sino encarnizadísimo enemigo...

VIII

El observador se ha parado en medio del círculo inmenso que forman en derredor suyo todos los corazones humanos. El corazón del observador y todos los demás corazones, innúmeros, se quejan, alarean, rugen y blasfeman un treno, que es como un vendaval de desesperación, que crispa, sacude y retuerce los nervios de cuantos seres existen. Cada corazón tiene su timbre, acusa su acento y profiere su estrofa. Cada uno levanta, como un negro estandarte, el propio dolor. Pero en todos alienta el mismo tema, en todos renace, se desenrosca y sube, ondeante y silbador, como un reptil venenoso, idéntico motivo.

El observador escucha, y logra entender la palabra calcinadora, que domina el huracán rugiente en su corazón. Es la misma palabra que vociferan desesperadamente todos los otros corazones. No hay

otro *leitmotiv*. Cada uno exhala su frase y su lamento:

— “Muerte, separación, destrucción, acabamiento y ruina de algo muy íntimo y muy abrigado en la entraña...”

Pero, por encima de todo ello, como un gigantesco azor azabachado, abre sus alas siniestras y su pico, que gañe, esta única y definitiva palabra — ¡*Pérdida!*

La misma que nos salió al paso cuando preguntábamos qué era al Dolor físico.

NUESTRA DEFINICION

Con los antecedentes acumulados podemos ya aventurarnos a ensayar una definición que nos pertenezca; y así decimos:

Dolor es un grito trágico, proferido por algo que se siente destruir — perdido — escuchado y comprendido por un ser capaz de reflexionar trascendentalmente acerca de lo que tal destrucción y pérdida significa.

De esta definición se deduce claramente que sólo el hombre es capaz de sentir el dolor perfecto. Porque sólo él puede darse cuenta cabal de la transcendencia que existe en la pérdida que se realiza en todo dolor.

No; el animal no puede decirse que sufre verdaderamente. En capítulos sucesivos creemos poder probarlo. El sufrimiento verdadero, — el Dolor perfecto, — es sólo el humano.

En el animal, que se queja, clama sólo la voz de la especie amenazada — dolor físico — menos de medio Dolor; pero, en el hombre que llora, no sabemos cuántas voces pueden clamar. Y cuando clama sólo la de la especie, clama de un modo más emocionador, más noble, más alto, imponderablemente, que en el animal.

· TEOLOGÍA DEL DOLOR

I

Existe un cuadro moderno, cuyo autor vive aún, por fortuna, en la plenitud madura de los años y de la gloria, que es quizá, entre cuantos he visto y admirado en exposiciones y museos famosos, el que hubo de causarme emoción más traspasadora y perdurable.

No; no me sacudió su técnica, que puede reputarse casi perfecta a la manera clásica; ni la osadía que supone el pintar un fondo de blancura cegadora, para poner otros blancos, en primeros términos, sobre él, y en dura pugna, a la vez, con crudos negros de humo; ni me maravilló, tampoco, la tangible sensación de ambiente que colma la escena, la profundidad, llena de aire y de luz tamizada, en que las figuras posan, ni los otros varios y notables

méritos que saltan luego a la vista de cualquier inteligente mediano en asuntos pictóricos. Excelencias de semejante naturaleza, y, aún, si se quiere, de más subidos quilates, existen en los lienzos de todos los grandes maestros y se encuentran a porrillo en todas las pinacotecas famosas.

Lo que no se encuentra es la idea avasallante, el pensamiento elástico y poderoso, tal que un ariete, cargado de vigor y de hondísima emoción humana, viniendo a chocar con el cerebro y el corazón de quien mira, como acontece en el estupendo cuadro, "Dolor", de Chicharro.¹

El asunto es sencillamente genial. Es un comedor de casa pobre, andaluza. Paredes enjalbegadas, crudamente blancas. Una

1. Después de recorrer triunfalmente los salones y exposiciones más célebres de Europa, retornó el cuadro a Madrid, hace 11 o 12 años, para ser exhibido por última vez en la Exposición Nacional de Bellas Artes de entonces, siendo adquirido por mi ilustre amiga la marquesa de Bermejillo del Rey, ardiente entusiasta de todo lo bello, y protectora magnífica de todos los artistas.

jaula, una benditera y una estampa rompen el deslumbramiento de este vasto fondo temerario. En el centro de la humilde pieza, bajo la luz hirviente que entra por los huecos de puertas y ventanas, la mesa está puesta. Sobre el mantel immaculado, platos y tenedores, y la cazuela humeante. En torno, en pobres sillas de enea, se sienta la familia rigurosamente enlutada. El padre, cuya edad va mediando, los hijos — mocitas espigadas, niños de grandes ojos pardos — y la vieja abuela. La comida está servida. Pero nadie la toca. Aunque están todos quietos y mudos, tiene la escena un dinamismo formidable. Es el poder gigantesco del pensamiento, del pensamiento de todos clavado, inmoble, en la misma cosa.

El vendaval del dolor, soplando sobre los personajes, les sobrecoge, les curva y les hace torcer el rostro, mirando, muchos de ellos sin mirar, hacia un mismo sitio, hacia el ancho y resquebrajado sillón de baqueta que los preside, vacío. ¡Oh, aquel sillón vacío! El es el protagonista escalofriante del cuadro. Y, en verdad, en verdad

os digo que yo no he mirado, nunca, nada que me haya dado, como él, una impresión más desolada de tragedia irremediable.

Toda la familia sigue viendo en el sillón, sentada, a la madre que falta. Pero no es, a la madre sonriente, alegre, decidora, que iba distribuyendo los platos según los llenaba, al gusto de cada uno, por ella tan bien conocido. Ahora ve cada cual a la madre inasequiblemente, como si la mirase a través de un vidrio empañado, y en la forma en que la vió por última vez, cuando iban a llevársela para siempre de la casa: rígida, terrosa, helada, espantosa, inconcebiblemente seria, un poco fétida ya, comenzado a pudrirse. Y así la adora más cada uno; la echa más de menos. Y así se está ella allí, en el sillón, presidiendo aquella comida que van a hacer: la primera que ella no ha de distribuir...

Dolor — ausencia eterna, acabamiento definitivo, *pérdida* sin reparación...

Pero pérdida comprendida por alguien. Tenedlo muy en cuenta. Chicharro pudo hacer de un sillón vacío el personaje principal de un cuadro que es un curso de filo-

sofía, pero fué a condición de poner figuras humanas y doloridas en torno. Quitadlas, y el sillón es un trozo vulgar de naturaleza muerta, mejor o peor pintado, sin sentido alguno. Volvedlas a colocar y habréis abierto la llave de la luz. La trascendencia surge súbitamente, y con ella la definición del Dolor que nosotros buscábamos y hemos encontrado.

II

Decíamos, hablando de las definiciones, que las cosas no están aisladas ni delimitadas en la naturaleza, sino ligadas y correspondidas por hilos, cuyo número y calidad se escapará siempre a nuestra comprensión limitadísima.

Los lindes en que las encerramos, al clasificarlas y ordenarlas, son indispensables, es verdad, pero puros artificios de que se vale, para formarse una idea, más o menos clara, de ellas, nuestro menguado entendimiento, pequeño vaso de agüista en

que no ha de caber jamás toda el agua de los océanos.

Pero existe una relación en todas las cosas, de la cual hoy apenas si se ocupan los pensadores, y que, sin embargo, es esencial, fundamentalísima y, además, evidente para todo espíritu sereno. Esa relación es la de todas las cosas con Dios. Todas le necesitan; todas dependen de El, inmediatamente, y sólo por El se explican y comprenden; todas están en la palma de su mano omnipotente, que las recrea en cada instante; y El está en ellas por esencia, presencia y potencia, para que no retornen a la nada. Prescindir de Dios, en el estudio de los entes, es más absurdo que si el arquitecto prescindiese de los cimientos en la construcción de un rascacielos.

Esta consideración sapiente y grave, y no otra alguna, fué la que determinó que en las antiguas y gloriosas universidades — desde París a Salamanca y de Lovaina a la Complutense — se antepusiera el estudio, amplio y profundo, de la Teología al de cualquier otra rama de la ciencia, así fuese ésta tan aparentemente ajena al

conocimiento del ser y de las operaciones de Dios como parecen la Farmacopea o la Medicina.

Si el pensador no ha de prescindir jamás de la relación con Dios en sus inquisiciones, sean de lo que fueren, tratándose de estudiar el Dolor le es imposible.

Pongamos pues al Dolor en presencia de Dios y veamos como reaccionan las ideas que acerca de uno y de otro poseemos.

De una parte tenemos a Dios. Dios, según la definición sublime que El dió de sí mismo, es : “ *El que Es* ”, es decir, el Ser que tiene en sí la razón absoluta y última de su existencia; el increado, el infinito, el omnipotente, el sabio, el justo, el bello por esencia; la suprema realidad, en una palabra, en que no cabe aumento ni disminución, mengua, tránsito ni pérdida alguna. De El nace y a El retorna la Vida en ríos de luz inagotables, y El permanece eternamente incommovible.

Y este concepto máximo que tenemos de Dios, nos viene del primer atributo que en El consideramos, del cual como que se desprenden y nacen, relumbrando, todos

los otros destellos infinitos que envuelven su frente soberana. Ese atributo fundamental es el de Creador. Por él le concebimos necesario. Por él le sabemos acto purísimo y felicidad sin límites, absolutamente innarrable.

Dios creó, crea y creará siempre, en un espasmo eterno de eterno engendrador. ¿No nos enseña el dogma, por otra parte, que la felicidad divina — la esencia incomprendible de Dios — consiste en la generación eterna del *Verbo* — la *Palabra* creadora — por el Padre; y en la procesión, eterna también, del Divino Espíritu — Amor de Amor —, del Padre y del Hijo, formando el misterio augusto de la Trinidad Santísima?

De otra parte tenemos el Dolor, grito de lo que se destruye, aniquila y pierde definitivamente para el ser — sea el que sea; ahora no nos importa — que le siente.

Podemos, pues, establecer estas dos igualdades : *Dios* igual a *Creador*. — *Dolor* igual a *Pérdida*.

Basta su enunciación para comprender cómo ambos conceptos chocan y se repe-

len, pugnando por aniquilarse fieramente. El Dolor es lo opuesto, lo contradictorio de Dios. Dios, como Dios, no puede sufrir. El Dolor lo sabe, y como no puede nada contra El, se levanta rabioso, contra la creación, que es su obra. El Dolor es, pues fundamentalmente, atentado contra el Ser, ímpetu sacrílego de pulverizarlo, de reducirlo, si posible fuere, a la nada. Es la manifestación primera, e inmensamente reprobable, de una perturbación introducida en el orden, de una tempestad levantada en la serenidad primordial, de un antagonismo impulsado contra la Majestad inalterable; es como el fruto repugnante, inmensamente amargo, de un reto a Dios, de una blasfemia salivada sobre su obra, de un supremo e inconcebible pecado...

¿De un pecado, hemos dicho? Y así fué; y así es. De un desafío a Dios — de un satánico orgullo — viene el Dolor. De una ofensa hecha, pecho a pecho y rostro a rostro, a El, ser santo y adorable por esencia. Luego El no puede ser su autor. Luego el Dolor es mal y mal horrible.

No; Dios, el Creador, no puede ser el

autor de ese pecado contra la Vida misma, que es El mismo. Suponer que Dios es el creador del Dolor sería lo mismo que suponer que atentaba contra su propia esencia, sería suponerle suicida.

*
**

Estas indagaciones someras nos han hecho ya avanzar un gran paso. Hemos aproximado y emparentado estos dos conceptos : *Pecado* y *Dolor*.

Pronto veremos cómo llegan a estrecharse y confundirse, y hasta a ser sinónimas ambas palabras, pues en realidad el único Dolor es el pecado. Las almas santas tienen, ellas solas, el verdadero concepto del Dolor; y, ¡cuán diferente del que tienen los mundanos y el inmenso vulgo! Para ellas el sólo Dolor, el único, es el de no llegar a la unión perfecta, a la integración cabal con la Divinidad; el no conseguir amarla en la infinita medida que ellas quisieran y que la Divinidad merece. El

pecado, la sombra, nada más, de él, es lo que las hace sufrir horrores, es lo que las derrite en lágrimas. Todos los demás dolores, ante este supremo y único Dolor, se convierten en celestes placeres. *¡Aut pati aut mori! ¡O padecer o morir!* Tal es el grito de los santos. Y es porque ese Dolor, de no amar a Dios como se debe, se atenúa o cesa totalmente para ellos cuando se les abre el cielo: el transitorio, de los dolores según el mundo acá abajo, o el definitivo y eterno, a que sólo se penetra por la muerte, allá arriba...

Pero volvamos a refrenarnos. Procedamos otra vez con método.

III

Puesto que el Dolor y el Pecado tienen ya para nosotros parentesco tan inmediato y relación tan íntima, podemos ya también leer, sin duda alguna, el capítulo tercero

del Génesis, donde Dios, por boca de Moisés, nos revela el arcano de nuestras desdichas.

El capítulo comienza :

“ Empero la Serpiente era astuta, más que todos los animales del campo... ”

*
* *

Ya hemos leído. Ya sabemos.

Adam comenzó a sufrir y se condenó a la muerte, con toda su descendencia, por *aquel Pecado*.

Adam disminuyó la naturaleza, que Dios le había dado integérrima. Nosotros la heredamos así.

El fué quien introdujo el Dolor y la Muerte en el mundo: “Porque la paga del pecado es la Muerte ” ¹.

El Dolor es pérdida. En la vida integral del Paraíso no había ninguna. Por eso no había Dolor.

1. Romanos c. VI v. 23.

Adam, abusando de su libertad, — necesidad absoluta del hombre es la libertad — perdió el respeto a Dios y perdió la Inocencia, que es el plano más elevado de la Vida. Por éso el Reino de Dios es sólo de los inocentes.

¿Pero los animales no sufren, no sienten el dolor? ¿Y qué pecado cometieron?

Contestaremos a estas lógicas preguntas.

EL DOLOR ANIMAL LA GRAN DIFICULTAD

I

He leído que el príncipe de Mónaco, en sus vagabundos cruceros pescadores, de ictiólogo feliz, a través del Pacífico, sobre su yate Alicia, merced a difícilísimos y complicados ingenios, consiguió extraer de las vertiginosas profundidades oceánicas peces y moluscos de rarísimas e insospechadas especies. Pero parece que ninguno de ellos pudo ser cabal y científicamente estudiado en su anatomía, pues era su carne tan sumamente blanda y mucilaginososa que, en el momento de salir de las redes, se licuaban y disolvían en sus propios jugos, tornándose una informe masa gelatinosa. Era lo natural y previsto. Nacidos y criados a muchos miles de pies por bajo de la superficie de las olas, nece-

sitaban, para vivir y conservarse en su integridad individual, las formidables presiones de los abismos marinos, y arrancados de allí y colocados a nuestra presión normal, de una atmósfera, insignificante de todo punto para ellos, se deshacían al instante, mejor aún, llegaban ya casi deshechos.

Cuando leí la noticia pensé : “ Y si estos peces y moluscos pensasen; si Dios, por libérrima voluntad soberana, les hubiese concedido un pensamiento de la misma naturaleza que el que nosotros poseemos, ¿qué pensarían? ” — La consideración de esta hipótesis, descabellada en apariencia, me recreó durante varias horas y me condujo a saludables y sedantes conclusiones. Veréis.

Si esos peces y moluscos pensasen, me dije, no tendrían, como no fuese por revelación divina, idea alguna del aire libre, ni de la luz del sol. Carentes de ojos — nictálopes por naturaleza — y dotados de branquias rudimentarias tan sólo, apenas si lograrían tener indicios de la existencia del oxígeno, en que se queman las

sustancias carbonadas alimentando la luz y la vida. La existencia superior, terrestre, de las plantas, de los mamíferos, de las aves y de los hombres les sería de todo punto incomprensible; y hasta la vida de los otros peces, que vuelan, nadando, en capas menos profundas, y ven, y oyen y absorben grandes cantidades de aire en las aguas claras y tibias de sol, si acaso llegaban a conocerla, perturbaría profundamente las ideas fisiológicas que poseyesen. Esto lo reputo innegable.

Pues supongamos que alguno de esos peces o moluscos, por una revelación especialísima, por un prodigio de intuición genial, por un esfuerzo gigantesco de imaginación y de pensamiento, adivinase la posibilidad de otras vidas superiores, sintiese la necesidad de la luz incoercible, del aire tónico y ligero, y anunciase la existencia segura y venturosa de cuanto la luz y el aire engendran, allá arriba, en lo alto, fuera de la densidad negra y silenciosa de las entrañas oceánicas. ¿Le comprenderían, en seguida, los otros peces y moluscos, sus hermanos? ¿Le seguirían, fácil y

dócilmente, en sus especulaciones?... ¿Y quiénes serían los que estuviesen en la verdad; los peces anunciadores o los otros? ¿Quiénes serían los avisados y los sabios?

Con estas preguntas por delante, preguntas que deseáramos que no se apartasen fácilmente de tu atención, lector, vamos a considerar las ideas de este capítulo.

¿Seremos como los peces y los moluscos incomprensivos de nuestra hipótesis?

Vivimos en uno de los innumerables planos de la creación. Por encima de nosotros, hasta Dios, que es el infinito, hay otros planos sin término y otros planos sin término por debajo de nosotros, hasta la nada, de donde Dios hace nacer, creándolas, todas las cosas.

Hoy no miraremos hacia arriba. Miraremos hacia abajo, y no muy hondo. Sólo a lo que se halla en el inmediato escalón inferior a nosotros. Son seres que están tocándonos y en medio de nosotros, y sin embargo — tal es la limitación humana — sólo contados espíritus se detienen a observarlos con atención. Dijérase que hay muchos, no obstante, que los estudian; pero

sus indagaciones son, generalmente, periféricas. Nosotros trataremos de adentrarnos en ellos cuanto podamos.

II

En el sereno mar por donde navegaba nuestro pensamiento hemos notado, de improviso, agitación de olas, y oímos, al propio tiempo, el fragor cercano de una rompiente. Es un escollo en nuestra ruta. Vemos las olas chocar furiosamente y estrellarse, destrenzadas, contra la negra cabeza de las rocas que emergen de las aguas.

No; no debemos cambiar el rumbo y huir el riesgo. Es preciso reconocer la rompiente y situar y describir el bajo peligroso, señalándolo escrupulosamente en las cartas de derrota, para aviso de otros navegantes. Abordemos, pues, la dificultad.

Antes del hombre, y por consiguiente del pecado — se nos dice — los animales

sentían dolores y morían. Ahí están las capas geológicas, páginas colosales e indestructibles, proclamándolo con evidencia de actualidad. Los renglones de feldespatos y de cuarzo, de hierro y de hulla, conservan la elocuencia trágica de los rugidos de una antigua rabia dolorosa y la crispatura de unas vísceras, hoy fosilizadas, pero vivas y estremecidas ayer — un ayer de hace millones de años.

Miramos y tenemos que convenir, sin la objeción más leve, en la verdad irrefragable. He aquí las huellas de un festín sabroso de moluscos que disfrutó un plesiosauro. Y el plesiosauro mismo no anda lejos. Aquí están sus monstruosas quijadas, y las enormes uñas de sus garras, y varios trozos de su cola de dragón apocalíptico, que ahora son brillantes fragmentos en una veta de pirita. Y allá, en la médula de ese filón carbonífero, que aún se dijera húmedo por los anchos y tibios goterones terciarios, que lo acribillan, se conservan las huellas, tiernas al parecer todavía, de los picotazos y coletazos furiosos con que este descomunal iguanodón se

debatíó furiosamente con la muerte, al sobrecogerle.

Pero no se necesitaban siquiera pruebas tan palmarias. ¿No había animales antes de la creación del hombre? ¿Y no morían y se devoraban unos a otros?

Y, ahora mismo, ¿no sufren, no mueren los animales? Ellos saben muy bien lo que es quejarse. Cada especie tiene su palabra dolorosa, su interjección de sorpresa, su voz de alarma, su grito de agonia. Prestemos atención y, por poca experiencia que tengamos de la vida campesina y selvática, fácilmente sabremos distinguir la voz del dolor y la del placer en el mundo animal.

Estamos en el campo, en el estío. Despertamos al amanecer, llenos de pereza, en la perezosa luz del alba. El clarín bélico, retador, del gallo, fué el que nos sacó de nuestro sueño. En seguida oímos las golondrinas, que también acaban de despertarse bajo nuestro alero; las golondrinas pavonadas, que aprietan y aflojan inacabablemente el muelle real de su garganta acerada, en escalas sin fin de chirri-

dos metálicos. De pronto, toda la grey alada y cantora — los gorriones, los palomos, los jilgueros, los mirlos, los pinzones, los verdecillos, las abubillas, las oropéndolas, los gayos — rompe en un gran preludio a la luz. Son carcajadas, son silbidos, son ruidos de sierras, son gorjeos cálidos de pasión, son breves compases de dos o tres notas claras... Es un relumbrar de pedrería, una joyería de sonidos. El aire se llena de alegría jubilosa y de frescura de luz recién nacida. Pureza. Paz. Desde la blandura tibia del lecho, nuevamente emperezados, estamos gozando la mañana. Nos transe su fragante alegría. Sin necesidad de abrir la ventana, para que entre el aire y el sol húmedos de rocío, asistimos a toda la magia del amanecer.. — ¡Buenos días!... ¡Buenos días!... Nos los están dando aquella sinfonía. Y, acompañándola, nos cantan en la memoria los versos de Víctor Kinon : “ *Le Réveil du bois...* ”

Pero, de pronto, hay un inesperado calderón en la polifonía inmensa, en la orquesta aleluyante. Lanzan las golondri-

nas unos rápidos filados chillidos. Se estrangula el ronco gemido de amor en el buche hinchado de los palomos; pían apagadamente los jilgueros y verderones; gañen las pegas; mayan las oropéndolas y los gayos, y las gallinas levantan un picado cacareo. ¿Qué acaba de pasar?

Nosotros lo sabemos muy bien. Tendidos en la cama, en el cuarto todavía cerrado, en el que se filtran a través de las maderas entornadas las pálidas luces del alba, hemos visto la escena, con tanta claridad, como si estuviésemos sorbiendo la gloria del amanecer bajo los emparrados de la huerta. De la cercana colina, por detrás de los peñascales coronados de retamas, ha aparecido, volando bajo y rapidísimo, a ras del monte, para no ser visto de lejos, el gavilán que va de caza. Como una saeta se ha precipitado y ha caído en el cerezo en que alumbran los primeros frutos maduros, y entre cuyas ramas saltaban y repiqueteaban su alegría gorriones y reyezuelos. Las alas del ave rapaz han volteado dos o tres veces, como aspas de hélice, entre las ramas del árbol, y, luego,

se ha remontado llevándose una presa o dos entre las garras.

Todo lo hemos oído como si lo viéramos.

Después, el sol sigue alzándose; el rocío se evapora; avanza caliente la mañana. Mientras nos aseamos, antes de salir, sentimos los latidos del viejo y fuerte mastín que vigila en la portalada. Sabemos que es un desconocido el que se acerca. El latido, cada vez más precipitado, se hace aullido doloroso, aguda queja... Salimos al balcón precipitadamente : — ¿Quién ha hecho daño al perro? El astroso viejo mendigo, que blande en su trémula mano sarmen-tosa la cachava, no niega y responde :

—¡Queríame morder, señor!...

Más tarde es una vaca. Su mugido es de dolor inmenso; mugido que es llamada, grito casi humano, largo y quejumbroso, que acaba en un balbuceo...

Inquirimos. La casera sonríe, y dice que esta noche se contará una cabeza más de ganado en las cuadras, y que, dentro de tres o cuatro días, habrá un poco más de leche para los requesones y para el arroz.

Y así todo el día. Los ruidos del mundo animal nos advierten, no sólo de la marcha sosegada y constante del sol y de las sombras a lo largo de los muros, lo mismo o mejor que un cronómetro, sino de la tranquila o turbulenta sucesión de las cosas, de los trastornos o accidentes de la vida casera.

El animal, pues, sufre y goza.

Y el animal no ha cometido pecado. El animal no es capaz de cometerlo.

Esta dificultad, aparentemente insoluble, hizo blasfemar groseramente a muchos hombres que parecen de entendimiento, y que alardean, hasta, de respeto y de urbanidad para con las ideas de los que no piensan de un modo análogo al suyo. Así lo hizo, por ejemplo, Flammarión, en una de sus últimas obras. Lo citamos, y recogemos sus palabras, porque su amenidad indiscutible y su competencia en asuntos de vulgarización astronómica, que no le regateamos, le han dado público numeroso de lectores, entre los cuales, los vulgares, los que no tienen bien cimentados ni sus conocimientos ni sus creencias, hacen estrago y riza las demoledoras palabras.

Dijo así el célebre astrónomo, que ya conoce toda la Verdad :

— “ Si la generación está organizada bajo (!) el punto de vista fisiológico, está lejos de ser perfecta en lo que concierne a las sensaciones de la maternidad. ¿Por qué los sufrimientos? ¿Por qué los atroces dolores del fin? La iglesia ve un castigo por la culpa de Eva. ¡Qué tontería! ¿Acaso han existido Adán y Eva? ¿Es que las hembras de los animales no sufren?... ”¹.

Prescindiendo de la falta de gusto, y de respeto para mil pensadores orgullo de la humanidad, que supone esa frase : *¡Qué tontería!* que nosotros, para no incurrir, ni por asomos en lo mismo, dejamos sin comentario; y sonriéndonos, nada más, del desdén con que habla el difunto “ sabio ” de nuestros primeros padres, diremos solamente : — Buena manera de discurrir. En lugar de desenlazar el nudo, pretender, nuevo Alejandro, segarlo de un tajo. Supo-

1. “ *La Muerte y su misterio* ”. Tomo I (segunda edición). Traducción de J. Meliá (Pigmalión) Madrid, s. a.

ner la organización perfecta de la materia, como hace el propio Flammarión en ese mismo libro, y no la del espíritu, es una ilogía más grande, pero infinitamente más, que las de Comte, Littré y Le Dantec a quienes él combate. Y, claro está, no queriendo de buena fe, acometer el honrado trabajo de plantear lealmente la dificultad y de tratar — consultando, si no se le ocurría la solución — de explicarla, arrolla, bizarramente a su entender, por ella, y así blasfema. No podía acontecer de otra manera. Por eso añade a renglón seguido, remachando el clavo a golpe de satánica mandarria : — “El *buen Dios* no
“ se muestra muy tierno con sus criatu-
“ ras; ni siquiera tiene nada de humano. Las
“ Hermanas de la Caridad (!) son mejo-
“ res que él... ”

Confesamos paladinamente que nosotros también diríamos lo mismo que Flammarión, si el hábito de una pasión hostil nos despojase de la facultad de pensar serenamente como a él le despojó. Con un Dios que se preocupa de organizar una hoja, con tan finos y atentos cuidados de

artífice maravilloso, según el propio Flammarión registra y pondera, pero que deja absolutamente desorganizado e inatento el mundo moral — el mundo superior por quien y para quien, únicamente, se conciben los otros mundos inferiores — en sus relaciones con la sensibilidad, y ésto sin razón alguna; con un Dios así, nosotros, en verdad, también nos sentiríamos blasfemos y satanianos. Porque semejante Dios sería un tirano del hombre, del espíritu, al que habría creado con ansias infinitas de felicidad sólo para tener el gusto de defraudárselas; y nosotros nos levantaríamos contra El.

Por fortuna para nosotros, la aparición del Dolor en el mundo, que es el eje de toda filosofía, como lo es de la Teología; ese grande y misterioso fenómeno, está suficientemente explicado. Porque sabemos, con seguridad absoluta, que existieron Adam y Eva, y que pecaron; y así entró el Dolor consciente en la creación, llovió ese desolador aguacero, torrencialmente, sobre toda la naturaleza.

Y, ¡quién sabe! acaso antes del pecado

— aunque nosotros no lo defendemos — los propios animales sentían el dolor de otra manera. Porque no hay que olvidar el viejo axioma de que, cuando la cabeza duele, duele todo el cuerpo. Y, al caer el hombre, cabeza y corazón del mundo terreno, cayó también un poco toda la naturaleza, que convergía a él, y en él se levantaba, desde el infusorio al mamífero, para ver, con los ojos de él, el cielo lleno de sol o de estrellas, y amar, con el corazón de él, al Creador que detrás de ese cielo — resplandor tenue de su gloria infinita — se recataba. Pues hay que tener siempre en cuenta esta significación de microcosmos, que tiene el hombre, por el cual sube el mineral, la planta y el animal, y las fuerzas todas del universo que nos rodea, a comprender, adorar y gozar a Dios.

No queremos, sin embargo, repetirnos, hacer hincapié en este argumento, que pudiera ser tachado de sentimental. Aunque, más adelante, tengamos que reflexionar un poco acerca de aquello en que sí, positivamente, sabemos que el pecado dañó también a los animales.

EL DOLOR ANIMAL LA GRAN DIFICULTAD NUESTRA EXPLICACIÓN

“ *Sérusier* repuso, sentándose : — ¿No has observado que no todas las creaturas son igualmente perfectas, aunque cada especie lo sea en su género? Las plantas tienen una vida más alta que las piedras, y la del animal es superior a la de las plantas. El hombre, como ser espiritual y corporal, está por encima de los animales. ¿No podría haber algo superior al hombre? O más bien, ¿no te parece natural que haya otras creaturas que no tengan cuerpo ninguno, sino que sean puros espíritus, creaturas que nosotros llamamos ángeles? — Ciertamente, respondí, me parece muy verosímil. — Pues bien, continuó *Sérusier*, ¿no nos lleva esta consideración a admitir un ser que sea más perfecto que la más perfecta de las creaturas, un ser que, por decirlo así, se encuentre en el cabo de la escala, puesto que admitimos esa perfección ascendente de la creación, hacia él, hacia Dios?”

“ Debo confesar que *Sérusier* no distinguía entonces con claridad entre el ser absoluto y el ser creado, ya fuese consciente o inconsciente. Sin embargo, desde aquel día creí en Dios... ”¹

1. “ *Por la inquietud a Dios* ”, pág. 98, por Dom Wilibrordo Verdake, benedictino de

I

Me complazco en colocar, como epígrafe de este capítulo, las palabras de un libro reciente y amenísimo, en que su autor narra autobiográficamente, con santo desenfado y sencillez, un moderno prodigio de la Gracia, que a mí se me antoja tan pasmoso como la caída, la ceguera y la conversión de Saulo en el camino de Damasco.

El Nabí — profeta — simbolista Juan Verkade, el discípulo de Gauguin, el compañero fraternal de Denis, de Sérusier, de Bonnard, de Vuillard y de Ranson, es decir, de los que a poder de aventurada originalidad y de atrevimientos geniales, iban, hace treinta años, a la vanguardia del arte francés e imponían sus orientaciones y su gusto al mundo; el concu-

Beuron. Memorias de un monje pintor. Traducción de la 2a. edición alemana por Dom Justo Pérez de Urbel benedictino de Silos. 1927, Herder et Ca. Friburgo de Brisgovia.

rrente asiduo al restorán, famoso entre los artistas, de madama Carlota y al café Voltaire, donde frecuentaba a Mallarmé, a Verlaine, a Moreas y a Carlos Morice; el alegre trasnochador en los bailes de estudiantes y grisetas del Barrio Latino; el mozo, espigado y elegante, que portaba, como un trofeo de artística independendencia, la larga barba bellida y la flotante cabellera espesa, tal como hubo de reproducirle, en una litografía célebre, Juan Rohden, según recuerda Joergensen — otro famoso convertido — aquel que, siendo muchacho, se burlara, en compañía de un hermano suyo, de las Letanías de la Santísima Virgen, al leerlas por primera vez; el que había rehusado, ya en plena adolescencia, recibir el bautismo en la secta de los menonitas, a que pertenecía su padre, porque, según afirmaba, “la filosofía y la religión le molestaban muy poco” y le importaban mucho menos; el que había negado, sencillamente, la existencia de Dios, a quien no acertaba a ver en ninguna parte, es, a la hora presente, — a los cincuenta y tantos años, pero desde hace ya veinti-

cinco, — el reverendo padre Wilibrordo, en los claustros de la famosa abadía benedictina de Beurón, aunque siempre continúa siendo el excelso pintor Verkade, enamorado del arte de los primitivos, en lo alto de los andamios, mientras hace nacer, bajo la magia de sus pinceles, los frescos de maravilla con que decora los grandes templos de su orden en Italia, en Austria y en Alemania.

Las palabras copiadas al principio son como el quicio de la vida de Dom Wilibrordo. El mismo lo confiesa. Sean ellas también a modo del eje polar de este capítulo, cuyo contenido debemos precisar, ante todo, así :

Los animales morían antes de a aparición del hombre sobre la tierra.

Exactísimo.

Luego el hombre debía morir, igual que los animales, precediendo a su muerte todo el cortejo de dolores que ahora la anteceden.

De ninguna manera podemos conceder esta conclusión.

El animal moría, pero el hombre no; ni debía morir.

El hombre ocupa un peldaño superior al animal en la escala de la vida.

Luego el hombre debe estar dotado de prerrogativas más egregias que el animal.

Ahora sí, la consecuencia es rigurosamente legítima.

Se conforma, en absoluto, con la ley fundamental que observamos presidiendo el escalafón de los seres. Veámoslo.

La piedra — el mineral — existe — es —, pero no vive orgánicamente.

La planta existe y vive orgánicamente, pero no siente.

El animal existe, vive orgánicamente y siente, pero no piensa ni razona, ni tiene libertad.

A cada atributo que se añade al ser, corresponden nuevas prerrogativas, condicionadas por las necesidades de la existencia del atributo añadido. Es clarísimo.

Ahora bien, la prerrogativa más alta para el hombre — el escalón más encumbrado de la creación visible — y la más lógica, era la de la inmortalidad en su totalidad integral : de alma y de cuerpo. El hombre, recién salido de las manos

encendidas de Dios, no debía poder morir. Le correspondía tan extraordinaria excepción por la parte más noble que le constituía — el espíritu — que es esencialmente inmortal. Y la inmortalidad del espíritu levantaba y arrastraba tras de sí la inmortalidad del cuerpo por él vivificado.

Así debía ser; y así fué.

Con esta doctrina, infalible para nosotros, a la vista, vamos a considerar el dolor animal.

II

Por de pronto, nosotros afirmamos que el animal, que no pecó ni peca, no puede sentir como el hombre pecador.

Sin embargo, el animal tiembla, se queja, se debate y huye acosado por el dolor físico. ¿Por qué? Escrutemos con atención, y discurremos serenamente, una vez más.

Hemos visto que el dolor físico no es

más que un timbrazo, un grito, una ruda prevención de la naturaleza — puro instinto en el animal — para que el individuo se prevenga contra un peligro inminente. Huyendo de tal peligro — más específico que individual¹ — que él siente, pero no pondera y obedeciendo sólo a la voz alarmante del instinto, es por lo que el animal adolorido se debate y plañe. Y plañirá y se debatirá en tanto que esa voz misteriosa siga sonando para él.

Pero ¿es ésto sentir el dolor, en realidad de verdad, como el hombre lo siente, “sufriéndolo”?

Porque no hay que perder de vista la distinción que existe entre “sentir” el dolor y “sufrirlo”, que es esencialísima, y en la cual reside acaso la solución del enigma.

El hombre, en su estado normal — lo hemos visto también — en el momento de percibir una sensación, física dolorosa, reflexiona, como ser consciente que es, ins-

1. *El dolor físico* es, en realidad, la voz de la especie amenazada en el individuo.

tantáneamente, acerca de ella. Y, en ese percibir y en ese reflexionar simultáneo, está cabalmente la totalidad de su sensación dolorosa — el acto perfecto de su dolor físico.

Si falta la reflexión, ya *no hay dolor físico humano, sino simple dolor físico animal*, que, como veremos, *no es sufrido* por el hombre; no llega a él.

Miremos un animal, corriendo enloquecido, ante el aguijón de un dolor. ¿Puede decirse que lo sufre? volvemos a preguntar. No. Le falta la reflexión sobre él. Carece el animal de entendimiento para poder proyectarlo hacia el punto de su organismo en que vibra la voz dolorosa que le crispa. Está incapacitado para inquirir y contestar acerca de la causa de aquello que le mortifica. Le es, en consecuencia, metafísicamente imposible preveer ninguno de los efectos, aún los más inmediatos, que de tal dolor pueden derivarse.

Quien *sufre* un dolor formula siempre, explícita o implícitamente estas preguntas;

¿Por qué y para qué ésto?

¿Durará mucho o poco?

¿Me causará la muerte?

Y, en caso de morir, ¿qué es la muerte?

Desentended al hombre de estas preguntas, que no puede hacerse, jamás, el animal, y *el hombre no sufrirá el dolor físico*, como no lo sufre el buey a quien el boyero aguija, ni el caballo fustigado por el auriga. Estos lo sienten, únicamente.

El dolor, pues, en el animal, se actualiza — hay que decirlo de algún modo — en un punto inextenso; espacio sin dimensiones y tiempo que no fluye; de donde resulta que no es, por él, ni más ni menos desgraciado. No tiene el animal reflexión, que es la que proyecta el punto doloroso en la conciencia del hombre, y le da lo que pudiéramos llamar su longitud, latitud y profundidad de cosa sólida y distinta. De ahí proviene el que la tendencia del animal herido sea siempre la huída. Sólo acosados y acorralados de cerca, es decir, cuando no les queda otro recurso, dan la cara y atacan, aún los más fieros.

El dolor físico de tal manera es el *simple grito irreflexivo de la especie*, en el individuo, que los brutos privados de la

facultad de reproducirse parecen menos sensibles a él, y lo prueban reaccionando poquísimos — algunos no reaccionando nada — en su presencia. Por eso su mayor aptitud para la domesticidad y mansedumbre. Vuelva a pensarse en el buey. Es enorme, esforzado, vigorosísimo, y posee formidables y temibles armas defensivas y ofensivas. Un rapazuelo inerme, sin embargo, lo hostiga y lo conduce. A veces, el solemne animal, hambriento, trata de pararse a ramonear los retoños jugosos de los setos, pero el duro arrapiezo le punza implacablemente y le obliga a abandonar el succulento renuevo tentador, y a caminar, lenta y tristemente, meneando la larga cola, por la árida vereda.

Puede, pues, afirmarse que cuando un animal entero, hostilizado o herido, acomete a su perseguidor, no lo hace por el daño que individual e inmediatamente recibe de éste, sino por defender la vida de la especie en él representada y contenida. Obsérvese la gallina rodeada de su averío. No hay ser más tímido que ella. No obstante, arrostra bravamente al perro

y al hombre que ataca a sus polluelos. Tal es el ímpetu que mueve a todo animal entero que acomete.

De otra parte, los animales " no se proyectan ", jamás, hacia el futuro, que es en lo que parece consistir la reflexión. Recuerdan, pero no sacan consecuencias. Son por esto susceptibles de educación, pero nunca de progreso. El futuro y el ideal no existen para ellos.

Y es ésto tan verdadero, que, cuanto más el hombre disminuye la " proyección reflexiva " de sus dolores físicos hacia un futuro, en el cual acaso se columbra el espectro aterrador de la muerte, tanto más atenúa sus sufrimientos, llegando muchas veces al punto, no solo de no concederles importancia alguna — suprimiéndolos — sino de alegrarse profundamente con ellos, por estimarlos augurio de salud o de anhelados bienes.

Nadie duda que los dolores de alumbramiento son terribles para la mujer. Pero nadie, también, cuando el parto se realiza en condiciones normales, dice que la mujer los *sufre*, sino que los *siente*. Y nadie,

tampoco, en este caso, los reputa una desgracia, antes bien un síntoma favorable. Y no es raro, según cuentan los comadrones, ver a las jóvenes madres animosas sonreír, pálida pero dulcemente, en medio de la dureza de su trance, porque saben que la casa va a llenarse en seguida de vagidos, pero también de regocijo.

Pues algo del mismo orden acontece con los dementes. Yo conocí a uno, de familia distinguida, que, en su juventud, antes de su desgracia, había dado muestras de gran talento en su carrera brillantísima. Contaban que había tenido gustos refinados y exquisitos. Su hiperestesia le condujo quizá a la locura. Era ya viejo cuando yo le conocí, recluso en la casa de un su sobrino, que fué mi amigo. Vivía, desde hacía muchos años, como enjaulado, en un camaranchón, sin mueble ni enser alguno, pues, por veces y con frecuencia, se tornaba furioso y deshacía todas las cosas. La propia ventana, de gruesos barrotes de hierro, carecía de maderas. El infeliz demente vivía, así al aire libre, completamente desnudo. Por esta causa su encierro estaba

situado en el fondo de un pequeño patio sombrío y solitario, a transmano del case-rón, donde no penetraban sino contadas personas de la familia, que lo cuidaban. Nadie lo mentaba en la casa.

Yo supe de su existencia cierta cruda mañana de invierno, en que mi amigo y yo penetramos en el patizuelo, buscando no sé qué juguete extraviado. El viento finísimo, afilado largamente sobre los tejados, blancos de espesa escarcha, cortaba la cara y las manos que se nos agarrotaban, entumecidas. De lo alto de la pared más lóbrega del patio cayó la alterada voz desconocida. Alcé los ojos y vi al loco. Indiferente a la glacial temperatura, pasaba la cana cabeza leonina a través de los hierros de la reja, que abrazada con frenesí gesticulante; y, perdida la mirada en el lejano cielo añil, repetía, engoladamente, dos sílabas sin sentido. Yo, que soy, desde niño, curioso de los locos, me quedé inmóvil, mirándole con asombro, fascinado por aquella insospechada extrañeza, hasta que mi amigo me arrastró de un brazo.

Después supe que, con la misma indife-

rencia con que soportaba el frío, parecía soportar todos los demás dolores. A veces se desgarraba, en su absurda gimnasia, cruelmente las carnes. Pero ni él parecía echar de ver, en lo más mínimo, sus heridas, ni nadie intentaba su curación y vendaje, que había de ser inútil.

Yo soñé con él y le compadecí largo tiempo. Más tarde, pensé que verdaderamente el desgraciado no debía de sufrir físicamente. Hoy estoy convencido de ello. El animal que había en él se encontraba satisfecho — el hombre estaba ausente con la razón — bajo el flagelo durísimo de la helada y cubierto de atroces contusiones y de rasguños profundos.

De la propia suerte sienten el dolor los niños. Sus vagidos son llamadas de la naturaleza, dirigidas, más a la madre o a la nodriza que los cuida, para que los liberte de algo que oprime o ataca a su incipiente vida, que al propio rudimentario individuo desgñitante. Hecho hombre, el niño no habrá de recordar, jamás, las lloreras inacabables de la cuna, sobre las que no pudo reflexionar.

Y lo mismo acontece con los hipnotizados. Se les pellizca, se les quema, se les pinza, y no lo advierten ni lo recuerdan si el hipnotizador no les ordena que hagan converger su reflexión sobre ello.

Pues la acción, más o menos eficaz de los anestésicos, entiendo yo, hay que buscarla también por este lado. Deben de ser algo así como una especie de hipnotizadores inorgánicos.

De todo ello sacamos, por de pronto, una conclusión práctica utilísima. “ No ahondemos nuestras penas inevitables. No las escarbemos. ”

Pero concretaremos las ideas de este capítulo, y extraeremos sus lógicas consecuencias, en el siguiente.

EL DOLOR ANIMAL LA GRAN DIFICULTAD SE DESVANECE

Para acabar de convencernos de que el dolor en el animal no alcanza, ni puede

alcanzar, la categoría de sufrimiento, sino que es una simple limitación de su naturaleza — condición precisa de su existencia — que no le torna más infeliz, antes bien le es necesario, le beneficia y sirve para salvaguardar su vida individual, en que está virtualmente contenida la de la especie, será eficacísimo que observemos cómo proceden los animales en plena selva milenaria y virgen.

Estamos delante de una manada de gacelas, que paca, sosegadamente, entre las altas hierbas de la pradera. De pronto, en el viento, que hace ondular el lomo verde de la sabana, viene, de lejos, un olorcillo especial, una tenue emanación que sólo el finísimo olfato, agudizado por el instinto, de las gacelas, puede percibir entre la tumultuosa orgía de olores fuertes y apagados, acres y deleitosos, que las exuberantes vidas vegetales y animales despiden bajo el sol alucinante de los trópicos. Es el jaguar, el enemigo, que se acerca cautelosamente desde las orillas del bosque, pegando el vientre a las arenas abrasadas, allá, en la fila de grises mato-

rrales bajos, que cierran el horizonte. Hay un movimiento espontáneo y unánime en el rebaño. Las cabezas se yerguen avizorantes, las orejas se aguzan, se dilatan los hocicos venteando, cerciorándose. El olor alarmante se acentúa. El pelo de los animales se eriza, hieren el suelo las pezuñas, giran los dulces ojos alarmados, y, súbito, brincan todos a una, y salen disparados. Vuelan sobre la llanura. Van tendidos, flechados, hacia las rocas de las lejanas estribaciones áridas, buscando el refugio de los vertiginosos acantilados a pico. Cuando llegan a las peñas, que son su natural seguridad, dan los últimos botes. Y no ya en sentido horizontal, de espanto y huída, sino verticalmente, con la sencilla gracia del gimnasta que desciende del trapecio, en el circo, luego de terminar un ejercicio arriesgado, y brinca feliz sobre la red. Se columbran un momento, en la bruma de la lejanía, botando como pelotas, entre el cielo y los calvos peñones, que parecen despedirlas, tal que músculos de cíclopes. Están salvadas, por esta vez, las gacelas. A poco, se las ve ya ramonear

tranquilas, entre los cantiles, las desabridas plantas esteparias, e ir descendiendo, otra vez, hacia la llanura jugosa que las solicita. No queda en ellas huella alguna de sobresalto. No sufrieron, pues, un mal, sino que experimentaron una contingencia de su limitada vida.

Esta "adherencia" — "indolora" para los animales, — de las sensaciones que el hombre llama, reflexivamente, dolorosas, se comprende todavía mejor si nos fijamos en los juegos violentos y en las luchas de los muchachos. Golpes y contusiones grandes, que recibidos en otras circunstancias, y no en la exaltación gozosa que les arrebatara, provocarían pasmos nerviosos y lamentos y lágrimas abundantes, suelen ser motivo de burlas y donaires, y risas y mayor algazara, en el curso de los deportes. Si no recuerdo mal, en un lindo cuento de Pereda, "El peor enemigo", incluido en sus "Brochazos y rasguños", se observa finamente este rasgo de profunda y reveladora psicología, acerca del cual podrían también ilustrarnos los campeones del boxeo y los luchadores greco-

romanos, si es que unos y otros pueden ilustrarnos acerca de algo.

Los dolores, pues, que observamos en el animal, no revisten jamás el carácter elevado de sufrimientos. Son limitaciones impuestas a la vida que al Creador plugo darles. ¿Que por qué lo hizo así? Porque es libérrimo para crear los seres, y colocarlos en cualquier peldaño de esa escala infinita que sube desde la nada hasta los linderos de la naturaleza divina. Ocupan el puesto que El quiso, en ella, los animales, los cuales, por el mero hecho de ser creaturas — y de ésto no se escapa ninguna, desde el ángel al demonio — poseen en sí cierto mal metafísico, del que habló ya, en otro tiempo, San Clemente de Alejandría. Porque sólo el Creador es absolutamente perfecto.

De otra parte, el beneficio que reciben los animales, lo mismo que los demás seres creados, con la vida, es un beneficio infinito. La vida tiene, sencillamente, ese valor. Sólo una potencia infinita puede obrar su milagro; sólo ella es capaz de realizar los entes meramente posibles; sólo

ella puede hacer pasar el ser, de la nada insondable y eterna a la realidad sustancial de la existencia, sobre el puente de luz de la creación. Todas las potencias finitas se detienen ante este abismo infinito, que sólo atraviesa Dios, con un paso. ¡Crear! Sólo El es poderoso para hacerlo...¹. Y las creaturas reciben, nece-

1. No resistimos a la tentación de copiar, a propósito, las siguientes palabras del gran Fabre :

“ He oído decir que un sabio investigador, para quien la vida no es más que un conflicto de fuerzas físicas y químicas, esperaba obtener algún día artificialmente la materia organizable, el *protoplasma*, como dice la jerga oficial. Si fuese cosa que estuviese en mi poder me apresuraría a complacer al ambicioso.

“ Pues bien, supongamos que has preparado del todo el protoplasma. A fuerza de meditaciones, de estudios profundos, de cuidados minuciosos y paciencia inalterable, tus deseos han sido satisfechos; has extraído de tus aparatos un humor albuminoide, fácilmente corruptible y que huele a demonios al cabo de pocos días; en una palabra, una porquería. ¿Qué harás con tu producto?

“ ¿Lo organizarás? ¿Le darás estructura de

sariamente, la investidura suprema y luminosa de la existencia con limitaciones y gajes. Y el gaje de la existencia del animal es éso que nosotros llamamos Dolor, pero que él, si hablase, apellidaría con sencillez: “ Aviso ”. ¡Y cuánto amor de Padre no pone Dios en ésto! ¡Y con qué blandura no envía sus advertencias, también a los animales, creaturas suyas! Porque hay que ponderar cuanto podamos todos los factores. ¡Oh, si pudiésemos aquilatarlos todos, como el Señor los aquilata!

Consideremos los “ avisos ” — los

edificio vivo? ¿Le inyectarás con una jeringa Pravaz entre dos laminillas impalpables, para obtener aunque no sea más que el ala de un mosquito?

“ De manera parecida obra la langosta. Inyecta su protoplasma entre las hojuelas del alón y la materia se convierte en élitro, porque allí encuentra como guía el arquetipo ideal. En el laberinto de su curso está regida por un plan anterior al momento de ponerse en su lugar, anterior a la materia misma.

“ ¿Tienes tú ese arquetipo coordinador de las formas, ése primordial regulador; lo tienes tú, repito, en la punta de tu jeringa? No; pues

dolores — que recibe el animal libre, en la libre selva, sujeto sólo a la mano del Creador. Ya hemos visto huir a las gacelas al husmeo del jaguar. No ha pasado entonces nada. Pero, otra vez, a contraviento y al socaire de los espesos cañaverales, pudo la fiera acercarse al rebaño, que pacía en descuido. De pronto, y para satisfacer su hambre, su gran hambre de felino, criatura también de Dios y amada infinitamente — Dios lo ama todo infinitamente — por El, el jaguar, que espiaba entre las altas cañas, ha contraído y estirado el acero potentísimo de sus músculos, y, dando un salto formidable, cayó sobre la más cercana de las piezas. Mejor dicho, cayeron los dos, el jaguar y la gacela, desde la altura, porque la gacela, en el instante crítico y supremo, había brincado también desesperadamente. El grito del instinto — dolor — aviso —

entonces arroja tu producto. Jamás la vida brotará de esa porquería química ”.— J. H. Fabre. — “*Costumbres de los insectos* ”. — Traducción de F. Villaverde. Pág. 302. Calpe. Madrid. Barcelona MCMXX.

sonó súbito y agudísimo entonces para ella. Era el último, el definitivo. Aún era tiempo quizá; aún podría salvarse acaso; pero era preciso saltar, saltar instantáneamente, con todo el ímpetu de sus elásticos remos. Y saltó la gacela, pero sin mirar a donde, y el jaguar la recibió en el aire. La gacela, mal herida, se estremece ahora largamente, y forcejea por veces, entre las garras del jaguar, que se reposa y relame sintiéndola palpitar bajo su vientre. Después, comienza a lamer el felino la sangre de su víctima, sangre viva que le nace bajo las uñas afincadas, antes de destrozarle la yugular y arrancarle de un golpe la vida...

¿Sufre la gacela? preguntamos. Nosotros creemos absolutamente que no, aunque en apariencia se dijera que sí. Pero nosotros no nos detenemos ante las apariencias. Y creemos que la gacela no sufre por varias razones indestructibles. La primera es aquella misma que apunta con tanta clarividencia el propio Flammarión, a modo de premisa inconcusa, pero de la cual, por inconcebible ceguera interior, no acierta a

sacar en conclusión más que una estéril y triste blasfemia ¹. Para que mejor se comprenda su extravío citaremos puntualmente sus palabras.

“ El espíritu — dice el divulgador famoso — sobrepasa al cuerpo; los átomos no rigen, son regidos. El mismo razonamiento puede aplicarse al universo entero, a los mundos que gravitan en el espacio, a los vegetales, a los animales. Una hoja de árbol está organizada, un huevo que se rompe dando salida al polluelo que contiene, está organizado. Esta organización es de orden intelectual.

“ El espíritu universal está en todo y llena el mundo sin necesidad de cerebro. Es imposible analizar el mecanismo del ojo y de la visión, de los oídos y de la audición, sin concluir que los órganos de la vista y del oído están constituidos inteligentemente. Esta conclusión sale más evidente del análisis de la fecundación de una planta, de un animal, de un ser humano. La evolución progresiva del huevo

1. La que consignamos en el capítulo VIII.

femenino fecundado, el papel de la placenta, la vida del embrión y del feto, la creación de este pequeño ser en el seno de la madre, la transformación orgánica de la mujer, la formación de la leche, el nacimiento del niño, su amamantamiento, su desarrollo físico y psíquico, son otras tantas manifestaciones irrecusables de una fuerza inteligente y organizadora que lo dirige todo, hasta las menores moléculas, con el mismo orden que guardan en la inmensidad de los cielos las esferas planetarias o siderales. Y este espíritu no proviene de un cerebro... ”¹.

Y lo mismo que Flammarión hablan cuantos han penetrado, con asombro y maravilla crecientes, en las hondas y ocultas galerías científicas, que, a la luz de los potentes cerebros investigadores, resplandecen como grutas de gnomos, consteladas de verdades ordenadísimas por una inteligencia soberana. Desde Galileo a Leverrier y de Servet a Pasteur todos paladinamente lo declaran. Oigamos, ya nada

1. Obr. Cit. Tomo I, págs. 40 y 41.

más, a este propósito, las palabras, de autoridad suprema, con que el inmortal autor de "Souvenirs Entomologiques" ilustra uno de sus imponderables diálogos:

— "Pablo. — No es el animal lo que debemos admirar, hijo; las maravillas que realiza no son fruto de sus reflexiones. Un gusanillo que arrastra el cascarón de su huevo no puede tener idea de orden, economía ni asociación, cuando para poseerla el hombre tiene necesidad de toda la madurez de su razón. La sabiduría infinita es la que debemos admirar; esa sabiduría que regenta el mundo y cuya marca imborrable se encuentra hasta en el rebaño de orugas que roe el dorso de una hoja"¹.

Pues si Dios, concluimos nosotros, cuida así y prevé todas las cosas que atañen al nacimiento y conservación de los seres ¿cómo no ha de prevenir las circunstancias de la muerte de los mismos, sobre todo la de aquellos que, no siendo libres².

1. J. H. Fabre. "Los destructores", traducción de Felipe Villaverde. Calpe. Madrid. Barcelona, MCMXX.

2. "El animal no tiene la elección de sus

y por tanto no culpables de ningún delito, reos de nada, no pueden ser objeto de castigo, ni aspirar tampoco a otra felicidad que a la puramente transitoria y natural de su existencia física? ¿Les hará Dios salir así, de la magia embriagadora de la vida, que les concedió tan liberalmente, con un sabor amarguísimo en los labios? ¿Su última sensación habrá de ser una especie de horror y de ira irrefrenables?

actos ; está hecho para ejercer funciones invariables "... " Solamente el hombre es libre ; por un privilegio sublime está abandonado a las inspiraciones opuestas del bien y del mal, de la sana razón y de las pasiones ciegas, a fin de que haya para él lucha meritoria, en vista de sus inmortales destinos "... " El animal, como no tiene que luchar como nosotros el meritorio combate de la vida, es ahora lo que siempre ha sido, lo que será siempre ; hace hoy lo que hacía ayer, lo que hará mañana ; desde siglos y más siglos viene haciéndolo, sin retoques, sin mejorías ni decadencia, con lógica inconsciente, pero infalible, porque está perdurablemente regido por la razón universal", J. H. Fabre. "*Los auxiliares*". Calpe. edics. cts. Sólo nos resta consignar que quien escribe así no es un neo, ni mucho menos.

No, no puede ser eso; no puede. Dios tiene que vigilar y ablandar el duro instante, más duro — seguramente es así — para el que lo contempla que para el que lo pasa.

Digámoslo de una vez. La muerte del cuerpo, la muerte física, no es en sí, objetivamente, dolorosa, sobre todo cuando se produce en circunstancias naturales. Es el último acto de la vida, y la vida es esencialmente placentera y buena. Cuando el hombre ha vivido honrada, sana y completamente toda su vida; cuando ha apurado, en paz, su copa hasta el último sorbo; cuando ha llegado a los extremos límites de una ancianidad apacible, la muerte le sobrecoge, le toma, dulcemente, como en la tibia blandura del lecho le tomó tantas veces el sueño. Se va lo mismo que cuando vino, sin sentirlo.

Y por eso, también, cuando en una enfermedad aguda se llega a un punto en que la dolencia se sobrepone a la constitución del enfermo; cuando no existe ya posibilidad alguna de reacción, aparece el estado comatoso y una providencial anal-

gesia se apodera del paciente, preparándole suavemente al tránsito. " Ya no hay sujeto ", suele declarar el doctor entonces¹.

Puede conjeturarse que casi siempre la muerte física es indolora, cuando no voluptuosa. Lo que la torna amarguísima y aterradora para el hombre es la conciencia. Los santos " se duermen en el Señor ". Sólo los impíos suelen acabar desesperados. Pero la desesperación es cosa del ánimo...

Ahora bien, para el animal libre siempre llega la muerte en condiciones nor-

1. Recuérdese lo que suelen referir cuantos han estado a punto de perecer ahogados, en lo que atañe a sus últimas sensaciones físicas. Yo oí a uno, que juzgué sincerísimo relatar, añorante, la especie de embriaguez que subsigue inmediatamente a la pérdida del conocimiento debajo del agua. Retornaba, evidentemente, el hombre aquel, con cierto disgusto de la carne, a la normalidad de la vida. Pues las observaciones hechas sobre los cadáveres de ciertos ajusticiados, singularmente de los que mueren en garrote, permiten suponer que acaban experimentando placer, voluptuosidad.

males. En la selva, el dolor — el grito, la señal de alarma — está perfecta y justamente regulado, y no se siente sino cuando es indispensable. Vibra cuando debe, y se apaga en cuanto es ya inútil. La gacela que hemos observado, en las garras del jaguar dispuesto a devorarla, cuando ya toda huída y toda resistencia es imposible — no lo dudemos — automáticamente se siente anestesiada, inhibida de toda sensación desagradable. Se debate aún, acaso, más espasmódicamente, sin dolor alguno.

Los anales de los viajeros y cazadores nos ofrecen alguna vez páginas en que se comprueba con evidencia tal inhibición sensorial. Livingstone, como se sabe, estuvo algunos minutos en poder de un descomunal e irritado león, entre sus zarpas, que le arrastraron varios metros, y él afirma que no sufría gran cosa.

*
* *

De cuanto hemos expuesto se deduce :

1° Que el Dolor es sólo y siempre humano. El animal, carente de memoria discursiva, *siente, no sufre*.

2° Que cuando apartamos una sensación de las que nosotros llamamos dolorosas, de un animal, damos a la vida de éste mayor amplitud, se la dilatamos; porque el simple dolor físico significa sólo *limitación* para el bruto.

3° Que las sensaciones dolorosas — físicamente nada más — con que los animales están, sin duda, sobrecargados, en el presente estado de la vida creada, fueron introducidas por el hombre pecador. Son la derivación inevitable, a través del cuerpo, del mal que padece la cabeza. Y el hombre es responsable, sin duda alguna también, ante la justicia distributiva de Dios, de cuantas agravaciones secundarias experimenten tales derivaciones por su

causa, siempre que no sean razonables. El Creador tomará cuenta estrecha, por tanto, de la dureza y del exceso de trabajo inmotivados con que se agobia a los irracionales, así como de las diversiones y deportes en que se les fatiga, mutila y mata inútilmente, a veces con salvajes refinamientos — corridas de toros, riñas de gallos, cacerías, carreras de caballos, etcétera.

4° Que el hombre, colocado en un peldaño superior al animal, debía no morir, y, en efecto, no moría en el estado de naturaleza pura. Tan excelsa prerrogativa era debida esencialmente a su alma, parte nobilísima de su ser, soplo de Dios. Al infundirse en el cuerpo, que estaba destinada a informar, de tal suerte se unía y se soldaba con él, que le transverberaba y encendía todo, constituyendo un único ser humano, adornado natural y lógicamente de todas las dotes de la sustancia superior informadora. Y la dote de más precio era la inmortalidad.

5° Que como el hombre era libre por su alma, podía pecar y pecó. Guerreó contra

Dios. Perdió así todo derecho a las excepciones de que gozaba. Por eso entró la muerte a señorear su cuerpo, equiparado con el de los animales, a los cuales se igualara, rebajándose, por el pecado.

6° Que como el faraute de la muerte, su heraldo, es el dolor físico, el hombre comenzó a sentirlo. Pero como en él hay un alma discursiva, que no existe en los brutos, además de sentirlo *lo padece*.

7° Que los descendientes del hombre pecador nacen fatal y necesariamente privados de los excepcionales bienes que aquel disfrutaba antes de su pecado. Desaparecidos tales bienes no pueden ser heredados.

Pero sí, se hereda el sufrimiento del Dolor, que comenzó entonces.

Tal es el patrimonio humano.

PONZOÑA Y TRIACA

Para seguir procediendo con método, bueno será que tornemos al Edén con las primeras luces de aquel alba de cristal,

de rocío y de rubio sol mozo, cuando Jehová acababa de crear la primera pareja humana y la dejaba sola, arrobada en el éxtasis de vivir, asombrada de mirar las cosas y las vidas que en derredor brillaban y palpitaban, feliz, desnuda y no avergonzada de su desnudez, pues era pura.

La caída del hombre parece ser que fué en seguida que se retiró el Señor de él, dejándole su compañera. Parece, también, que lo primero que comió el hombre fué la fruta vedada. Ni siquiera le tentó el eternamente pomposo y verde Arbol de la Vida, cuyas pomas de oro y miel daban la inmortalidad del cuerpo a quien las gustaba. Debían de difundir las milagrosas frutas en la carne humana sus jugos transmutadores — de un modo perfectamente natural dentro de aquel estado sobrenatural de cosas — de tal suerte, que la iban tornando ágil, sutil y luminosa, y perfectamente apta para fundirse y soldarse con el alma trasegada en ella, de la manera de que antes hablamos, que hacía que el hombre no pudiese morir jamás íntegramente. No; la fruta divina no pudo tentar

al hombre. La tentación es propia sólo del pecado.

Y pecó el hombre, árbitro de su libertad. Pecó y comenzó a sentir pena, malestar físico, y a tener conciencia de su desnudez, que le avergonzaba. Eva se envolvió en el manto de su cabellera flava, y se acurrucó, tiritando de frío, de pesar y de miedo, a la sombra de una floresta; y Adam, luego de tejer un rústico perizómata de follaje, se sentó también, suspirando, a su lado.

El sol quemaba al medio día. Gañían, hambrientos, los grandes felinos, que pasaban torvos, mirando con ojos de brasa y enseñando los colmillos a la infeliz pareja.

Debió de ser aquel un día eterno para ésta, en la angustia de la incertidumbre del futuro, y en la desolación que sigue, siempre, inmediatamente al pecado.

No; Jehová, el Creador, no fabricó la Copa de Cuasia en que Adam acababa de escanciar la Vida. Esa copa la torneó y horadó el propio Adam en la madera del árbol maldito del Paraíso, al cual le estaba prohibido aproximarse para paladear su

fruto. Manufactura humana, el Dolor, del hombre era toda la responsabilidad de su aparición monstruosa y de sus mortales consecuencias.

Pero Jehová — entrañas paternas, no más — viendo caer el agua centelleadora de la vida humana, que El acababa de crear tan pura, en el fondo negro de la copa amarga donde se oscurecía y contaminaba, siente ya una piedad infinita, y comienza a perdonar la culpa.

Y, al caer de la tarde, cuando la frescura de la brisa orea y hace murmurar a las frondas bochornosas y emperezadas, la Majestad del Señor se deja sentir bajo las anchas alamedas paradisiacas, y su voz llama a Adam.

Del fondo de la arboleda se le ve venir, avergonzado y sufriente, seguido de la mujer.

Adam escucha, doblado, la Voz que habla.

La palabra del Señor vibra severamente, pero sin ira.

Ahora se está informando de cuanto ha sucedido.

Y, en seguida, antes de confirmar la maldición que el propio Adam se ha echado sobre sí mismo y su descendencia, antes de presentar a la mujer el sombrío panorama de sus futuros dolores, antes de colocar sobre el cuello rendido del varón el yugo de hierro del trabajo, con delicadezas de que sólo la paternidad sabe, prepara el anestésico y el bálsamo, y unta con ellos la lanceta que va a desgarrar los mimosos tejidos.

Porque hay que fijarse bien en este enternecedor y sublime rasgo de psicología divina. Dios maldice a la serpiente instigadora del mal y promete la reparación mesiánica antes de haber dirigido ni una sola palabra de reproche, ni la más leve, a los desconsolados pecadores. Cuanto habla antes, son simples interrogaciones, que sirven para patentizar la libertad absoluta de que gozaban Adam y Eva y, en consecuencia, su responsabilidad plenaria.

Después que el Señor ha hecho al reptil : — “ Maldito seas por siempre... Y pondré enemistades entre ti y la mujer,

entre tu simiente y su simiente; y ésta te machacará la cabeza, aunque tú has de clavar tus colmillos en su calcañal ”; después de estas palabras, que abren una nueva y más resplandeciente aurora sobre las sombras de la noche, que está cayendo entonces y anegando el Eden, ¿qué importan, qué pueden importar realmente a la mujer sus dolores feroces en el alumbramiento de los hijos, y su sumisión eterna ante el esposo? ¿qué más da que la tierra produzca cardos o cinamomos, y que el pan que haya de comer el hombre esté amasado con mieles edeniales o con el jugo salobre que mane de su frente arada por la fatiga, la preocupación y la tristeza? ¿qué más da?...

Entonces bajó del cielo la Esperanza ¹

Y la Esperanza es Cristo, en quien todos

1. Nadie ignora que en todas las viejas mitologías se conserva esencialmente esta verdad convertida en mito. Recuérdese la *Caja de Pandora*. Pero no podemos dejar de subrayar, una vez más, que “ siempre la mentira — corrupción — es posterior a la verdad — lo corrompido ”.

somos vivificados, en quien todos los dolores se compadecen y se glorifican.

Por eso salió Adam del Paraíso, ante la espada flamígera del Angel que lo comandaba, supremamente consolado, casi alegre.

Marchaba al Dolor, que era la herencia que él había querido, que él se había procurado.

Y Adam sentía que el Dolor era bueno — era triaca del veneno que había en la copa — porque era expiatorio.

*
* *

Y jamás olvidaron los descendientes de Adam, por degradados que hayan sido, por más afeminadamente que viviesen, ese carácter de expiación humana colectiva que tiene el Dolor. Por eso el sacrificio fué siempre tenido como sublime, y el arrostar serenamente las desgracias y los peligros es sólo propio de los héroes. La grandeza de las almas no se contrasta, ni puede contrastarse de otro modo. La adver-

sidad las acendra y las depura, y les da todo su brillo y su valor, como el fuego al oro, separándolo de la ganga, en el crisol.

El hombre, instintivamente, siente la necesidad del Dolor; le es preciso para vivir contento de sí mismo, espiritualmente sano, como a algunos animales ciertas hierbas y raíces amargas con que se curan y fortalecen. No es, no, un sentimiento enfermizo y decadente, sino fuerte y nobilísimo. Aún en el Arte, el Romanticismo, que lo ha explotado y extraviado, tiene siempre un sello de vigor y de grandeza que no puede caer jamás en el ridículo.

Se reprueba el gesto final de Larra, el sin ventura; se puede, hasta decir de él lo que diría Chesterton, que es, por ser suicida, un criminal, un asesino; pero, dígase lo que se quiera, se le compadece en todo instante y nadie es osado para hacer burla y chacota de su trágica postura irrevocable.

Y nadie, tampoco, como no sea un insensato, puede dejar de ponerse serio y de destocarse cuando se nombra a Francisco

de Asís, a Juan de Dios o a Vicente de Paul, encarnaciones sublimes de la Caridad, que sopla y enciende los carbones en el hogar donde vienen a sentarse cuantos lacerados sufren bajo el frío de la mundana indiferencia.

Pues la suprema razón, que conoce Shakespeare, quien parece un semidiós creando titánicos caracteres, de que la rubia Desdémona ame, hasta el delirio, al negro Otelo que ha de matarla, no es otra que haberle oído referir su vida solitaria y llena de terribles azares. La simpatía, despertada en su corazón por un relato triste, es el viento de fatalidad que la empuja y hace caer en los brazos del inmortal celoso.

Y nosotros mismos ¿qué hacemos? Vamos, corremos tomados de emoción dulcísima, palpitantes las entrañas, los ojos húmedos, queriendo derramarnos como un bálsamo, sobre las grandes y vivas llagas íntimas, sobre los dramáticos dolores que no se quejan. Sólo necesitamos descubrirlos, comprenderlos bien, y medir la hondura de su negro fondo. Su abismo nos

arrebatará en un vértigo de generosidad que no sospechábamos que existiese en nosotros.

Pero para sentir esta emoción inefable son precisas dos condiciones: Tener la seguridad de que es verdadero el infortunio que se nos pone delante; y que el que lo sufre lo soporte en austero silencio, sobrehumanamente, como en un sacrificio la víctima, esperando sólo de la providencia o de la muerte su remedio. Porque el corazón no tolera engaños en ésto. Precisamente, por ser tan puro, tan de adentro, tan de la entraña, nuestro sentimiento, temblamos temiendo que nos lo burlen. Las lágrimas, dulcísimas y amargas a la vez, que hemos vertido en las representaciones de algunos dramas, no tienen otra explicación. La fábula teatral se apodera de tal suerte de nosotros, que creemos ver desnudas, moviéndose transparentes sobre las tablas, las almas de los personajes. No hay en ellos un pensamiento ni un deseo que no conozcamos en toda su delicadeza o en todo su horror. Nuestro corazón sustituye en seguida al corazón del héroe bueno e

infortunado que sucumbe sin reparación y sin gemidos. Protesta pero no llora. Entonces lloramos nosotros por lo que él no lloró... Y lloramos también, quizás, por lo que nosotros mismos no lloramos en otras ocasiones, en que sorbíamos nuestras lágrimas que el mundo no había de comprender ni de sentir.

Dicen que nada es tan contagioso como la risa, y es verdad. La risa es altamente comunicativa, pero no acaba de unir definitivamente a los que ríen, no los encadena para siempre. Quien se ríe a carcajadas — la sonrisa tiene un matiz más delicado; participa ya un poco del Dolor — se agita como un cascabel que suena, y esta agitación no permite que la almáciga anímica, que la risa rezuma, se solidifique soldando lo inmediato. Pero un gran dolor es otra cosa. Un gran dolor aplana, estatiza, convierte en patéticas estatuas a quienes lo soportan. Y el llanto fluye entonces como un mástique denso, que cementa con lentitud, y acopla y funde a cuantos están en unánime contacto doloroso. A quienes une un gran dolor de esta manera, ya nada en

el mundo puede separarlos. Podrán ponerse la tierra y el mar, las ideas y las palabras ultrajantes, el silencio definitivo, y hasta la muerte misma, de por medio, pero sus corazones se sentirán juntos, eternamente encadenados por aquel gran Dolor, que una vez los unió haciéndolos un solo ser.

De otra parte, ¡qué desdén, qué repugnancia y muchas veces, qué asco no nos inspira el espectáculo del goce puramente material, groseramente gozado por quien no sabe poner en el disfrute de las cosas la menor cantidad de alma! Es ello algo que no pueden mirar serenamente, no ya los que poseen un delicado paladar y un gusto refinado, pero ni aún la mayoría de los menos exquisitos. Irrita, nausea.

Pensad en el rentista glotón que, en el café que frecuentáis, se inclina ávidamente sobre el plato colmado de faisán y trufas, mascando a dos carrillos, manándole la grasa por las comisuras de los labios. Notad la mirada, de reojo, que os dirige, a través de la copa de champaña, siempre que la apura. Con ella os quiere decir

qué compasivo desprecio le inspiráis y cuán admirativa envidia le debéis. Vosotros no tenéis porte de poder pagaros un banquete succulento como el suyo. Desde la mesita frontera a él, en que tomáis vuestra modesta infusión, le observáis sin querer. Véis cómo se va ahitando de manjares caros y de vinos añejos. Y cuando ha comido, y cructado varias veces, y mondado largamente los dientes; chascando la lengua con estrépito, se engalla sobre el diván y gira la cabeza y los ojos bovinos a todas partes buscando que le miren. Ahora ha sacado el ensortijado habano y lo enciende. Da dos chupadas profundas, arroja el humo, sin haberlo tragado, contemplando beatíficamente el techo, y, de pronto, como si recordase algo, pega un saltito en el diván, saca la maciza repetición de oro y mira la hora. Alza el reloj en la palma de la mano morcilluda, llena de anillos relumbrantes, para mostraros bien que es un auténtico Losada, si acaso lo entendéis. Después, guarda la joya y estira la gruesa cadena sobre el abdomen, acariciando el dije. Ya va a pagar. Ya

aguarda el camarero la propina. Al dársela, mostrando en alto las dos espléndidas pesetas, grita el último “ timito ” oído en el teatro, buscando que todos vuelvan la cabeza. Y requiriendo, con ésto, muy gentilmente, el sombrero y el bastón, luego de acicalarse un instante al espejo, sale, al fin, con lentitud, por medio, del café, despidiendo humo, como un temible acorazado que se hace a la mar. Vosotros pensáis : — “ Es antipático; abominable ”.

Más tarde — es tarde de toros — volvéis a verle en calesa, camino de la plaza, al lado de una ostentosa mujer gruesota y fresca, de mantón de Manila y claveles en el moño, junto a la alta peineta de carey, muy cargada de sortijas la mano con que se abanica y de polvos de arroz la cara, muy sonriente a todos lados. El va fumando y triunfando, golpeando el suelo de la calesa con el bastón. Viéndoles pasar decís entonces a quien os acompaña : — “ ¡Es inmundo! ¡qué asco! ” Y si fuérais capaces de sentir odio, odiaríais al hombrecillo gordo, que simboliza la sensuali-

dad estúpida. Y sentís disgusto de que “aquello” — aquel señor inflado y al parecer feliz — tenga naturaleza idéntica a la vuestra; mejor dicho, sentís disgusto de que vuestra naturaleza humana sea la misma de él; no quisiérais que hubiese nada de común entre ambos; le arrebatárais todo. El hombre gordo — aunque dicen, y parece que es verdad, que no hay gordo malo — os hace crueles.

Para volver a congraciaros con la humanidad es preciso que tropecéis, en el pórtico de una iglesia, aquella transida figura de mujer, que os tiende la escuálida mano, con el niño prendido al caído seno exhausto. Cara larga, demacradísima. Perfil afilado por la aflicción y el hambre. ¡Oh, la tristeza de sus implorantes ojos negros! ¡Oh, la marchitez de aquella mano que fué lirio! ¡Oh, la tragedia de aquella greña descuidada y áspera, que comienza a encanecer! ¡Y aquellos harapos, y aquel esguince del abatido cuerpo, que es un andrajo!... Pero vos, si no detonase el acto, la alzaríais entre los brazos, cubriríais de caricias aquellas manos y aquella cabe-

llera hirsuta, y sobre todo a aquel infante entumecido, que chupa, amodorrado, un pezón sin jugo. Le dáis cuanto podéis, más que podéis, cuanto lleváis encima, hasta que veis sonreír a la infeliz madre y oís que os dice : — “ Gracias, señor, gracias... No más, señor; ya basta... ” Y aquel Dolor compartido y consolado, más con vuestro gesto que con vuestra limosna, y aquellas gracias proferidas con tan agradecido corazón, os cosquillean las fibras más sensibles y os llenan de lágrimas los ojos del alma, que al resbalar sobre ella, la purifican de todos los rencores.

*
* *

No, no, nunca, — fijáos bien en ésto, que es definitivo para nuestro asunto — jamás, quisiéramos sustituir al que vemos gozando sensualmente. Se excitará nuestra concupiscencia y apeteceremos, quizás, un deleite de orden semejante. Acaso ocurre éso. Pero no quisiéramos ser él, el goza-

dor, sino que queremos ser nosotros, y en otro momento y de otra manera. Además, sentimos rubor, vergüenza profunda de ese vil deseo. Ni se lo confiamos a nadie, a menos de ser cínicamente degenerados. Nos sentimos rebajados por él ante nosotros mismos.

El goce grosero de los sentidos, nos repele visto en otros; nos asquea. Es lo natural. El placer, en bruto, es un fraude hecho a la naturaleza de la vida. “ La vida es dolor — nos decimos — ¡y ése no sufre! No; no es justo. ¡Debiéramos lapidarlo! ” Y nos vamos disgustados de haberle visto, de haber conocido su insultante dicha zensual.

En cambio, por aquel a quien el dolor repuja y engrandece, por aquel que heroicamente sufre, sí, cuántas, cuantísimas veces nos trocaríamos. Aunque, llegado el trance de experimentar sus tormentos, nos hiciésemos atrás, nunca — y esto es lo esencial — dejaríamos de envidiar su fortaleza. Su augusta figura ensangrentada será siempre un ideal para nosotros.

*
* *

¿Entonces — nos preguntamos — el Dolor, hijo del pecado, es una cosa buena y deseable?

Si, tenemos que responder; el Dolor es óptimo.

Lo santificó Dios, haciéndolo expiatorio, luego que apareció en el mundo.

El mismo Cristo había de empurpurarse con él, y ser llamado “ Varón de Dolores”. De ahí la excelsitud de su nobleza. De ahí que todos los hombres — quienes lo saben y quienes lo ignoran — acaten su majestad soberana.

El Dolor es el que engendra los mártires y los héroes, y los levanta como milenarios en las grandes rutas de la historia.

El Dolor es el que hace pasar sobre los públicos, erizándolos, el sublime escalofrío de la tragedia, lo supremo en el Arte y en la Vida.

El es el que da carácter a las inmortales fisonomías.

Preguntad a los pintores y os dirán qué es el carácter.

El es el que hace sonreír cuando es curado y se va, y hace llorar cuando súbitamente se presenta como amo.

Pero — volved a fijaros bien — las lágrimas — tenedlo bien entendido — son don exclusivísimo del hombre.

La grandeza de verterlas y el divino goce de enjugarlas, no lo puede sentir jamás ningún otro ser creado.

CLÍNICA DEL DOLOR

Para ti, quien seas que desoladamente sufres, en esta hora.

I

Uno que sabe también qué son dolores — lo perdió todo y todo lo aprendió a ganar — te habla palabras de sinceridad suprema.

¿Sufres? ¿Sufres mucho, inmensamente, tanto que no te parece posible sufrir ya más?

Serénate, primero. Como no estés sereno no se podrá examinar ni sondar tu llaga, ni verter en ella el balsámico aceite, que debe penetrar en lo profundo si ha de calmarte un poco.

Y, para serenarte, has de pensar, ante todo, que no eres tú el primero que sufre, ni serás el último. Otros sufrieron y sufrirán con agonías semejantes a la tuya. Mas

los inquietos y desesperados no pudieron recibir jamás socorro alguno. Y su inquietud y desesperación no les disminuyeron en un ápice los dolores, antes se los acrecentaron. Quienes lograron siempre algún alivio fueron los serenos. Serénate, pues.

Y ya que te hayas serenado, considera lo inevitable que es el Dolor para los hombres. Nadie deja de estarle sometido y, temprano o tarde, debe sentir su negra tiranía.

Pero tú dices que tu dolor es único y es el mayor de todos. Tienes razón; hasta cierto punto. Tu dolor es el tuyo — ¡tu dolor! — y como tú no tienes otro peso ni otra medida para ponderar y medir el universo más que tu propio peso — muy insignificante — y tu propia estatura — muy menguada —, te has habituado insensiblemente a referirlo todo a ti, y has llegado a creer que eres el centro de gravitación de cuanto existe. Tu dolor te parece la acumulación de todos los dolores. Pero eso es egocentrismo ególatra. Y tú, aunque te “sientas” el eje del universo, no puedes

pensar razonablemente que lo eres. Tu dolor, por tanto, no debe de ser así, tan raro y gigantesco como tú te lo figuras y lo pintas. Otros dolores debe de haber habido mayores y más terribles que el tuyo; otros debe de haber y habrá en el curso de los siglos. A poco que recuerdes o supongas, convendrás conmigo en que así es.

“ Pero el pensar en éso no me alivia nada ”, dices; “ el dolor ajeno no disminuye el propio, que es el mío. ”

Cuando así discurre es que ya vuelves a perder la serenidad, que tanto precisas. Porque si estuvieras perfectamente sereno concederías que, siempre, el espectáculo de un gran dolor, soportado con resignación magnánima, acalló los lamentos de otro dolor padecido al lado ¿No recuerdas la reprensión inmortal, supremamente señoril y heroica, del estoico Guatimozín a su primer ministro, crispado y alareante, sobre la pira en que ambos se iban tostando lentamente? Sí; tu lecho será de Procusto, acaso, pero no es tampoco de rosas abri-leñas el de tantísimos otros que están en derredor tuyo. Viéndolos, ¿tendrás la osa-

día de seguir ponderando y plañendo tan cansadamente tus vulgares cuitas?

Mira, lo que no ha de aliviarte absolutamente nada son las lamentaciones. Los dolores más grandes, lo mismo que los más profundos y avasallantes amores, son los más recatados y silenciosos.

Además, la queja prolongada, incensantemente repetida, ante un dolor inevitable, envuelve cierto carácter de blasfemia. Parece como que va, en último término, contra Dios, al cual se le reprocha el no haber prevenido aquel mal, llamándose infinitamente bondadoso; el haberlo consentido, diciéndose omnipotente y justísimo.

Los inacabables plañidos femeninos, sobre todo, suelen adquirir muchas veces este hiriente timbre blasfemo.

Y lo que habría que hacer es bendecir a Dios por aquel dolor, como el enfermo operado debe bendecir al cirujano que, duro en apariencia, le hace sufrir horrores, pero le va curando.

Porque Dios, — paternal sobre todos sus atributos, — del *Dolor-castigo* hizo, con inaudita misericordia, *Dolor-medicina*.

*
* *

Si contemplamos un planisferio terrestre, llamarán en seguida nuestra atención, después de los amplios y profundos azules oceánicos, esas otras enormes extensiones continentales, señaladas casi siempre en las cartas geográficas por crudas manchas de ocre, sobre las cuales apenas hay inscritos nombres de lugares, ni se ven serpear y desmelenarse las rugosas líneas negras que indican el curso de los ríos. Son los grandes desiertos africanos y asiáticos, absolutamente estériles e inhabitables, de arenas movedizas, que el ardiente "simoun" remueve y arrastra en trombas tempestuosas, más terribles y catastróficas que las de los mares embravecidos por los tifones.

Un ignorante creerá, desde luego, que deberían desaparecer esas trágicas amatas del planeta; pensará que es de todo punto lamentable para la agricultura la pérdida de tan inmensos terrenos; que el ideal sería

cubrirlos de humus, regarlos abundantemente y transformarlos en tierras fertilísimas, negras como el célebre "chernozion" de la meseta triguera rusa, ó amarillas, como las feraces llanuras de la China oriental, ingotables productoras de las frutas, las leguminosas y los cereales más ricos del mundo.

Pero el que está en el secreto, el instruído, sabe muy bien que si todos los desiertos del globo se fertilizasen y se apagaran, además, todos los volcanes — inflamados tumores de la tierra, — es decir, desapareciesen las arenas y las cenizas que los vientos arrastran y levantan, convertidas en invisible polvo flotante, hasta las altas capas atmosféricas, la vida en el planeta experimentaría una transformación radicalísima. Por de pronto, el cielo, al enrarecerse la neblina de corpúsculos casi infinitos que ahora la tiñen con su magia, dejaría de ser intensamente azul y cristalino y se tornaría negruzco, color de plomo, amenazador y triste. Y, en seguida, la atmósfera se volvería extraordinariamente bochornosa, quemante y húmeda, pero las

lluvias cesarían casi por completo. Pasarían años y años sin caer gota. Y, si el polvillo atmosférico llegase a faltar en absoluto, llegarían ellas también a ser casi imposibles. Y es que el vapor de agua, para condensarse en gotas de lluvia, necesita núcleos sólidos a qué adherirse, y esos núcleos se los facilitan ahora a las nubes, los abrasados desiertos con sus tamizadas arenas y los volcanes encendidos con sus cenizas que no se palpan.

Pues algo semejante a lo que acontecería si se fertilizaran todas las estepas y se apagasen todas las cumbres humeantes, pero de un orden incomparablemente más terrible y funesto, ocurriría si, en el presente estado de naturaleza caída, desapareciese el Dolor del mundo, si el hombre lograra suprimirlo. Formulad la hipótesis y, a continuación, inevitablemente, fatalmente, tendréis que escribir el epitafio de la humanidad sobre una vergonzosa tumba de cieno.

Porque la humanidad sin Dolor acabaría así, sin remedio, entre inmundas oleadas

de aniquilante placer bestial, como en un fétido diluvio.

¿Se puede concebir, acaso, la existencia actual del hombre, por lo menos sin el trabajo, dolor endémico y difuso, que en mayor o menor escala a todos nos alcanza y doma?

No; la humanidad desnudada de miserias, de penas e inquietudes, terrenamente feliz, sería incapaz de dar un paso — ni uno solo — en la áspera y empinada senda del progreso y del ideal, y habría desaparecido hace millares de años, como un esputo que se deseca al sol, hirviente de bacterias. — *Ad astra per áspera.* “ A las altas cimas por las agrias cuestas. ” Esta es la heráldica divisa de la más encumbrada aristocracia humana. Cuantos hombres han merecido la consagración inmortal del bronce, pueden y deben hacerla brillar en los pedestales de sus monumentos, tallados y cincelados por formidables trabajos y dolores. Y si así no fué, no, no merecen levantarse sobre ellos.

Quien tuviera el diabólico poder de matar el Dolor sería el mayor de los

monstruos, el más feroz de los enemigos del hombre. Sería el maldito por esencia. Luego veremos cuán satánico es este ideal protervo de acabar con el Dolor, de disminuirlo siquiera en su totalidad integral.

Afortunadamente él estará siempre con nosotros, infiltrándonos, saturándonos, como las sales al mar, para que no nos corrompamos.

II

No, no temas al Dolor, tú, que tanto le huyes.

El Dolor es siempre puro. ¿No se bañó Cristo en él? Mira bien al Salvador, sobre el trono de su realeza — la Cruz —. Está vestido de púrpura magnífica. Es su sangre...

Pero ya hablaremos de ésto.

No, no temas al Dolor; teme, más bien, al Placer, que sólo rarísimas veces es perfectamente limpio.

¿Que el Dolor es un ácido corrosivo y es miel el Placer?

Conformes. Pero deja unas gotas de ácido sulfúrico entre los musgos de un arriate, en tu jardín, y al lado otras gotitas de miel. Déjalas al anochecer y vuelve a la mañana. La miel has de encontrarla cubierta de insectos, manchada de tierra, inmunda; pero el ácido estará diáfano, puro, como una fúlgida lágrima de rocío. La miel será arrastrada por las hormigas, partícula a partícula, a través del estiércol y de las hasuras, hacia sus antros tenebrosos — *ad inferos*, — en tanto que el ácido permanecerá intangible, impoluto, resplandeciendo, hasta que se evapore su última molécula, es decir, hasta que todo él suba a fundirse, invisiblemente, con la luz y con el azul del cielo.

Esto no quiere significar que el Dolor ha de sublimarte siempre y necesariamente a las gloriosas crestas que anhelas. También puede arrastrarte a los sombríos abismos de la desesperación y de la demencia.

Todo depende de cómo le recibas, le trates y te aproveches de él.

Escucha, a este propósito, algunos consejos.

*
**

¿Entró ya “ el enlutado huésped ”, como aquel de “ Las Noches ” de Musset, en tu casa y vino a sentarse frente a ti?

Tremendo acontecimiento es, pero no desesperante.

Lo primero de que te has de guardar es de no querer echarle violentamente. No se irá. Se irritará furioso contra ti, y traerá otros muchos compañeros para que te despedacen.

Quien quiera deshacerse por la astucia o por la fuerza, de cierta clase de dolores sobre todo, es seguro que no ha de lograrlo; no hará sino engendrar otros nuevos y más tremendos.

Oye : ¿Has dado un mal paso en el camino de la vida? ¿Has cometido una

acción, indelicada o infame, que te abochorna y duele a solas, y que más ha de dolerte y abochornarte, si llega a saberse? Arróstralo todo. Resígnate a sufrir las consecuencias, sean las que fueren, y enmiéndate en lo futuro. Pero ten muy presente que un crimen pare otro crimen y que “ un abismo llama a otro abismo. ” Es la conocida historia del que desfalcó dos monedas para reponer una, desfalcada primero, y acabó en la horca.

*
* *

No mires mucho, impertinentemente, a tu negro huésped. No te detengas a considerar su horripilante catadura en sus detalles mínimos. Pon tu voluntad toda en atenderle sólo lo indispensable, para no parecer frío o inhumano.

No te recrees en levantar la costra de tus llagas; en escarbarlas. Es un placer malo, propio de degenerados. Fíjate en otras cosas. Existe algo más que tu dolor en

torno tuyo. Mira cuántas bellezas en la tierra, e nel aire y en el firmamento. La cosa más insignificante, el ser más humilde, es portentosamente bello. El sol, que entra por tu ventana y te baña los pies, es más prodigioso que los tapices de oro que huellan los monarcas. ¡Y la belleza moral! ¿No la sientes envolviéndote, calentándote, ablandándote las entrañas duras? Las palabras consoladoras de tus deudos y amigos, sus sonrisas de bondad, sus lágrimas mezcladas a las tuyas, ¿no son dignas de que las consideres, y las agradezcas y las bendigas? Tienes, además, la Historia, la Filosofía, la Literatura, la Ciencia...; todo el mundo encantado de las ideas, de las acciones y de los sueños humanos...

Ya lo dijo, lapidariamente, Nervo :
—¿Quieres vencer al Dolor que te ha vencido?— “ Cuenta lo que tienes, no lo que perdiste. ”

*
* *

No trates jamás de adormecer artificialmente a tu dolor. Todo artificio en esto es satanismo. Y ¡ay de ti, cuando el adormecido despierte! Se vengará espantosamente, como tú no imaginas, por poderosa imaginación que tengas. Desquitará en un instante todo lo que ha dejado de atormentarte mientras dormitaba. Se erigirá delante de ti, furioso, como una torre. Y tú estarás a sus pies, anonadado, sin voluntad, sin bríos, vencido para siempre. ¡Oh, la amargura de boca, el decaimiento indescriptible, la tristeza infinita del pobre exhombre que sabe de la modorra del alcohol o de la droga heroica! Vedle caminar tambaleándose. Es una cosa que pide tierra.

*
* *

Pero dime : ¿Qué? ¿qué has perdido? Pon lo que quieras. ¿Amor humano?...

¿Fortuna?... ¿Honra?... ¿Juventud, salud y casi vida?...

Con tal que no hayas perdido a Dios, todo da igual. Porque, ¿qué te importaría ganar y tenerlo todo si no lo tienes a El? Pues lo mismo ha de decirse al contrario : ¿Qué vale perderlo todo si El es tuyo?

En esto consiste “ la perfecta alegría ” de que hablada San Francisco a Fray León. Ser recibidos con injurias atroces, a puntillones y bofetones y salivazos, cuando se llega a la puerta de la casa propia, por los propios hermanos; ser arrojados a la noche helada y húmeda, con desnudez, con hambre, con los pies llagados del largo caminar y los miembros ateridos de la escarcha, ésto, ésto sólo es la perfecta alegría, cuando se tiene a Dios dentro del corazón y por El se sufre.

Y en ésto consiste la diferencia infinita que separa al estoico del cristiano. El estoico sufría por no descomponer su línea y su gesto, por dignidad externa, pero con el corazón agrio y vacío. El cristiano sufre porque tiene el corazón lleno y gozoso, y

el gesto, la línea, la postura y la misma dignidad exterior le tienen sin cuidado. Triunfa del Dolor en Cristo, que le conforta, y en quien se mueve y existe. En El lo puede todo.

No trates de ahogar tus penas en los placeres. Te traerá hastío, que es el dolor irremediable, el supremo. Hastío es — no lo olvides — la pérdida de la virginidad de todas las cosas. Al hastiado no le queda nada, ni aún la esperanza.

Tras del hastío no hay más que la demencia o el suicidio.

*
* *

No pretendas neciamente huir del Dolor, cerrarle tus puertas. El Dolor es más veloz que la luz y más sutil. Todo lo recorre y lo penetra.

Ten presente, además, que una hora de dolor de un egoísta, el cual toda la vida anduvo esquivando las pequeñas penas y molestias, representa más, inmensamente

más, por la intensidad, que muchos años torturados de un abnegado.

Y no habrá egoísta que deje de vivir esa hora amarga.

Recuerda la frase implacable de Breno :
¡Vae victis! ¡Ay de los caídos!...

PERIALGICAS¹

Mientras duerme sosegadamente el viajero en su litera, al rítmico arrullo del expreso, filante en la noche, o traspasado, él también, por el hondo latido poderoso, que repercute como un pulso en todas las piezas del trasatlántico, el maquinista avizora los rieles que se hunden con relucir de venablos en las tinieblas, y el vigía, en lo alto del mástil, atalayando la tumidez procelosa del mar, parece hipnotizado por la fosforescencia de las olas.

Que aparezca en el negro confin, delante

1. Del griego, *peri*, alrededor, y *algos*, dolor. Con este neologismo, de mi uso particular, aparece entre mis papeles rotulado un pequeño volumen de papeletas y notas que tratan cuestiones relacionadas con este libro. De ellas sale este Capítulo, en que me place conservar el título, que juzgo expresivo : *Periálgicas*, como si dijésemos : “ *Divagaciones en torno del Dolor* ”.

de la desbridada locomotora, el ojo sangriento de un farol, o que, sobre el horizonte marino, comiencen a voltear las inmensas aspas lechosas del faro que señala un bajo desconocido por el piloto, o bien avance hacia la proa el promontorio sombrío y temible de la niebla, y, al instante, el viajero será despertado por el agudo silbato de alarma o por el ronco lamento de la sirena — desolación de gigante en la gigante desolación del mar.

Y el viajero prudente sacudido por la súbita alarma, saltará del lecho, rechazando la pereza con rápido gesto nervioso. Es preciso prevenirse. Algo acontece que significa peligro o por lo menos trastorno.

Así hemos dicho que es el dolor físico : agorero silbido afilado de locomotora que echa los frenos; triste clamor de sirena de un buque que navega con precaución. — “ ¡Alerta!... ¡Cuidado!... ” — dice el dolor. — “ Aquí, donde me sientes, aquí anda el enemigo. Prevente. Cuídate. Cúrate... Debes hacer algo. ¡Corre al doctor! ¡Corre!... ¡No te detengas!... ¡El

mal ya entró por tus fronteras! ¡Hay algara de muerte en la tierra!... ¡Oye, oye como tocan a rebato!... ¡Moviliza tus defensas!... ”

Pues el dolor moral tampoco carece — jamás — de esta significación trascendentalísima de aviso. Siempre es profiláctico y medicinal.

Por eso, como dice Mgr. Bougaud, “entre todos los castigos, el más espantoso para el alma pecadora e impenitente, consiste en desconocer el Dolor, en verse abandonada en medio de una felicidad sin nubes. Hay venturas que causan espanto. ”

I

Y tú, tú que sufres y te lamentas tanto de tu sufrimiento, dime : —¿Por qué, por qué te vino ese castigo?

No, no lo niegues; no conduciría a nada el negarlo. Tú lo mereciste; Dios y tú lo sabéis bien.

Si; tú debes de saber; tú sabes...

Quizás la violencia del golpe que acabas de recibir no te permite ahora hacer uso de todas tus facultades. Reponte un poco. Sosiégate... Recuerda. Induce. Discurre...

Y si no te castiga este dolor, comprenderás que te previene de algo, contra algo.

Puede ser que, al pronto, no descubras, no adivines. Sin embargo, ello debe de ser claro...

Mas si tú no aciertas a verlo, corre, busca al médico, al doctor del espíritu. Descúbrele sencillamente tu caso; muéstrale todo tu interior llagado. El diagnosticará, pronosticará, recetará. — “ Debes dejar de hacer tal cosa. Harás aquella otra... ” Después, si obedeces, sobrevendrá la crisis favorable...

Así descifrarás el enigma de tu Dolor; de esta ruda advertencia.

Y no olvides cómo ha de ser tu médico. Sabio, justo, prudente...

Pero tú debes de saber... Tú sabes...

II

Y concediendo que este dolor tuyo no sea castigo ni advertencia, ¿qué será, entonces?

—¡Amor!... ¡Amor!... ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Imagina. ¿Qué hacen los amantes de la tierra? ¿Qué pide el corazón del enamorado? “ ¡Todo, todo para él! ¡Y sólo para él! ”

Pues eso mismo te pide Dios, ensandecido de amor por ti.

Y El puede y debe pedirlo, porque te lo dió antes todo El a ti. ¿Qué tienes que no lo hayas recibido, en arras, de sus manos?

Mira, mira al amante terreno, que no dió nada a la amada, cómo la mortifica.

Pero ella sabe y dice que éso es Amor.

Riñen los amantes, se entristecen y lloran en soledad y desesperación inenarrables...

Pero éso es Amor.

Luego, al hacer las paces, llorarán los

dos de ternura, de felicidad purísima.

Y volverán una y otra vez a reñir y a desesperarse.

¿Por qué?

Porque él — dice ella — es un exigente insoportable. No sabe esperar un minuto; no sufre que yo salude a otro; no consiente que me acicale y aderece a la moda; repugna que asista a aquel espectáculo, que hable con aquella vieja amiga, que transite por aquella calle... Porque él “goza sólo poniéndome en ridículo”...

Y ella, cuando dice, sollozando, estas cosas, sabe muy bien que todo eso es Amor de él, Amor supremo, inquebrantable, hasta la demencia, por ella. El la quiere para esposa : — ¡para sí! ¡sólo para sí! — Y ante este querer avasallante y magnífico, que ella aquilata muy bien en el fondo de su corazón, ¿qué pueden importarle, al cabo, las acritudes, los insultos y las fierzas de él? Si él no fuese así, no la querría...

Y, entonces, quizá recuerda y comprende, por primera vez, aquellos lejanos versos de Antonio Machado, glosa delicada

de otros más lejanos de Rosalía, el encelando ruiñeñor del Ulla :

*“ En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día;
ya no siento el corazón. ”*

Así dice el poeta de Castilla, para gemir en seguida :

*“ Mi cantar vuelve a plañir :
aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada... ”*

Pues infinitamente más celoso que el más celoso de los amantes terrenos, es Dios de sus esposas, las almas.

Que te lo digan Teresa de Jesús, Juan de la Cruz o Tomás de Kempis.

Sí El mata de un soplo la llama de tus alegrías, bendícele más.

¿Eres bueno? Por adorarte lo hizo.

¿Eres criminal? Sí; para castigarte te dejó en tinieblas. Pero ese castigo es amor

sin medida también. Vives aún y sufres. Luego estás todavía bajo la ley de gracia, de misericordia.

Todavía puedes; todavía...

III

Pero indagemos otra vez, más escrupulosamente, la singularidad de tu dolor.

—¿Qué tienes?

— Sufro porque Aquel ser, que era mi vida, se ausentó para siempre. Ya ves : estoy sin vida y... vivo.

— Estás sin fe. Esto es lo que en realidad te pasa.

Si tuvieses fe, no te hubiera podido calar tan hondo este dolor. La fe te habría preparado “ gozosamente ” para él.

“ Gozosamente ”, sí, porque si, en verdad, creyeras, sabrías que la muerte no existe. Eso a que el mundo le llama así, el creyente lo nombra “ gozosamente ” : *fin del destierro*.

Quien cree — creer es más que saber —; quien cree — entiéndelo — sabe morir un poco todos los días, y sabe también ver morir un poco a los que ama. Y así, cuando él acabe o vea acabar a aquellos a quienes lleva apretados contra el corazón, está ya casi inmunizado contra esa triste, pero necesaria, contingencia.

El que cree “sabe, mejor que el que sabe”, que “esta vida de acá abajo no es la vida verdadera”; que este mundo no es el término del viaje, sino el tren que nos lleva a él. Unos descienden momentos antes que otros. Pero todos debemos encontrarnos en la misma gran ciudad a la que estamos llegando, cuyas luces vemos en la noche, ya muy cercanas.

*
* *

Pero ¿dícesme que eres tú el deshonorado?

Pobrecillo; me produces compasión inmensa.

¡Mas veo que lloras; y está todo por ganar todavía!

Esas lágrimas que destila tu corazón — los que aseguran que son los ojos los que de veras lloran, no saben lo que dicen —; esas lágrimas de tu corazón manchado, te lo están lavando, dejándotelo virginal, purísimo. Si no tuvieses corazón no lloraras, aunque tienes ojos. Y como tienes corazón — ya te lo aseguré en otro lugar¹ — a pesar de que has perdido mucho, no lo has perdido todo; y con lo que te resta aún puedes volver a ganar más, mucho más, de lo que tenías...

*
* *

Pero ahora lo esclareces todo afirmando que tu deshonor no ha de achacarse a ti; que es... cosa “de afinidad”, como si dijéramos.

No pienses ni digas locuras. El honor es personalísimo. El honor “es patrimonio del alma”, según Calderón definió definitiva-

1. Vide. Cap. VI. “ *El Dolor Moral* ”.

mente, y en tu alma no señorean más que Dios y tus pensamientos y deseos. Si éstos no la afearon, Dios arde en ella.

Todo lo demás es necesidad insigne o puerilidad inconcebible.

*
* *

Te lamentas de tu miseria.

No eres fuerte. Y, lo que es peor, no quieres serlo.

Mira los árboles de las altas cumbres. Otean los inmensos panoramas con el opulento varillaje de su copa verde, eternamente rumoreante sobre el enhiesto tronco centenario. Son los gallardos señores del paisaje espléndido. Las tempestades bravas los hicieron así. Los vendavales arreciaron sus fibras, se las aceraron.

¿No quieres tú erguirte algún día como ellos?

Pero, además, oye a Cristo, hombre de poca fe:

—“Los lirios del campo no hilan ni tejen

y están, sin embargo, mejor vestidos que Salomón sobre su trono de oro, cuando recibió a la reina de Sabá. Las aves del cielo no siembran ni recogen, pero comen y engordan y gorjean.”

“¿No eres tú de mejor calidad que los lirios y las aves?”

“¿No eres tú hijo, también, de mi Padre?”

Lo que ocurre es que olvidamos esa divina filiación, como tú ahora, y lo esperamos todo sólo de la tierra.

—Pero hay — dices — quien se muere de hambre.

—Como hay quien se muere de otras cosas. De algo ha de ser. Y la muerte de hambre es también dulce, dulcísima, para el santo.

Alábalo a El también en esta grave dolencia.

¿Qué son las enfermedades sinó las paletadas de carbón que el fogonero echa en el hogar de la locomotora que nos arrastra, para hacerla llegar más pronto?

¿Es que temes el arribo?

¿Es que no piensas ser bien recibido?

De ti depende.

Escucha la alondra teresiana que canta allá arriba, en las alturas rociadas de luz, mientras aún es noche en la llanura:

*“Ven muerte, tan escondida
que no te sienta venir,
porque el placer de morir
no me vuelva a dar la vida.”*¹

¿No sientes tú anhelos de hacerle un poco el contrapunto?...

1. No ignora el autor que esta copla, algo variada en su presente forma, es del Comendador Escrivá (V. Romancero de Hernando del Castillo — 1511) ; pero como su espíritu presente tan acendradamente el de la Mística Doctora, a quien sin duda pertenece una de sus mejores glosas, no le ha parecido del todo bien apartarse, dilucidándolo, en el texto de la opinión del vulgo que se la atribuye.

IV

El Dolor es el "bouquet" del vino que hay en la copa del corazón del alma.

Por eso en la juventud, el vino, aunque sea chispeante y espirituoso, carece de aromas esenciales. Es nuevo. Le faltan años, que son siempre dolores.

Nadie puede calibrar la felicidad relativa que posee, si no la ha visto menguar antes por alguna gran pérdida. Sólo bajo el ala inmensa, ruda y parda de la tempestad, que pasa gañendo y azotando furiosamente las olas, en alta mar, se sabe lo que significa la abrigada serenidad del puerto.

Quien no ha perdido nada todavía, no puede ponderar lo que valen las cosas, al parecer insignificantes, que posee. Le falta la romana de precisión, fidelísima, que es la adversidad.

Pero hay también quien poseyéndola no sabe manejarla.

En la hora feliz quizás están siempre trastrocados los valores. Jamás supo Robinsón lo que valía una aguja hasta que no la tuvo, en su isla. En el mundo de las ciudades lo que más vale es un montón de oro. En la isla de Robinsón lo que más valía era una aguja.

V

Voy a la orilla del río, por el camino de sirga, entre altas hierbas y macizos de digitales purpúreas y de frondosos helechos rociados. Bajo el espeso y barnizado follaje de los alisos, como en una gruta de fresco y verde silencio, duerme y sueña, inmóvil, el agua del remanso. Y las cosas reflejadas en su fondo cobran, de pronto, a mis ojos, una tierna suavidad recién nacida, un jugoso brillo de esmaltes húmedos, y me parecen más bellas y prestigiosas, porque apenas son reales: — no son más que fantasmas. —

Como yo contemplo estas imágenes — en fascinación muda, en éxtasis — así deben de contemplar las grandes almas, serenas en su dolor, las imágenes de lo perdido, en la bruma azul de sus recuerdos. Las están viendo, más nítidas, más brillantes, más idealizadas que nunca, pero no pueden aproximarse a ellas, no pueden tocarlas. De ahí nace la expresión de gozo y de angustia, a un tiempo mismo, que caracteriza los nobles rostros atormentados; de ahí el gran halo romántico que los circunda y sublimiza, y que no es otra cosa que la iluminación interna de sus almas entrevista a través de su carne, que se tornó traslúcida.

“¡Ay d’aquil que leva n-a frente unha estrela!

*¡Ay d’aquil que leva n-o bico un cantar!”*¹

dijo Curros refiriéndose a Rosalía de Cas-

1. *¡Ay de aquel que lleva en la frente una*
[estrella!

¡Ay de aquel que lleva en la boca un
[cantar!

tro, la gran sufridora. Pero Curros era un poco heterodoxo. Si no, hubiera dicho mejor: "Feliz el que lleva una luz en la frente que le permite descubrir dolores que los demás no sienten; y, más dichoso todavía, el que tiene los labios en brasas vivas, para cristalizar en ellos el carbono fundido de esas penas y convertirlas en clarísimo diamante".

VI

"Los cantos más desesperados son los más bellos, y conozco algunos inmortales que son puros sollozos". A estas conocidas palabras de Heine convendría, para que no fuesen extraviadoras, ponerles un amplio comentario; pero aquí no podemos más que insinuarlo.

No; yo no os deseo, yo no puedo desear para vosotros el espíritu de ira que la desesperación envuelve. Podrá ser bella la desesperación en la tragedia, pero es con belleza que aparta.

Yo sólo puedo desear para vosotros la resignada y grave mansedumbre, que tiene otro linaje de más humana y atrayente belleza. La mansedumbre inspira siempre amor; la desesperación, a lo sumo, y éso únicamente cuando se calza el coturno clásico, sólo respeto. Y del respeto al amor hay una distancia infinita. En esto sí, estamos absolutamente de acuerdo con Kant y con Guyau; pero sólo en ésto. "El respeto es una especie de represión, el amor es un transporte".¹

Tampoco hay que ser plañideros.

No; no seréis plañideros ni desesperados.

Los plañideros mueven a risa; los desesperados horrorizan.

Habéis de poseer fuerza en las pupilas y tensión en los músculos para estar mirando fijamente a lo que se os va sin remedio, hasta no verle ya nunca más. Habéis de saber decirle adiós a lo que se ausenta, con un gesto digno y bello, de

1. " *L'Irreligion de l'avenir* ". (Félix Alcaín. Paris, 1887. C. III.)

suprema melancolía, que suponga recuerdo inacabable.

¡Saber despedir, hasta que lo que se va se borre allá lejos, en el confín azul!...

Por allí nos iremos todos...

VII

Si me preguntas cómo se forma un hombre, en el trascendente sentido de la palabra, te responderé que le mires un poco a lo largo de la vida y tú mismo te darás la respuesta.

La infancia apenas tiene conmiseración.

El niño destroza los juguetes, martiriza los animales, aprisiona despiadadamente los pájaros, mutila los insectos, roba los nidos, chafa las rosas y desgaja y troncha los árboles.

—“Así te veas como pájaro en manos de chiquillo”, es una de las clásicas y terribles maldiciones gitanas.

El niño llora cuando todos ríen, y chilla,

ríe y alborota cuando los mayores sufren o están hondamente preocupados y tristes.

El niño parece ávido sólo de vivir su vida, y se solidariza muy poco con lo que le rodea.

El niño es egoísta y algo cruel.

Hay excepciones en esto, naturalmente, pero confirman, también naturalmente, la regla.¹

El joven tiene mucha imaginación, pero no tanto corazón.

“Amor de niño agua en cestillo”, dice un refrán castellano a propósito de las pasiones juveniles que se manifiestan exaltadamente.

Tiene la juventud lozanía, frescura, espontaneidad, brillantez, generosidad, fuego e ímpetu heroico llevado hasta la sublimad si es preciso. La juventud quiere, y sabe, morir muchas veces, por las ideas que levanta y tremola como estandartes. Pero esas ideas no serán después casi nunca

1. Yo amo a los niños sobre todas las criaturas. Cuando describo al niño me veo yo también, porque lo fuí, como uno de ellos, y reconozco sus defectos.

las suyas. El ideario de la juventud es, casi siempre, recibido a préstamo por ella. Cuando llegue el joven a la edad madura, es más que probable que abomine de sus antiguas ideas. Amará acaso más las contrarias, y, sobre todo, infaliblemente, las propias. Aquellas que él mismo se ha ido elaborando con congojas del ánimo. Los que piensan en la vejez lo mismo que en la adolescencia, dan manifiestos indicios de haber pensado muy poco toda la vida.

Le falta, pues, a la juventud personalidad, ponderación, experiencia y hondura de pensamiento: acento y timbre de dolores, en una palabra.

La juventud ama la vida como se ama a una máscara de ardientes ojos y risa cascabelera, sin conocerla. Y las máscaras desconocidas, ya se sabe, cuando se quitan el antifaz, nunca son como se soñaron y se amaron soñadas.

La juventud sólo acierta a proferir palabras conmovedoras y personalísimas a propósito del amor — Garcilaso, Espronceda, Bécquer... — y, aunque apenas trasluzca, todos sus movimientos obedecen casi

siempre a un fondo de sentimiento erótico, legítimo y noble muchísimas veces, pero “pasional” — que también viene de *pafos*, como *patológico*. — Rafael y Larra son dos arquetipos, a los que acaso debiera agregarse Mozart.

La juventud puede forjar obras que deleiten, no obras que preocupen. Estas no pueden ser concebidas ni gestadas más que por los grandes trabajados por el sufrimiento.

Obras de juventud, obras de plenitud y obras de decadencia, es decir, de retorno a la infantilidad. Así se clasifican las producciones de cuantos han creado a lo largo de una vida completa.

Unicamente el sol implacable del estío espesa los jugos en la fruta, y la almibara y torna esencial. Unicamente el otoño cuaja la riqueza del año y hace rebosar de granos, de frutos y de mostos los hórreos, los cilleros y las bodegas, y llena la casa y la mesa de olores, de colores y de sabores fuertes y estimulantes. Cuanto más castigada es la vida, más recias y opulentas son sus obras, más “apretadas”, como dicen los pintores.

A “*priori*”, se puede adivinar, leyendo un poema, viendo un drama, contemplando un cuadro, escuchando una sinfonía, y hasta mirando un edificio, cómo fueron las vidas íntimas de sus autores. Las obras que nos sacuden de pies a cabeza, las que dejan huellas de uñas o verdugones en el alma, no lo dudéis, con profundo temblor de entrañas, a zarpazos y cintarazos fueron concebidas y dadas a luz. Aunque la vida pública del artista parezca desmentirlo, aunque nadie haya podido atisbarlo, tened por seguro que así fué. Bajo la campiña más riente se extienden grutas interminables, en que no penetra jamás la luz, y en ellas, más hondas, se abren simas vertiginosas, y el mar más sereno esconde picos que son volcanes.

Homero, el Dante, Miguel Angel, Cervantes, Beethoven y Víctor Hugo no se conciben sino cargados de años y de dolores...

Por eso ahora respondes tú mismo, muy bien: — “El Dolor, él sólo, es el que forma a los hombres”.

VIII

Dos clases de placer, o de felicidad, existen en contraposición a las dos clases de dolor. Placeres de la materia y placeres del espíritu. Dolores de aquella y dolores de éste. No existe un solo placer de la materia que no nos ruborice un poco en su disfrute, o que no nos distraiga y entorpezca algo en nuestro libre y desembarazado caminar de hombres, de seres hechos para el pensamiento. Desde el vergonzoso placer carnal hasta el inocente regalo de sentir la caricia tibia del sol en un día de invierno, todos hacen, por lo menos, convertir la fuerza rítmica y esplendorosa de las alas de nuestro espíritu, que anhela el infinito, su elemento, en un espasmo epiléptico, animal e inconsciente, abatiéndose sobre nuestra médula o sobre las finas redes nerviosas extendidas bajo nuestra piel. Si atendemos, si gozamos la sensación, des-

cuidamos el pensamiento. El placer físico es una borrachera, más o menos fuerte, y constituye siempre, en mayor o menor grado, un embrutecimiento. Por eso sólo los encanallados no ocultan sus furiosos e íntimos placeres.

El supremo y puro placer del espíritu es siempre el éxtasis. Y el éxtasis es la falta absoluta de anhelo. El santo y el sabio saben de los éxtasis que siempre son pasajeros, que no pueden menos de ser pasajeros. Ambos, — en distintos planos, naturalmente — alcanzan la verdad un minuto, un segundo. Ambos logran escalar la cima suspirada y sentarse en ella unos instantes, pero en seguida han de descender. Si pudieran quedarse en ella ya no serían humanos, serían ángeles o semidioses. Y cuando, en aquellas alturas, recordasen a sus hermanos los hombres, sentirían remordimiento tan grande que el dolor los aniquilaría.

El santo sabe que para entrar en la definitiva posesión de Dios es preciso pasar antes por todos los dolores de la vida y atravesar, finalmente, la puerta espantosa

de la muerte, por la que primero pasó Cristo, por cuyos méritos y por cuya gracia puede él ser así alzado a la cumbre inmerecida del favor extático.

Si el santo cristiano, olvidado de ésto, cegado por su egoísmo, pretendiera encastillarse para siempre en la meseta sobrenatural del éxtasis, como el yoghi budista en autosugestión, y pasar insesiblemente de ella a la eternidad gloriosa, en ese mismo instante dejaría de estar injertado en el árbol de la Cruz de Cristo, y perdería, en el acto, toda su santidad y su éxtasis.

Pues el egoísmo del sabio que guardase para sí sólo, para su propio e íntimo goce, la verdad más avanzada de la ciencia, la que puede aliviar un dolor o esclarecer una duda en otros hombres, es tan monstruoso que apenas se concibe.

Otros hombres y otros sabios prestaron al descubridor sus espaldas y sus fuerzas para que él alcanzase la cima de su verdad. ¿Puede él, impunemente, apropiársela para sí? No; hay que abandonar la cumbre y esparcir la buena nueva. ¡Y qué dolores no

aguardan al que tiene que ir delante, al guiador!

IX

Los bueyes, que arrastran la cargada carreta por la calzada pedregosa y pina, se pararían a cada instante sin el aguijón del boyero que los guía. El dolor físico es nuestro boyero en la vida material. El aguijó los bueyes de todos los inventores, desde Teramenes a Marconi. Su hierro enrojecido penetra en nuestra carne, e indefectiblemente también en el espíritu que la informa y la hace humana. Así botamos y respingamos hacia el infinito.

Y, a veces, son los botes tan formidables, que metemos la cabeza por la mitad del cielo y nos deslumbra un gran resplandor que nos deja ciegos y mudados, como quedó Saulo.

X

— *A Dios y al alma quiero conocer.*

— *¿Y nada más?*

— *Absolutamente nada más.*

— *¿Y si te equivocas?*

— *Si me equivoco es porque soy; pues quien no es no puede equivocarse. (San Agustín) ¹*

El terreno primario, la roca granítica sobre que se asienta nuestra personalidad es el sentimiento de la propia conciencia. Antes que la noción del pensar tenemos la noción de la inercia de nuestro yo, que se reconoce vagamente preexistente. Debemos recorrer el libro de nuestra memoria hacia atrás, hasta llegar más allá de las primeras páginas, si es posible, en que las imágenes de las cosas apenas dejan sobre ellas una huella de sombras. Más allá de nuestro pri-

1. Vid. Stockl. *Geschichte des christlichen Philosophie zur heit der Kerchenvater*, 1891; y Martin. *San Agustín*. 1901.

mer recuerdo, de la más lejana silueta apenas esfumada sobre la hoja virgen, no columbramos sino una claridad nebulosa, láctea y sedante, como de luz de aurora. Y nosotros nos sentimos acunados blandamente en ella.

¿Cuál es la primera sensación que se acusa en nosotros nítidamente, el primer recuerdo, que ahora se nos figura como soñado, allá tan lejos? Es la primera necesidad sentida y no satisfecha en el acto; es el primer terror sufrido; es “la primera falta cometida”, seguramente. Es decir, es algo que nos delimitó, que nos coartó, que nos oprimó o nos rebajó ante nuestra conciencia despertada así. En síntesis, es algo que, por ser injusto, nos torció.

Porque la esencia, la médula y el eje de la conciencia no es más que el sentimiento de la Justicia.

¡La Justicia! Lo bueno y lo malo que hay en nosotros, y que con tan distinta intensidad ahora nos solicitan, estaban todavía en equilibrio en nuestra infancia. Nada turbaba entonces la felicidad de estar serenos. El fiel permanecía en su punto mate-

mático y central. Soplaban las cosas, blanda o furiosamente, sin duda, sobre nosotros, pero nosotros no lo recordaremos jamás. El niño sufre dolores en su carne y llora, el niño tiene satisfacciones físicas y sonríe, pero el niño nunca tendrá conciencia de esas lágrimas y de esas sonrisas porque *no tiene todavía la conciencia despierta*. Y ésta “ abre siempre los ojos ” cuando cometemos la primera falta, cuando delinquimos por primera vez, cuando violamos la Justicia, que es la torre de marfil de nuestra personalidad, de nuestro yo.

Ese día triste fué cuando, en realidad de verdad, experimentamos nuestro primer dolor humano, plenamente consciente y definido. Y a ese primer dolor se refieren todos los otros dolores en la larga cadena de nuestras vidas. Aquel fué el metro, el tipo de comparación para nosotros.

La historia de un hombre — un microcosmos — es también un pequeño compendio de la Historia Universal. He ahí por qué la Biblia no puede comenzar sino por la narración de un pecado, del que nacen todas las desdichas humanas.

Despojarse de las vestiduras negras del pecado es retornar, en cuanto es posible, a la felicidad edénica. De este goce supremo saben sólo los arrepentidos y los santos. Y es, también, volver a ser niños. Por eso dijo Cristo : — “ Si no os hicié-
seis como uno de estos muchachos, no podréis entrar en el reino de Dios. ”

Otras consecuencias prácticas se derivan, además, de esta doctrina. Es, quizá, la más notable, la potencia expansiva y catas-
trófica que adquieren las ideas justas cuando son oprimidas. Porque la opresión es lo contrario de la Justicia, la cual tiene necesidad esencial de funcionar absoluta-
mente libre en el centro de nuestro yo.

Otra : El juez, que está fuera del yo que va a juzgar, nunca, jamás, colocará el fiel de su balanza en el punto exacto, matemático, de ponderación de lo juzgado. Por eso suelen huir los delincuentes de los tribunales de la tierra. Si el delincuente tuviese la evidencia de que iba, sólo, a juz-
gársele en la única medida en que quebrantó la ley, es seguro que, la mayor parte de las veces, no huiría, a menos de

estar demente o ser empedernido o incapaz de redención, y en este caso habría que recluirle para siempre. La conciencia exige “ Verdad ” y reparación inmediata¹. Pero el delincuente tiene la innata evidencia de que no ha de ser juzgado de esa ideal manera; sabe muy bien que, además del castigo condigno de su delito, que siempre ha de ser mayor que éste, cuando es impuesto por un juez que no puede aquilatar todas las atenuantes de la conciencia juzgada, a la cual es absolutamente ajeno, deberá sufrir el reato de desprecio, de desconsideración y de recelo que cae sobre todo criminal condenado públicamente por la sociedad. Y esto no, no lo puede tolerar ni sufrir con resignación la inmanente justicia de la conciencia acriminada, la cual pide y exige, no más, una reparación exactamente equivalente, igual si es posible, al

1. La Condesa de Pardo Bazán trató este asunto en un drama — “ *Verdad* ” — que no gustó al público, pero que yo tengo para mí que, andando el tiempo, será tenido como obra shakespiriana.

daño ocasionado. La ley del Tali3n es ley humana por excelencia.

Que esto no es un sue1o; que el reo acudiría espontáneamente a los tribunales para recibir el merecido castigo, si éstos fuesen capaces de imponérsele en la equitativa e ideal medida que él reclama, lo corrobora el hecho de funcionar infatigablemente, en nuestras iglesias el santo tribunal de la Penitencia, a donde el penitente corre, en el secreto absoluto, eterno e impenetrable, a recibir, como en un nuevo bautismo, el agua de la pena absolutoria que le ha de lustrar y dejar cándido como un recién nacido. Por eso el Sacramento de la Penitencia es tan divinamente humano.

XI

El Dolor no ha de ser soportado pasivamente. El Dolor ha de ser siempre manantial poderoso de actividad fecunda. ¿No sabemos ya que es él nuestro conductor, nuestro auriga?

Sufrir el Dolor pasivamente es señal de espíritu vulgar y plebeyesco. Los corceles “ pura sangre ” pueden salir desbocados, pero jamás “ se plantan ”.

Deja que el Dolor te guíe, que a buen término ha de conducirte.

XII

¿Quieres conocer el enigma de tu dolor, que es, en definitiva, el enigma de tu alma? Purifícate, límpiate primero.

¿Cómo quieres mirar en el fondo del espejo, si lo tienes cubierto con una espesísima capa de polvo y de grandes costras de barro, y aún de boñiga?

XIII

La temperatura de los planetas se colige de su mayor o menor proximidad al sol,

fuelle inagotada de calor y de vida en nuestro sistema.

Pues lo mismo el hombre, lleno de dolores, y Dios, felicidad suprema. Cuanto el hombre más se acerca a El, más venturoso; cuanto más se aparta, más desgraciado y triste.

No puede dudarse de esta ley, que hasta puede decirse que posee cierta evidencia física.

Mirad cómo resplandecen los rostros de los santos; y ved cuál se empurpura congestionados y se entenebrecen los de los blasfemos furiosos.

XIV

Existe una novela moderna — *L'Enfer*, de E. Barbusse — que trata de presentar — y lo presenta — al mundo como un infierno. Ante el espectador — no el Protagonista; el protagonista verdadero es el Dolor satánico — que cuenta la novela, pasan todos los males y todas las infamias

de la tierra. El los ve, a través de un agujero practicado en la pared de su cuarto de hotel, desfilando por el cuarto contiguo.

La idea de este libro de enfermo no es original ni nueva, aunque no lo haya señalado la crítica indocta. Guevara en su "Diablo Cojuelo" imaginó lo mismo, pero con más hombría y más donaire. Barbusse es más decadente, en el sentido de desmedulado.

Pero tornemos a nuestro asunto.

Efectivamente, el mundo es un infierno.

Pero el infierno sólo es infierno para el condenado.

Este infierno para el santo es el paraíso.

Porque — tengámoslo muy presente — en el infierno verdadero, en el imperio sombrío de Satanás, también hay santos — están todos — porque ¡allí, también, está Dios! Y la visión y posesión de Dios es el goce de los santos, Pero a los santos, en el infierno, no les alcanzan los suplicios, las lágrimas y el rechinar de dientes...

Así en este mundo. Para el malvado, es el infierno. La paz está negada definitivamente a los impíos. Se les darán, por ventura, todos los placeres, pero estarán

espolvoreados, rociados de hastío, ¡Hastío! Pérdida de la virginidad de todas las cosas, invierno helado—sin primavera—del alma.

Ellos, sí, sienten el Dolor bien dolorosamente.

Los santos no. Los dolores no les tocan, no pueden tocarles. Para ellos se escogió el mito de la salamandra. Los mártires, en las hogueras y en los dientes de los leones, se sentían renacer felices y cantaban la gloria de ser triturados, como el trigo de que ha de hacerse el pan servido en la mesa eterna y divina del Señor. Tenían el cielo dentro del corazón.

XV

Lombroso y Richer¹ sostienen que toda sensación, por agradable que sea, excesivamente intensificada, engendra dolor.

Yo creo lo mismo. Toda sensación agu-

1. “ *Recherches expérimentales et cliniques sur la sensibilité.* ”

dizada destruye el órgano que la percibe: luz, calor, frío...

Por eso me parece cada vez más exacta nuestra ecuación : *Dolor igual a Pérdida*.

Seamos moderados, pues, en el disfrute de nuestros más legítimos y honestos placeres. Al Dolor no se le vence con ellos.

XVI

Hace más de medio siglo que, inspirados por Kant, escribieron Coleridge y de Hamilton, Stuart Mill, y Feuerbach, y Matthew Arnold el anuncio profético de la inmediata desaparición del dogmatismo. Creíanse alondras anunciando el amanecer del naturalismo universal.

¿Quién se acuerda ya de sus anuncios, ni casi de sus nombres?

Pero el Dolor, testimonio perenne del primero y más ridiculizado de los dogmas, continúa tan presente, apremiante y avasallador como siempre.

XVII

Cuando estés tan solo que sientas respirar el silencio, y tan herido que aprietes los dientes para no aullar como si te desollasen, has de pensar y decirte:

— Es el buen Arador, que está arando mi estepa.

Y ahora... ; ¡Ahora es la hora de arrojar la fecunda simiente en el surco que él va abriendo!

Pues, ¿por qué, ni para qué, laboreará así, tan profunda, tan denodadamente, mis entrañas áridas, con el aguzadísimo acero de su terrible reja, si no es para que yo vaya detrás, sembrando?...

Y entonces si, después de implorar con una mirada al cielo, te pasas las manos por la frente para enjugar tu sudor de agonía, sentirás que, de pronto, se te llenan las palmas de óptimas semillas.

Estaban en tu frente. Son las hijas

divinas de tu Dolor y de tu conciencia.

Por cada gota de sudor que te enjugaste tendrás un maravilloso puñado.

Y por cada semilla de esas, que arrojes en los surcos, habrá cien flores pintadas y olorosas, en la primavera, sobre tu estepa, ya convertida en jardín; y, para el otoño, carretadas de dorados y exquisitos frutos, que recoger en tus alfolíes.

LA HORA DE LA TERNURA

“ Llegará un día en que en todos los corazones se despertarán las cuerdas graves y aún las dolorosas, y pedirán vibrar como vibraron antes en los corazones privilegiados de Heráclito y de Jeremías. El sentimiento metafísico no puede dejar de tener alguna cosa de triste, como lo sublime, que nos sentimos incapaces de abrazar jamás; como la duda misma, como el mal intelectual, el mal moral y el mal sensible, siempre mezclados a todas nuestras conciencias. En este punto, se puede decir que existe una parte de sufrimiento en toda filosofía profunda, como en toda profunda religión”¹.

Así se expresa en un raptó de sinceridad irrefrenable, el célebre propugnador de las anomías, y también fracasado vaticinador de la desaparición de los dogmas revelados y divinos, que debían ser

1. Guyau. *“ L'Irreligion de l'avenir »*. Edic. C. 3a. parte, capítulo I.

sustituídos por sus propios dogmas limitadísimos y humanos.¹

Todo hombre que vive principalmente para el pensamiento, como debe vivir “ el hombre ” y como Guyau, al fin y al cabo, aunque extraviadamente, vivía; todo aquel que está hambriento de verdad y arde en febriles sedes de ideales, lo mismo que aquel otro que todo lo cifra y espera del mundo sentimental que anida en su corazón, y hace del universo el marco portentoso de sus inflamados amores; todos ellos adolecen de ese mismo mal, de ese potísimo dolor, consubstancial a toda criatura racional y viadora, y que no es otra cosa sino la percepción, más o menos clara y aguda, de los límites de la facultad comprensiva y de la vanidad infinita de todos los anhelos puramente humanos, que un instante se erigen como formidables torres de llamas, pero en seguida se derrumban en pavesas y cenizas, que el viento esparce indiferente.

1. *Anomía moral* : “ ausencia de toda regla apodíctica, fija y universal ”. *Anomía religiosa* : “ supresión de toda fe dogmática ». Ibid.

Y, claro está, de la propia suerte que el enrarecimiento del aire no se siente si no en las altas cimas, así este dolor metafísico de los pensadores y de los amadores grandes, sólo es sufrido por los espíritus-águilas y los corazones-azores que se posan en las solitarias y silenciosas cumbres de las ideas o en los riscos inaccesibles, que rodean los cráteres de las hirvientes pasiones cuando comienzan a apagarse.

*
* *

Triste de ti, si, adolecido de este morbo terrible, ignoras la medicina infalible y única que puede curarlo. Triste de ti, si te encuentras desamparado en esa hora desolada y sombría, con el negro vacío, no más, encima de tu frente, trasudante de angustias, y a tus pies el abismo pavoroso de la nada que va a devorarte con cuanto soñaste, ambicionaste y amaste mientras fuiste consciente. ¡Oh, entonces, sí, debe de ser la hora de las rebeldías supremas y de

las inauditas blasfemias! ¿Para qué lo conocido y experimentado? ¿Para qué lo ardientemente codiciado y adorado? ¿Para qué lo vivido? ¿Para qué...? Porque si tu mal no tiene remedio ni consuelo, si tú has de sufrirlo sólo, si la vida tuya está encaminada a este ápice, compendio y cifra de todos los dolores, ¿por qué; para qué se te dió la vida? El Ser, la Fuerza, la Substancia, lo que tú quieras que sea, de donde tu vida mane, es un verdugo despiadado al que tienes derecho a maldecir, implacablemente, con tu última palabra.

Oye : el propio Guyau, que creyó poder sustituir la tierra al cielo, cuando llega el momento de enfrentarse con esta situación, centro de todas las situaciones humanas, mira cómo tiembla y se contiene : — “ Mientras se trate de uno mismo se puede aún marchar ligeramente al sacrificio ”— Nota bien que dice : “ sacrificio ”. — “ Pero la muerte para los otros, el aniquilamiento para aquellos que se aman, he aquí lo que es inaceptable para el hombre, ser pensante y amante por esencia. El estoicismo científico o filosófico ha hecho

bien ” (no vemos por qué), “ respondiendo con Epicteto, que es “ *natural* ” que un vaso, siendo frágil, se quiebre, y que un hombre, siendo mortal, muera. — *Sí; pero queda el saber si esto que es “ natural ” y científico, debe bastar, como pretendían los estoicos, para contentar mi razón, mi amor. De hecho, amando verdaderamente a otra persona, no es la cosa frágil lo que yo busco amar; no es solamente “ el vaso de arcilla ”, sino que, desprendiendo la inteligencia y el corazón de esta arcilla, de los que Epicteto no los quiso separar, yo me aplico a ellos como si fuesen imperecederos”... “No es solamente pena lo que yo experimento entonces : es indignación, es el sentimiento de una especie de injusticia de la naturaleza... Tenemos razón para rebelarnos contra la naturaleza que mata, si mata lo que hay de mejor moralmente en nosotros.* ”¹

Son tan luminosas las palabras del autor de *Esquisse d'une morale sans obligation ni sanction*, que no necesitan comentario. La

1. Obr. cit. 3a. parte. Capítulo V.

razón, emancipada y altiva, tiene muchas veces momentos de sinceridad como éste; en que se postra y se golpea el pecho antes de precipitarse en la sima en que va a despeñarse.

¡Pobre José María Guyau! Así se explica el dolor que acompañaba a sus meditaciones solitarias. El mismo nos dejó esta nota autobiográfica que conmoverá siempre a todo corazón piadoso. “Un día — escribe — estando yo sentado junto a mi mesa de trabajo, mi mujer vino hacia mí toda inquieta : — ¡Qué cara tan triste! ¿Qué tienes? ¡Lágrimas, Dios mío! ¿Te he dado algún disgusto? — No; no me lo has dado tú jamás. Yo lloro por un pensamiento, simplemente, sí, por un pensamiento en el aire, abstracto ; por un pensamiento sobre el mundo, sobre la suerte de las cosas y de los seres. ¿No existe en el universo bastante miseria para justificar una lágrima sin objeto...? ”¹

¡Pobre José María Guyau! Yo revivo la escena en todo su inmenso patetismo. Quizá

1. Obr. Cit. 3a. parte. Capítulo V.

ocurrió en el Mediodía, en los alrededores de Niza o de Mentón, cerca del tónico Mediterráneo, donde, en los postreros años de su vida joven, buscaba Guyau tuberculoso un sorbo de energía y de salud. Daba entonces, seguramente, su última mano a “ *L'irreligion de l'avenir* ”, publicada en 1887, el año anterior a su fallecimiento. Debió de ser en un día cálido de estos de mayo, que vitalizan momentáneamente a los tísicos. Guyau, sin duda, en el calor eufórico de la larga siesta, se sentó al trabajo, en su gabinete bien orientado al Sur, con los ventanales de par en par. Su esposa, acurrucada discretamente en un rincón, a sus espaldas, manipulaba en una labor de punto de aguja, con libros y flores al lado, sobre una mesita. El escritor aprestó sus volúmenes y sus cuartillas, consultó alguna cita y comenzó a rasguear sobre el papel. La esposa movía las agujas maquinalmente y tenía el alma toda en los ojos, que no se apartaban del enfermo adorado y mimadísimo. Quizás, muy pronto ¡Dios mío! no había de estar, nunca más, allí. La nuca de él, aquella nuca en que cada día se

señalaban más, bajo la transparente piel, los tensos cordones tendinosos y los goznes de las vértebras, era la obsesión de ella, más, mucho más aún, que las translúcidas orejas exangües, grandemente abiertas y separadas del cráneo.

Por el ventanal, haciendo ondular los cortinajes, entraba el aire de la tarde, aca-lenturado de sol, de estridores de cigarras y de aroma de azahar, junto con la luminosidad azul y refrescante del mar lejano : una pincelada de cobalto entre el cielo y las colinas doradas por la calígene.

El escritor ha posado la pluma, en un desganado gesto, al punto advertido y subrayado con un mohín de contrariedad por la esposa vigilante. Después quedó quieto, el torso combado, arqueada la nuca, tersa y blanca del cabello al cuello del batín, estirados los brazos y las manos cruzadas entre los muslos, en la postura trágica de un agarrotado, sin una arfada respiratoria, con rigidez de cadáver.

Carminadas súbitamente las mejillas, la mujer se ha engallado en su asiento, inquietísima. Rueda la labor por la alfombra.

Ella está escuchando, en ansiedad grande. ¿Se habrá desvanecido? ¿Se habrá...? No, no quiere concretar la pregunta horrible. Mueve la silla violentamente, haciendo ruido. Deja caer las tijeras, un libro... Nada. El sigue inmóvil, como muerto. Salta entonces ella, esguinzada, esquivando un fantasma que se le pone delante, y cae ansiosamente, sobre él. Son dos labios húmedos — toda ella no es más que éso — sorbiendo sudor y lágrimas sobre — un rostro helado y endurecido. *¡Lloras, lloras, Dios mío!... — Lloro por un pensamiento, sí, por un pensamiento en el aire, abstracto; por un pensamiento, sobre el mundo, sobre la suerte de las cosas y de los seres...*

Y la mujer no tuvo palabras, porque no tenía pensamiento que poner en ellas, con qué consolar al esposo descreído.

*
* *

¡Pobre José María Guyau; pobrecillo!

Si tienes fe, nunca experimentarás tú esta agonía.

Estarás triste; estarás domado en tus pasiones bajas, impetuosas, de bestia. Pero te sentirás más libre y más poderoso en tus pasiones de ángel. Y, jamás, sobre todo, maldecirás de la Vida que crea y devora a sus hijos después de ilusionarlos engañosamente, traidoramente, villanamente.

Las lágrimas que tú viertas, y las lágrimas que vengan a fundirse con las tuyas, serán oraciones, no blasfemias; serán bálsamo que cura, no ácido que corroe. No te nublarán los ojos con las tinieblas impenetrables de la nada, te los llenarán con todas las luces y colores del arco iris, que Dios abre siempre en los cielos después de las tempestades.

Tu dolor se tornará ternura.

Entonces se te hará patente el hondo

arcano de la Vida. Comprenderás cómo es preciso luchar y vencer en la palestra antes de sentir sobre las sienes la frescura inmarcesible de los ganados laureles.

Y tu sed infinita de inmortalidad, de justicia, de goce inacabable, de azul y de luz de cielo; tu sed de Dios, en una palabra, será apagada con la propia linfa de tu amargura, que entonces te parecerá ambrosía.

Y el encontrar otras almas — el buscarlas mejor — que sientan lo mismo que tú sientes, que vibren como tú vibras, y el convivir con ellas, departiendo en diálogos elevados — el diálogo es la suprema expresión filosófica, porque sólo en él pueden caber todos los matices del pensamiento — será para ti una necesidad imperiosa e irresistible, la mayor de cuantas sientas.

Y así, y sólo así, es como te irás haciendo más humano.

Por que la humanidad no está en lo que tienes de planta ni en lo que tienes de bruto, sino en lo que tienes de alma.

Y el alma no quiere ni se nutre más que de ésto de que tú dispones ; inmortalidad, luz, justicia. Amor de Amor, ¡Dios!...

¿Verdad que estas cosas no las habías entendido hasta hoy que las ves a través del prisma de tus lágrimas, tan antiguo como el mundo?

Antes de ahora buscabas la resolución de tu enigma en el Placer, en la Ciencia y en la Civilización de que cada día se enorgullece más el mundo. Pero no era allí donde estaba la palabra reveladora.

*
* *

Ya van mis elucubraciones tocando a su fin. Pero no he de ponérselo, sin embargo, sin decirte antes cuanto, en verdad, pienso y siento acerca de nuestra Civilización y de los placeres que nos da.

Entonces será el momento de izar definitivamente sobre este libro, en una última página, que yo quisiera que resonase como un himno, el estandarte que hoy nos va guiando en los rudos combates del vivir y mañana cubrirá pacíficamente nuestros huesos en la tumba.

CIVILIZACIÓN SATANICA

Esta sería, sin duda alguna, la ocasión de exponer extensamente mi actitud mental con relación a estos dos conceptos de Cultura y Civilización, que tan pocos entienden, pero cuyos nombres casi todos emplean como sinónimos. Me contentaré, no obstante, con resumirla. Cultura y Civilización contienen esencias y matices absolutamente distintos y hasta antagónicos. Cultura supone adelantamiento — elevación — puramente interior, ético e intelectual conjuntamente. Civilización implica desenvolvimiento de valores más externos : todas las manifestaciones científicas, artísticas, industriales y sociales, que pueden hacer más fácil y grata la existencia de las colectividades y de los individuos, pero prescindiendo en absoluto, o por lo menos al margen, de la ética y de la metafísica. De estos conceptos se desprende que un

labriego, y hasta un salvaje, puede ser hombre culto, es decir, hombre de trabajadas ideas y elaborados pensamientos propios, producto de una gran finura moral, en tanto que un habitante de Nueva York, de Londres o de París, supremamente civilizado, puede, a su vez, ser absolutamente inculto, por podredumbre interior, del corazón pervertido, y dejación completa de sus obligaciones inalienables de ser inteligente : — crítica de lo aprendido e inquisición ininterrumpida de lo desconocido.

La Cultura, pues, es anterior a la Civilización y constituye su fermento. La Civilización es un *final*, aunque no demos a esta palabra el significado fatalista de Spengler, cuyas afirmaciones son, por otra parte, altamente significativas y de mayor excepción. — “ La Civilización — dice él — es el inevitable *sino* de toda Cultura ”... “ Civilización es el *extremo* y más *artificial* estado a que puede llegar una especie superior de hombres. Es un remate; subsigue a la acción creadora como lo ya creado, lo ya hecho, a la vida como la

muerte, a la evolución como el anquilosamiento, al campo y a la infancia de las almas — que se manifiesta, por ejemplo, en el dórico y en el jónico — como la decrepitud espiritual y la urbe mundial, petrificada y petrificante. Es un *final* irrevocable, al que se llega siempre de nuevo, con íntima necesidad. ”¹.

Partiendo de estos datos podemos ya encararnos con nuestra civilización, enjuiciarla, y declararla, sencillamente, satánica.

Por de pronto, esta complicación inmensa del vivir moderno; este tráfago monstruoso, estos estímulos sensuales que por todos lados nos punzan y nos solicitan, este ruido que jamás cesa, esta inquietud que siempre crece, esta fiebre de oro, de goces, de honores y de mando, que constantemente sube en el termómetro social de nuestras civilizadísimas urbes, tienden a matar en absoluto toda nuestra vida interior, nuestra única, nuestra verdadera vida de hombres.

La civilización es la maldita máquina

1. Obra citada. Introducción. 11, 12, página 54.

neumática que hace el vacío al pájaro divino del alma. La mayoría de los hombres civilizados están catalépticos, si no yacen ya completamente muertos.

Imaginad un águila real suelta entre las poleas, los cables y las bandas sin fin, en la nave de una inmensa fábrica. No podrá — le será casi imposible — salir viva de aquel intrincado y mortal telar. Antes de llegar a los vidrios del alto ventanal, tras de los cuales están el libre espacio sin fin, y el sol y el azul, los volantes vertiginosos la recogerán y la destrozarán seguramente, en cuanto despliegue la gigante envergadura de las impetuosas alas. Pues lo mismo el águila-alma en las ciudades modernas. ¡Ay de los pobres aguiluchos — los jóvenes — en medio de esta infernal maquinaria! Milagro será que logren dar con el vidrio quebrado que las reintegre a la libertad del cielo. Quienes tienen probabilidades mayores de atinar con la salida son los humildes y experimentados, los pobres de espíritu, que no poseen amplitud de pensamiento, según el mundo, o que, poseyéndola, vuelan con precaución y temor,

percatados de su insignificancia ; — pensad en las viejas devotas, en los hombres simples, en las insignificantes monjitas y en los que heroicamente se niegan a sí mismos —. Todos éstos serán como los gorriones en la fábrica. Sus alas cortas, o replegadas prudentemente, les permiten sortear el peligro, zafarse impunemente por entre la muerte que danza en el cerrado espacio.

Quien sea y se sienta águila pórtese como gorrión. Este es el gran secreto. Por algo dijo Cristo; — “ Bienaventurados los mansos, los humildes, porque ellos poseeran la tierra ”.

*
* *

Escribe Pascal : — “ Cuando algunas veces me pongo a considerar las diversas agitaciones de los hombres, y los peligros y las penas a que se exponen, ya en la corte, ya en la guerra, de las cuales nacen tantas querellas, tantas pasiones, tantas empresas atrevidas y frecuentemente malvadas, me

he dicho con frecuencia que toda la mala-ventura de los hombres procede de una sola cosa, que es no saber permanecer en reposo dentro de una habitación ”. ¹

*
* *

¿No oís, entre los himnos que cada conquista de la Civilización provoca, el eco, más o menos claro, del antiguo grito luciferiano : “ *¡Non serviam!* ” “ *¡No me domeñaré!* ”

Es la primitiva rebelión. Quizá aparezca disfrazada, pero es la misma.

¡Saber! ¡Saber!... ¿Para qué? Para prescindir de Dios; para ser como El.

Saber para someterse a Dios, esa sería la sabiduría verdadera. “ *Initium sapientiæ timor Domini* ”. Pero hoy se ansía saber para combatirle. Y no es sólo con la ciencia especulativa con lo que se le mueve guerra, es también con las aplicaciones indus-

1. Pascal, *Pensées*. Article XXI.

triales y domésticas de esa misma ciencia.

La ciencia especulativa moderna niega a Dios, le vuelve despreciativamente la espalda; la ciencia práctica se ejercita en luchar satánicamente con El, brazo a brazo y rostro a rostro, pugnando por sustraerse a sus eternas leyes por contravenirlas y burlarlas. “ ¡Todo por el Placer! ” “ ¡Acabemos con el Dolor! ” Estos son los gritos blasfemos de combate. ¡Acabar con el Dolor! Merced a los poderosos y múltiples medios de que actualmente dispone la Civilización, empleándoles todos a una, en un esfuerzo titánico, parece como que, a veces, consigue, por un instante, su objeto, y el Dolor se retira, retrocede un paso. Entonces la Civilización, se detiene, enjuga la frente sudorosa y sonrío con un poco de satisfacción ante su obra. “ Venceré — se dice —; acabaré con él. ” Pero el Dolor se ha retirado sólo para rehacerse, para saltar con más brío, más furioso y desgarrador que nunca, donde menos se le espera.

Porque, fijáos bien, cada supresión de un dolor natural engendra miles, mayores que

el suprimido. Por evitar los dolores de la maternidad y de la sustentación de la familia numerosa, se ciegan las fuentes sagradas de la Vida. ¿Y la vejez, en soledad y frialdad horribles? ¿Y el remordimiento ya para siempre estéril? ¡Oh, ésto no podrá matarlo nunca la Civilización satánica! ¿Y el empobrecimiento del linaje y de la patria? Porque no ha de olvidarse que el factor hombre es el único que tiene verdadero valor positivo, en la presente creación. El poder histórico sólo pudo fijarse en las familias dilatadas; ¿y no está la grandeza de las naciones en relación directa del número de sus habitantes?

*
* *

Nuestra civilización quiere educar al niño alejado de todo Dolor. El ideal para ella sería que lo desconociese, que ignorase su existencia.

Educación antinatural y, por ende, anticristiana. Es el egoísmo fundamental

pragmatizado. El concepto que tendrá el educando de la vida será básicamente erróneo. — “ No debe haber Dolor ” — se le inculca —; “ no le hay para los fuertes ”. — Es lo mismo que si se le enseñase que se puede vivir sin corazón, que el fuego no abrasa, que los precipicios no son un peligro o que la muerte puede ser superada. Se engaña al niño. ¡Triste de él cuando llegue el día, que siempre llega, en que un gran dolor le tenga entre sus garras! ¿No habéis oído hablar ya de cómo aumentan las estadísticas de suicidios juveniles?

La fortaleza no está en vencer al Dolor suprimiéndolo, que es, de otra parte, imposible pretensión de loco o de inhumano, sino en domarlo por la inquebrantable serenidad del ánimo y la heroica constancia del firme corazón.

Quien no esté endurecido de esta suerte, por su educación primera, será un ser enfermizo y blandengue, inepto para una vida integral y perfecta.

*
* *

Para que el hombre no trabaje se inventó la Máquina.

¡Oh, la Máquina! Progreso grande, en efecto, invención definitiva en la historia humana. Pero ¡qué peligrosa, qué difícil de manipular impunemente la Máquina!

Santa Teresa decía que Satanás es “ el que no puede amar ”. La Máquina tampoco puede amar, porque no tiene corazón ni entraña. La Máquina es el símbolo más cabal de Satanás.

Yo he escrito, hace unos cuantos años, una serie de artículos, desde Nueva York, a los que hicieron el honor de reproducir en sus columnas los principales rotativos de nuestra América, desde México y la Habana hasta Buenos Aires. En ellos hice yo notar las ventajas y los inconvenientes de una civilización del tipo mecánico, como es la de los Estados Unidos. No es mi ánimo, porque no viene enteramente a

cuenta, recoger aquellas ideas, algo nuevas entonces, en este lugar. Es otro mi punto de vista desde estas páginas; no se excluye, sin embargo, aquél y por eso le recuerdo¹.

“Desde la invención de la Máquina — ha escrito el malogrado Moreno López en su “Geografía estadística” — el hombre va libertándose del esfuerzo muscular y se exige más técnica, más inteligencia.”

¡Más inteligencia para el manejo de una máquina! Concedámoslo; aunque pudiera objetarse que “más inteligencia” se nece-

1. A modo de apéndice a este capítulo, se recogen al final de este libro dos de los artículos a que aludo : “ *Nueva York desde un rascacielos* ” y “ *Alarico a las puertas de Roma* ”. — Lo hago, porque posteriormente, muy posteriormente, a la publicación de tales trabajos, algunos altos espíritus europeos se preocuparon también hondamente de este maquinismo en que ha caído el mundo. Recuérdense las manifestaciones, entre otras, hechas por Paul Valery, el gran poeta francés, hace pocos meses, al tomar posesión de su silla en la Academia Francesa, así como las declaraciones de Wells, los artículos de J. W. T. Mason y el libro de Lothrop Stoddard, “ *La Rebeldía contra la Civilización* ”.

sita para ser una encajera artística, de las que en Camariñas o en Malinas hacen nacer bajo sus dedos agilísimos las blondas de ensueño, que para vigilar pasivamente la isócrona marcha del volante de una máquina que ejecuta un trabajo similar, sin alma, en una fábrica estruendosa. Y lo mismo que decimos de una encajera podemos decirlo de los talladores, de los metalarios, de los tejedores de tapices y, en general, de todos los oficios. El trabajo manual es siempre preferido y pagado más caro, no sólo porque es más arduo, sino porque es más cuidado, porque, al darle remate, sale todo él como impregnado, empapado, chorreando espíritu y jugo del corazón del obrero que le dió ser y forma.

Concedamos, no obstante, que se gana en punto a técnica, y en inteligencia, por los obreros que manejan maquinarias. Pero tal ganancia es insignificantísima en relación con la cultura general. Esto no puede discutirse. De otra parte, lo que ocurre, indefectiblemente, es que, puesto el hombre — el obrero — en contacto con un sector de fuerzas desconocidas (casi siempre

absolutamente desconocidas) por él; las cuales le obedecieron e instantáneamente, en una perspectiva inacabable, llega a figurarse que algún día puede ser omnipotente (¡quién pone diques a la ignorancia!) y, nuevo Adam, vuelve a morder el fruto maldito del nuevo paraíso, soñando y ambicionando ser como Eloin. La Máquina, en este sentido, es otro árbol del bien y del mal, al que se enrosca la serpiente antigua, cuya voz fascina. Es un silbo, tenue y dulce, que deja entender esta promesa engañadora : — “ Yo haré desaparecer casi el espacio y multiplicaré el tiempo. Tendrás así una especie de ubicuidad. Conocerás todas las fuerzas; las manipularás y las tendrás en servidumbre. El mundo no guardará arcanos para ti. ¡Serás semejante a Dios! ¡Serás como El! ”¹.

1. Tan verdad es lo que afirmo en el texto que, no hace muchos días — ya acabada la publicación de este libro en los folletones de “ *El Imparcial* ” — oí a cierta persona que, por la vida que profesa, los cargos que desempeña y hasta los estudios filosóficos y teológicos que hay que suponerle, me dejó asombrado con sus

Es la misma palabra seductora del primer día; es la misma tentación; idéntica manzana mostrada y ofrecida. Y el hombre vuelve a morderla como la mordió Adam.

Estamos otra vez en el Paraíso...

¡Y, en verdad de verdad que en él estamos!

¿No vino Cristo para colocarnos en él?

Porque con Cristo no hay Civilización satánica. El satanismo comienza cuando volvemos la espalda a Cristo y damos oídos al tentador.

manifestaciones acerca de la Ciencia, y de sus posibilidades sin límites. Al menos el buen señor no se atrevía a marcárselos... o no sabía. En el círculo de lo realizable por el genio del hombre, en lo futuro, cabían para él todas las cosas, aún aquellas más evidentemente imposibles. Lo de que " no sabemos hasta donde podemos llegar, pero sabemos a donde no llegaremos nunca ", era para él letra muerta. ¡Con decir que hasta le parecía posible descubrir el secreto de no morir jamás!... Pues si así, enloquecido por un vano espejismo científico, discurría quien debiera hacerlo de otro modo ¿cómo discurrirán los que, sin educación, sin estudios ni hábitos mentales, están expuestos a todo viento que los lleve?

Mas ¡cuán pocos, ahora, en la cima de esta civilización, se acuerdan de Cristo!

Pero yo os digo que los que se olvidan de El serán arrojados de este nuevo edén a la tierra del eterno dolor, del llanto y el crujir de dientes.

Y para ellos no volverá otro Redentor.

Saldrán de este pasajero paraíso y no volverán jamás a saber de él. Será, para ellos, como si nunca hubiese sido... ¹

1. Lothrop Stoddard, que estudia, desde un punto de vista biológico y puramente materialista, la decadencia fatal y la muerte de las civilizaciones, dice, sin embargo, (pag. 19, edic. *Revista de Occidente*): “ Si se diera una “ reserva de hombres de tipo superior, que “ produjese un índice adecuado de individuali- “ dades superiores, cualquier civilización podría “ ser inmortal. ” Y yo apostillo : Por eso el Cristianismo no morirá nunca. El sólo, por la depurada virtud de su moral divina, es el que crea y conserva ese linaje de hombres superiores, que Stoddard quiere, a través de todos los tiempos, y en todos los medios. En las civilizaciones no cristianas el hombre superior es siempre un ser esporádico; sólo en el cristianismo es endémico.

EL CRUCIFICADO

Sólo el Supremo Poeta podía concebir y ejecutar este supremo símbolo : La Cruz y El Crucificado en ella.

Toda la vida de Cristo — divino poema trágico soñado por Dios y ejecutado en su propia persona — es como la introducción o prólogo sublime de este soberano final, cuya grandeza apenas si puede vislumbrarse, y cuya ponderación cae fuera de los límites de todas las expresiones humanas y arcangélicas.

La Cruz es el “do de pecho” de Dios.

Cristo-Dios viene a pagar por la Humanidad. Cuantas deudas tiene el hombre El ha de satisfacerlas. Cristo es así la cabeza y el corazón del mundo. Y la cabeza lo siente todo y el corazón todo lo sufre. Por eso no hubo nada, no existió fibra alguna, sentimental o fisiológica, de Cristo, que no

haya vibrado, recorrida y crispada, por el más refinado y sutil de los dolores.

¿Peca el hombre satánicamente, de soberbia desafiadora y de ambición maldita? Pues fué preciso que Cristo naciese entre las pajas y las boñigas de un establo público, como el hijo del último mendigo; que viviese del trabajo de sus manos, primero, y de la caridad de sus amigos, después, errante por los caminos, y de peor condición que las alimañas del monte, las cuales tienen sus madrigueras para encuevarse, mientras El no tenía una piedra propia en qué reclinar la cabeza quemada por el sol, agobiada de tristes pensamientos; y, por último, antes de morir, en sus posturas horas de acerba agonía, es indispensable que le bañen la boca en sangre a despiadados bofetones de jayanes y de soldados blasfemos, que le cubran de esgarros inmundos, arrancados de bocas fétidas, que le obliguen a caminar a puntapiés, a empellones, a varetazos y planazos de espada y a puntazos de lanza, cuando, desangrándose todo, apenas tiene aliento para sostenerse y va como beodo — y beodo

de amor iba en verdad — tambaleándose bajo el peso formidable del madero en que le llevan a enclavar.

*
* *

¿Es el hombre víctima de la adulación y de la vanagloria? Pues Cristo oirá que le llaman : “ Samaritano, endemoniado, loco, y blasfemo ”; que se burlan, sangrientamente, de su estirpe humana y divina; sentirá las risas, y las befas y los silbidos rodeándole, en el aire, como una aureola de escarnio; escuchará la sentencia que le reputa como un ladrón y peor que un asesino, Bar-Aban es preferido a El —; y cuando, ya en lo alto de la Cruz, temblando con los últimos espasmos de la muerte, no puedan llegar a su rostro las manos irritadas de sus verdugos, llegarán todavía sus enherbolados sarcasmos, más duros que las bofetadas, diciéndole : “ — ¡Bah; si eres hijo de Dios, desciende de esa cruz! ”

*
* *

¿Es la carne la tirana del hombre? Pues El será atado, desnudo, a una columna, y su carne purísima será tundida, sabia, científicamente; será vapuleada, macerada, machacada, convertida en mucílago sangriento y estremecido, con las papilas todas al aire, replegadas y queriéndose guarecer dentro de sí mismas, como infinitamente sorprendidas y pesarosas de existir para ser así tan sin motivo castigadas. No; el sistema finísimo — imponderablemente fino y delicado — de los nervios de Cristo, no supo jamás de placeres físicos, pero ahora sabe bien de los supremos martirios.

*
* *

¿Las manos y los pies de los mortales hacen el mal, lo buscan, lo fabrican, lo aca-

rician y se complacen inmensamente en él? Pues a Cristo se los atraviesan.

*
* *

¿Y el pensamiento y la imaginación?... ¡Oh! El pensamiento humano se levanta contra Dios, quiere sustituirse a El. La imaginación sueña, delira por placeres, por voluptuosidades, que son crímenes; por lascivias, por maquinaciones infames... Pues la frente de Cristo, donde está el pensamiento creador de los orbes, donde labra sus sueños magníficos la imaginación divina del Poeta-Dios, esa frente, esa cabeza soberana, será coronada de espinas, toda ella, de espinas bien agudas, como garras de fiera que se le hinquen bien adentro, que le penetren la piel fina de las sienes, la piel sedeña de la frente, que le desgarran el cuero cabelludo, que muerden el hueso de los temporales y la bóveda craneana, que los esquirlen, después de haber roto las fibras musculares y despanzurrado las venas túmidas.

*
* *

¿Y la boca?... ¿y la lengua?... ¿y los oídos?... Vedlos en el Cristo. Están dene-
gridos, tumefactos, en brasas vivas por la
enloquecedora calentura de los suplicados.
Así los puso la gula; así los desfiguró el
erotismo.

*
* *

Y, para que nada quede sin castigo en
aquel cuerpo sin manchilla, no bien acaba
de exhalar el ánima, le atraviesan de una
brutal lanzada, de banda a banda, el egre-
gio pecho y le abren un boquete en el
corazón.

Y era fatal ese golpe si había de machu-
carse y exterminarse la nidada de víboras
que en nuestros corazones todos criamos,
abrigándolas y alimentándolas con pulpa
de nuestras entrañas.

*
* *

Es Rey Jesús en la Cruz. Bien ganada realeza. Corona : de espinas. Cetro : de hierro, en las manos. Trono : un patíbulo, en que cada movimiento y postura son un nuevo y más acerbo dolor de muerte. Escabel : gemelo del cetro...

Rey que no puede moverse para castigar — tengamos esto muy presente, los pecadores —, pero que tiene los brazos extendidos y el corazón abierto esperando que vengan los hombres a precipitarse en ellos. ¡Oh! quien le abraza es seguro que se emparará en su sangre; que quedará señalado de sus heridas, frescas eternamente; que será, aunque rudo, como una especie de retrato de El. ¡Pero sólo así, marcados y estigmatizados por la sangre del Hijo, blasonados con el sello de sus victoriosas armas inmortales, podremos ser reconocidos y penetrar en la corte del Padre...

*
* *

Y, para que el símbolo sea perfectísimo, hasta en sus mínimos y últimos detalles, el Crucificado se erige sobre el Gólgota, es decir, sobre una montaña de calaveras, de los más nobles huesos humanos.

Los muertos están a sus pies. Toda la Humanidad, que estaba muerta, está debajo de El, recibiendo el baño de su sangre que ha de vivificarla. ¡Oh, Amor, Amor!...

*
* *

Y está el Crucificado entre el cielo y la tierra. Está en el aire. Como un pararrayos. Por El corre, descargándose, la antigua y justa ira de Dios.

*
* *

Y está entregado a Satanás, que le martiriza y se ensaña luciferianamente con El.—
“ ¡Padre, Padre ¿por qué me has abandonado? ”

*
* *

Después de escuchar este grito desgarrador de Cristo, quien crea en El, no puede, no tiene derecho alguno para quejarse, por torrenciales dolores que lluevan sobre su espíritu o su carne. Con ese grito es como si le dijese el crucificado : — “ Yo te creé feliz; pero tú trajiste al mundo el Dolor, que es obra tuya. Y yo, que soy Dios, me enamoré también de tu obra, porque estaba enamorado de ti primero... No; yo no quise que tú dijese nunca que tu Señor gozaba mientras tú sufrías. Que no es tu Dios como los monarcas y caudillos de la tierra, que habitan en suntuosos palacios y se regalan en espléndidos festines, mientras sus siervos y sus súbditos mueren de hambre en el ergástulo o en las chozas rurales de sus fincas. Yo bajé al fondo de tus dolores y bebí de tu misma copa, pero más amarga y más colmada. La apuré hasta las heces y *fuí un dolor vivo.* ”

“ Pobre, amado mío; por Mí, tu dolor se hizo trascendente, se hizo infinito. Si yo no fuese el Dolor, ¿qué valdrían los tuyos? Te parecen espantosos, y lo son, en verdad; pero sin mi Dolor ¿qué pesarían?... ”

*
* *

Después de haber visto y oído agonizar a Cristo no podemos imaginarlo muriendo de otra muerte que no sea Crucificado. Todas las demás muertes son propias de los hombres; sólo la de la Cruz, tal como El la padeció, es digna de un Dios.

*
* *

Consideremos una última vez la simplicidad sublime del negro patíbulo, la complicación escalofriante de las martirios sufridos en él y, sobre todo, nuevamente, la inagotable significación simbólica del conjunto.

Como un pararrayos, hemos dicho, que es la Cruz.

Pero también es como un formidable grito de amor que lanza un hombre, desde una cumbre, abriendo los brazos, queriendo estrechar en ellos todas las cosas.

Y es como una bendición dada con ambas manos a toda la tierra.

Como un árbol que ofrece sombra y paz al caminante.

Como una bandera que guía, y alienta, y va delante en los combates.

Como un sello que salvaguarda, y un timbre heráldico que ennoblece.

Como el más artístico remate sobre la hinchazón solemne de las cúpulas, en lo alto del globo que sostienen las manos hieráticas de los Reyes y Emperadores, y en la punta aguzada de las pirámides, imágenes escuetas de la vida y de la eternidad.

Como una gloriosa cicatriz encima del pecho viril de los héroes.

Ningún hombre podría imaginar semejante símbolo universal y supremo. Sólo Dios, el Poeta de los poetas.

En la Cruz está purificado — taladrado

y enclavado — todo el Hombre. Todo lo que el hombre amó, divinizó y adoró en el paganismo; todo lo que el hombre sigue amando, divinizando y adorando con detrimento de su alma; todo lo que el hombre usa para hacer el mal y el pecado, desde la cabeza a los pies, desde la lengua al corazón.

¡Símbolo de los símbolos! Presentar el Crucifijo es mostrar el único camino que tiene que seguir la Humanidad para ser feliz.

Tiene que estar crucificada. Pensamientos deseos, gustos, ambiciones...

Cuando lo esté, romperá a hablar, y pronunciará, también ella, sus *Siete Palabras* :

Perdón de todas las ofensas.

Caridad para todas las criaturas.

Herencia única de amor.

Elevación del corazón a Dios.

Sed de ideales puros.

Satisfacción del deber cumplido.

Entrega del espíritu al Criador.

AQUI DA FIN LA COPA DE CUASIA

En Santiago de los Caballeros de Guatemala
a 10 de Junio de 1927

A los diez años, tres meses y cinco días
de la muerte de mi madre.

A. R. S.

ORATIO AD LECTOREM

*Si vim acrem diminuisti,
dum legebas, tui doloris,
ante pedes Jesu Christi
memor esto, quæso, auctoris.*

A. R. S.

MEDITACIONES DE NUEVA YORK

NUEVA YORK DESDE UN RASCACIELOS ¹

Casi toda la literatura castellana que conozco, acerca de Nueva York, es literatura festiva. Alguna vez, uno que otro escritor — Julio Camba, Pepe Albuerne o el distinguido compañero, que tan amenamente escribe para “ El Mundo ”² desde el Broad-

1. Quizás a algún espíritu alambicado parezcan contradictorias del texto las ideas de estos artículos que doy como apéndice. Y no hay nada de eso. Yo las deputo como convergentes. El explicarlo a los miopes sería largo y enojoso. Los entendimientos anchos y claros me comprenderán fácilmente.

2. De la Habana, para el en que fueron escritas estas Meditaciones.

way — logra comunicar, a su risa, el supremo y leve matiz desdeñoso de la alta sátira, privilegio de los exquisitos espíritus, que lo ven, lo comprenden y lo juzgan todo así, con una distensión, apenas iniciada, de los músculos faciales, sobre los que “Eironéa”, la divina, pasa, zumbadoras las alas impalpables.

Indudablemente que tienen que ocurrir, sobre estas aceras tumultuosas, cosas innumerables, que provoquen ese gesto aristocrático. Pero yo voy estando ya un poco cansado del codeo con las multitudes, y de cuanto a las multitudes conmueve. Me gusta caminar mirando hacia arriba; y los “buildings” — lo esencialmente característico de esta tierra — me interesan mucho. Para completar, y poner en su punto, mis impresiones acerca de Nueva York, me pareció indispensable ascender al más alto y extraordinario, al célebre Woolworth.

Y subí. Fué un poco antes del anochecer. La ciudad, al asomarme a la alta cúpula, se agrandó a mis ojos, súbita y colosalmante. Y, también, me sentía yo más crecido, mirándola, a mis pies, de arriba abajo.

Las descomunales edificaciones, vistas desde encima, se ofrecían un poco aplastadas, disminuídas. Pero era magnífico el espectáculo; digno del hombre. La quimérica ciudad, que se creyera sólo de hierro y de granito, rechinaba, hervía y humeaba, y no tenía límites, como una costra parasitaria, sobre las rocas primitivas del Manhattan, y, a uno y otro lado del Hudson, color de plomo, todo a lo largo de las riberas, que se iluminaron, de pronto, y comenzaron a chispear hasta allá lejos, hasta desvanecerse, como si fuesen andando, entre la niebla, rosada y alta, de los extremos términos.

A mis pies está el babilónico bloque de la Down-Town. No se puede negar que tiene, a los ojos del artista europeo, una árida y abrumadora tristeza. Grises y ocres apagados. Series y series de ventanas iguales, cuadradas y herméticas, señalando los pisos innúmeros. Ni la brizna de una hierba, ni el verdor de un musgo sobre las techumbres mate, o al borde de las geométricas y escuetas cornisas. Ni un sólo balcón volado. Ni una sola ventana abierta, y

en ella una cabeza curiosa del cielo o de la tierra. Ni un sólo alféizar con flores; ni una sola enredadera, seca ahora, joyante y llena de frescor en primavera, pegada a los empolvados sillares de una fachada. Nada espontáneo y natural y libre en cuanto se columbra. El hombre — la inteligencia humana, — ha sido inmensamente despótico con este pedazo de planeta. No se ha contentado con poseer, con dominar; ha secado, ha esterilizado para siempre a la Naturaleza. Es algo satánico. La obra del hombre ha arrojado de aquí a la de Dios. Pero tiene ésto, también, una bárbara grandeza.

Se ven hormigas y escarabajos — hombres y automóviles — en las hondísimas zanjas de las avenidas sin término. El “Elevado”, cubierto de polvo, de hollín y de herrumbre, parece arrastrarse como una larva, en una curva, a ras de unas altas ventanas. Y, aquí y allá, por todas partes, cerca, lejos, a izquierda y derecha, de frente y a la espalda, en cuanto se abarca, las vedijas, de un blanco sucio, de los humos, surten de los techos azulados, como pelotas

disparadas, y, después, comienzan a desenvolverse, lentas y libres, por el aire. Por el mar — un espejo desazogado — vienen y van los bultos negros de los vapores, lentamente, destellantes, tal que fenomenales cocuyos, sus luces rojas y verdes. Y, de pronto, las dos corrientes del Hudson, en la extrema lividez del crepúsculo, parecen de acero, y son como dos dedos de una mano gigantesca, cuya palma es el Océano, que se hubiesen aplanado, imprevistamente, sobre la ciudad, desgarrándola y haciéndola añicos, al posarse. Los reflejos infinitos de los muelles, y las lumbres de los vapores y de los puentes, inmensos, ligeros y atrevidos, temblando sobre el agua, dan como una fugitiva y última sensación del fantástico cataclismo.

Hay en lo alto del “ building ” un maravilloso silencio. Desde aquí se percibe, allá, en el fondo, el fragor de la ciudad en fiebre. Pero ese ruido parece una cosa aparte, que no nos llega, que no puede llegarnos. A nosotros nos rodea la serenidad.

He pensado : de ésto puede decirse lo que Sainte Beuve dijo de Pascal : — “ Des-

pués de haberle leído, se puede permanecer incrédulo, pero no se puede burlarse o blasfemar. ”

Nueva York es una cosa seria.

ALARICO DE NUEVO A LAS PUERTAS DE ROMA

He recorrido la ciudad de arriba abajo. He sido gotita de sangre, todo a lo largo y a lo ancho, a través de todas las curvas, de las gruesas arterias, casi siempre congestionadas, del "Subterráneo" y del "Elevado", y entre las muchedumbres zumbadoras de las avenidas, y cada vez, me ratifico en mi impresión primera: Nueva York es una cosa "seria", digna de toda la atención de un pensador de mirada circular y larga vista.

El europeo, sobre todo el de estirpe latina, tiene, forzosamente, que hallarse aquí bastante desorientado. Este no es el mundo de su literatura, hija de veinte siglos; y aquí se concibe muy bien que fracase todo pronóstico, hecho a base de la historia que él sabe, abuela de seis mil años. La aventura artística le resulta casi

imposible. Nada de recuerdos del pasado, que aquí no hubo. Las piedras están frías aún, y parece que así estarán largo tiempo, en espera de generaciones ardientes que logren caldearlas. Aquí no hay el soñar con el sibarítico placer de las visitas al anticuario o al librero de viejo, que, quizá, puedan “no saber lo que tienen”. ¡Oh, Madrid; calles de San Bernardo, Tudescos y Horno de la Mata! ¡Oh, grises parapetos de París, sobre el Sena!... Ni cabe, tampoco, el pasear romántico, al azar, de las callejas, que brindan las viejas ciudades amadas, — Toledo, Brujas, Ruen, Florencia — en donde, acaso, sobre el aire verdoso, quieto, arremansado en una plazuela, se vuelve a ver, como en un miraje, la antigua escena de amor o de sangre, y hay que despabilarse, toser y encender un pitillo, para volver a la realidad, para sentirse actual, con un dolor...

Veo pasar mujeres, a través de las lunas de la puerta de este restaurant, en donde he venido a sentarme, a divagar, en pleno Broadway. Son, casi todas altas, esbeltas y radiantes. Cruzan como en un parpa-

deo. Su ademán, suelto y viril, deja un rastro de seguridad y de fuerza. La línea de sus perfiles es firme, correcta y pura, desde los finos tobillos hasta la sumidad de la cabeza, soberbiamente colocada. Las nuca de algunas — el sello de la divinidad entre griegos y romanos — resplandece, como la de Venus, cuando, por ella, la reconoció Eneas, su hijo. Pero su paso recio es un poco masculino y dominador, como el de un hombre de negocios en plena vida. El amor que inspiren estas mujeres, no, no puede ser como el amor que allá se vé. El paso elástico y filante de estas mujeres evoca ideas de mundanismo, imágenes de salones resplandecientes, en que las altas y escurridas parejas pasan huyendo, entre las ondas rítmicas de un vals, como entre llamas. Porque estas mujeres parecen caminar bailando. Esta es mi impresión. Recuerdo a Fray Luis. Le evoco en la austera celda conventual, moviendo con su fina mano la lenta pluma de ave, al escribir un capítulo de su libro, severo y llena de majestad como los campos de Castilla, “ La Perfecta Casada ”. ¡Oh

intimidad dulce, recogimiento y calorcillo de hogar!

Pero observo que divago, que divago mucho. Quería hablaros de Nueva York visto por fuera, de su estética, de sus casas, de su tráfico monstruoso, y de lo que a mí se me figura que esta ciudad representa, como escalón, no sólo en la historia del Arte sino en la de la humanidad entera.

Ha dicho hace poco, alguien, creo que fué un escritor chino — también los chinos escriben de éstas cosas — que si Nueva York se hundiera en el mar y desapareciera, y con él todos los Estados Unidos, la humanidad no habría perdido ningún valor trascendente. Yo creo todo lo contrario. Yo creo que si ocurriese esa catástrofe la humanidad habría perdido todo, o casi todo. Habría perdido la suma exacta, cabal, del esfuerzo humano durante los últimos cincuenta años, que son, precisamente, los más febriles y cargados, a mi juicio, de gérmenes, de la Historia, y tendría, sin remedio, que rehacer de nuevo esta obra.

Meditad conmigo y lo veréis, yo creo. Nueva York es la mayor ciudad del pla-

neta, a la hora presente, y el más grande almacén, y el más completo, de los últimos descubrimientos humanos. Esto es innegable. Desde aquí, desde esta atalaya humana, hay que otear el porvenir y marchar hacia él.

Nueva York, y el negarlo sería ridículo y no conduciría a nada, se abre hoy sobre la tierra como la más completa y rara flor del genio del hombre, — hablo de su parte material —, y es la más alta cifra de su esfuerzo a través de los siglos. Todas las civilizaciones, si bien se considera, han venido trabajando para crear este resumen : Nueva York, la fantástica ciudad, que se erige en la proa del mundo, a la hora presente, como un formidable espolón de hierro, hendiendo fragorosamente las tinieblas y las olas de lo porvenir. No, no hago, no quiero hacer frases ni retórica. Es la realidad escueta.

La humanidad no se detiene ni retrocede nunca, jamás. Comparad las épocas históricas y hallaréis que es evidente. Desde el hombre de las cavernas, desde el período arqueolítico, las civilizaciones han ido

ascendiendo. El hombre se ha ido educando, “ elevándose ”, como — dicen, lapidariamente, los franceses, y ello tanto por fuera como por dentro. El cuerpo se le embelleció, afinándose, y el espíritu dió más luz cada día, mientras se le ablandaba el corazón. Existen abismos — ¡vaya si existen! — entre Asurbanipal, divirtiéndose en saltar con su jabalina los ojos a miles de prisioneros, antes de desollarlos vivos, al final de un banquete, y el que se suponga más brutal de los asesinos rusos. La barbarie moderna cuida de recatarse, de guardar las formas, no tiene la extensión de la antigua y es condenada siempre, unánimemente, por la conciencia social. La vieja barbarie era considerada como cosa natural, era aplaudida y glorificada. Esto no puede discutirse. La humanidad progresa.

Ha habido períodos históricos en que el progreso se ha detenido, sin embargo, y arremansado. Quienes vivieron en ellos, acaso pensaron que estaban retrocediendo. Después, se vió que el retroceso era sólo aparente, o, cuando más, para tomar carrera y dar en seguida un salto formi-

dable. Así la milagrosa, la radiante, la súbita, e insospechada floración del Renacimiento precisó la larga y obscura fermentación, purificadora, durante siglos de espanto, de los pedazos sangrientos y humeantes con que los bárbaros cubrieron el orbe al destrozar a Roma.

Y el progreso humano ha sido vertiginoso a última hora. Ello es el bien y es el mal. El bien para la raza humana futura; el mal para nosotros, a quienes nos toca asistir al parto — sangriento como todos, y doloroso en extremo — de la era histórica que está dando los primeros vagidos.

Tiene mucha semejanza, igualdad casi, este momento de la humanidad, con aquel otro de la llegada alareante de los bárbaros sobre el caduco y resplandeciente Imperio. La tierra se estremece, ahora también, al galope del potro, bravo y sin brida, del bárbaro que se acerca, arrasando. Un nuevo Alarico está sobre la nueva Roma. Son, otra vez, incendiados y hundidos los palacios, desgarrados los tapices, hechas astillas las mesas de cedro y de limonero y los tálamos de marfil y de oro, quebradas las

columnas, los vasos múricos, las ánforas les-trigonas; y el tablínium, donde el patricio refinaba su espíritu entre historiadores, filósofos y poetas, será transformado en caballeriza, y los volúmenes alimentarán las hogueras, o en pedazos el pápiro que los forma, serán entregados al viento, Y volverá a dormir el bárbaro sobre la tierra, sobre la piel del tigre hircano, desdeñoso del vecino lecho de púrpura; y se alimentará, otra vez de la carne cruda, calentada sólo bajo la silla, al galope de su caballo, y beberá, no más, el zumo amargo de la cebada fermentada, despreciativo de las lampreas de Túsculo o de los vinos de Formía.

Claro que ahora, sí, estoy hablando en metáfora, pero, no por eso hablo menos exactamente. Alarico está otra vez a las puertas de Roma. Se anunció, hace apenas un siglo, como una niebla en el horizonte, y es hoy nube inmensa que encapota casi todo el cielo. Ni la Historia, ni la Filosofía, ni el Arte puro parecen interesarle. El y sólo El es lo importante. La obra, la civilización que levantó el Renacimiento se bambolea al sentirlo.

¿No sabéis a quien me refiero? Pues se me figura que debiérais sospecharlo. Alarico es la fuerza, la máquina, la mecánica, el progreso moderno que nació con el descubrimiento del vapor. La fecha, exacta, de la etapa última de la historia de los novísimos tiempos, es la del día en que el artificio inventado por Stephenson anduvo unos metros en el fondo de una mina. Todas las transformaciones sociales arrancan de ese día. La fuerza, el movimiento, el transporte, es ahora el eje. Los caminos de hierro, las líneas de vapores, los automóviles, los aeroplanos, lo que constituye la riqueza de las naciones, su vida y su porvenir, no es más que eso : un motor de émbolo. Quitadlo, y no habrá nada, ni comercio, ni industrias, ni viajes, ni finalmente “ Guerra Mundial ”. ¿ Habría sido ésta posible sin máquinas? ¿ De veras lo dudáis? No podéis.

Y, en verdad, os digo que así como una loba fué el símbolo de Roma, la antigua señora del Mundo, una máquina de vapor, una locomotora, debía ser la enseña de los Estados Unidos, y sobre todo de Nueva

York, la ciudad más grande de la tierra.

Quedamos, pues, en que Nueva York es, en el proceso lógico de la humanidad, una cosa esencialmente necesaria y buena, ya que tenemos que convenir, también, en la necesidad y bondad esenciales del progreso. Contemplada con ojos de artista, a la antigua usanza, quizá se ofrezca como algo horrible, sin gracia y sin alegría. Más posee, desde donde quiera que se la mire, una aplastante grandeza. La fuerza monstruosa de la Máquina, que la creó, puede sentarse cómodamente sobre ella como en un legítimo solio. Alarico, triunfante, mira desde aquí el mundo a sus pies.

Pero no nos acongojemos. El puro espíritu, la idea y el arte, la lírica, el romanticismo, lo que en el hombre tiene alas y es aspiración, ímpetu heroico hacia lo alto, no muere, no fenece jamás. El mito del Fénix es algo medular de la humanidad. De este formidable pueblo, niño, sin embargo, de espíritu y de corazón, ajeno a las delicuescencias quintaesenciadas del sentimiento europeo, saldrán un día, Dios sabe merced a qué cruzamientos y trasiegos, los futuros

luminares de los futuros Renacimientos, el Dante, y el Petrarca, y el Shakespeare, y el Cervantes y el Goethe del mañana. Sí; seguirá habiendo Rafaeles y Leonardos, y Velásquez, y Goyas, y nacerán otros arquitectos, otros pensadores y otros genios de toda índole; y girarán los días, y se repetirá la historia, pero agrandada, siempre moviéndose en círculos mayores, hasta que el Hacedor lo quiera.

Ved, pues, cuán verdaderamente puede decir quien visite Nueva York que visita el Nuevo Mundo.

¿Nuestro papel en este cuadro? Importantísimo, supremo, insuperable, de primerísimas figuras. Seremos lo mismo que fueron los monjes de la Edad Media, el cerebro que piensa y todo lo dirige y regula; el poder incontrastable que abre y cierra los cielos al espíritu. Quizá, aparentemente, permanezcamos un poco en la sombra. Pero tendremos la luz y seremos lo verdaderamente temible. Nosotros guardamos el aceite del santuario. La lámpara continuará ardiendo sólo porque nosotros queramos. Seremos Alcuino en la corte, detrás del si-

llón de Carlo Magno, que no alzará el brazo y se mesará las barbas fluviales sin mirarnos antes. La historia de las naciones no se enseña ya en el estudio de las batallas, sino en el de los monumentos que salieron del corazón o del cerebro de unos hombres, en un tiempo acaso oscuros. Dos o tres artistas, uno que otro sabio, y un mendigo, como San Francisco, pesan infinitamente más que millares de caballeros, invencibles, dentro de sus armaduras de hierro.

Démonos cuenta de nuestra posición y preparémonos para llenar honrada y lealmente nuestro destino. Seremos los Maestros, título entrañable, palabra enternecedora, como la de padre.

El comercio de los Estados Unidos necesita aprender el castellano. Hoy es la lengua extranjera que más se estudia aquí. Por el castellano, por la dulce y sonora lengua de todos los matices, en que está toda nuestra vida verdadera, la de nuestra fe, la de nuestro pensamiento y nuestras emociones, llegaremos a la entraña de este pueblo ciclópeo, como en un íntima y trasmutadora comunión. Y el sicambro formidable se

amansará para siempre y, al fin, comprenderá que...

¡Recordad a Clodoveo, en Reims, a los pies de San Remigio, el obispo que lo bautizó!

Nueva York, 7 de enero de 1922.

INDICE

Advertencias preliminares	13
El estado cultural de los espíritus en España.	21
La parábola de la copa	30
El agua de la copa	45
Conveniente intermedio	50
Concepto del dolor	59
El dolor moral	72
Teología del dolor	87
El dolor animal. La gran dificultad	100
El dolor animal. La gran dificultad. Nue- tra explicación	115
El dolor animal. La gran dificultad se desvanece	129
Ponzoña y triaca	147
Clínica del dolor	166
Periálgicas	183
La hora de la ternura	223
Civilización satánica	235
El Crucificado	250

APENDICE

Nueva York desde un rascacielos	265
Alarico de nuevo a las puertas de Roma ..	271

Princeton Theological Seminary Libraries



1 1012 01181 3237

